

# CIENCIA FICCION

SELECCION 39



Se inicia esta trigésimo segunda selección con *Bajar a un mar sin sol*, un emotivo relato póstumo de Cordwainer Smith. Siguen sendos cuentos cortos de tres clásicos indiscutidos del género: Simak, Pohl y Silverberg y, como colofón y contrapunto, una bellísima narración heroico-mitológica de Thomas Burnett Swann, el inolvidable autor de *La mansión de las rosas*.

Estos relatos proceden de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada como la más importante del mundo en su género.



VV. AA.

# Ciencia ficción. Selección 32

ePub r1.0

viejo\_oso 14.02.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 32*

VV. AA., 1977

Traducción: José Manuel Pomares & Carlos Peralta

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.0

---

más libros en **ePubGratis**

---

## Contenido

- Presentación: *Ciencia ficción y/o fantasía*, Carlo Frabetti.
- Bajar a un mar sin sol (Down to a Sunless Sea)*, Cordwainer Smith, 1975.
- Un ciudadano de edad madura (Senior Citizen)*, Clifford D. Simak, 1975.
- El viaje maternal (The Mother Trip)*, Frederick Pohl, 1975.
- Ishmael enamorado (Ishmael in Love)*, Robert Silverberg, 1970.
- Olsen y la gaviota (Olsen and the Gull)*, Eric St. Clair, 1964.
- El amor es una libélula (Love is a Dragonfly)*, Thomas Burnett Swann, 1972.

# PRESENTACIÓN

## Ciencia ficción y/o fantasía

*En los últimos meses, y mediante la publicación de la serie paralela FANTASÍA, habíamos venido siguiendo la política de separar (en la incierta medida de lo posible) los relatos más estrictamente de ciencia ficción de los meramente fantásticos, aunque con la sospecha de que estos últimos no tendrían la misma acogida que los primeros. La sospecha se ha visto ampliamente confirmada por la reacción del público (léase cifras de ventas), lo que nos ha llevado a suspender momentáneamente —o posponer por tiempo indeterminado— la publicación de la serie FANTASÍA.*

*Consiguientemente, se planteaba la alternativa de continuar la serie CIENCIA FICCIÓN con el nuevo criterio «estricto» o de volver a la más elástica fórmula anterior al número 25, en la que cabían ocasionalmente relatos fantásticos difícilmente catalogables como de ciencia ficción. Tal vez la primera solución hubiera complacido más a los puristas, pero nos habría obligado a prescindir sistemáticamente de un material de calidad —en ocasiones excelente— por no entrar de lleno en los límites de la ciencia ficción estricta (límites, por otra parte, muy discutibles y a menudo poco claros). En consecuencia, hemos optado por la segunda solución —la primera cronológicamente— con la esperanza de que los puristas se muestren indulgentes, sobre todo después de leer narraciones como El amor es una libélula.*

CARLO FRABETTI

# **BAJAR A UN MAR SIN SOL**

Cordwainer Smith

*Como bien saben los aficionados, las narraciones de Cordwainer Smith se desarrollan todas ellas en un futuro homogéneo, regido por una misteriosa «Instrumentalidad». El siguiente relato no es una excepción, aunque presenta la particularidad de que fue completado por su viuda después de la muerte del autor.*

*¡Muy alto, muy alto, bailando en el cielo! Brilla que brilla la luz de las lunas gemelas de Xanadú, Xanadú la perdida, Xanadú la hermosa, Xanadú la sede central del placer. El placer de los sentidos, el cuerpo, la mente y el alma. ¿El alma? ¿Quién habló del alma?*

## I

El viento susurraba suavemente donde ellos estaban. De vez en cuando Madu, con un ancestral gesto femenino, estiraba su diminuta falda plateada o ajustaba su chaqueta abierta y sin mangas. No porque tuviera frío. Su breve traje se adecuaba al moderado clima de Xanadú.

Pensaba: «¿Cómo será el señor de la Instrumentalidad? ¿Será joven o viejo, rubio o moreno, sabio o tonto?» No pensaba «feo o hermoso». Xanadú era notoria por la perfección física de sus habitantes y Madu era demasiado joven para esperar nada peor.

Lari, que aguardaba a su lado, no pensaba en el señor del Espacio. Su mente reveía la grabación de la danza, los pasos intrincados y el bello frenesí de movimientos del grupo de los antiguos tiempos de Manhóme, ese grupo llamado «Bool-shoy». «Algún día —pensaba—, oh, tal vez un día también yo podré bailar así...»

Kuat pensaba: «¿A quién creen que van a engañar? En todos los años que he sido gobernador de Xanadú ésta es la primera vez que viene un señor. Y por añadidura un héroe de la guerra de Styron IV. Eso fue hace ya meses sustantivos... Ha tenido suficiente tiempo de recuperarse si es verdad que fue herido. No, debe de haber algo más... saben o sospechan algo... Le mantendremos ocupado. No debería ser difícil, con todos los placeres que Xanadú puede ofrecer... y además está Madu. No, si se queja echará al viento su cobertura...»

Y todo el tiempo, mientras el ornitóptero se aproximaba, también se acercaba el destino de todos ellos. Él, no lo sabía, ni se proponía ser ese destino, que no había sido predeterminado.

El pasajero del ornitóptero que descendía trató de percibir, de sentir con su mente el lugar. Era duro, terriblemente duro. Parecía haber una gruesa nube —una niebla— entre su mente y las mentes que intentaba sondear. ¿Era él mismo, su propia mente afectada por la guerra? ¿O se trataba de otra cosa, de algo en la atmósfera del planeta, capaz de prevenir o detener la telepatía?

El señor bin Permaiswari movió la cabeza. Estaba tan confuso y lleno de dudas. Desde la batalla... las terribles sondas mentales de las máquinas del miedo... ¿qué daño permanente habrían causado? Tal vez aquí, en Xanadú, podría descansar y olvidar.

Mientras bajaba del ornitóptero el señor bin Permaiswari tenía un sentimiento creciente de asombro. Sabía que Xanadú no tenía un Sol, pero no estaba preparado para la luz suave y sin sombras que le recibió. Las lunas gemelas parecían suspendidas una al lado de la otra, y su luz se reflejaba en millones de espejos. En las proximidades, las playas de arena blanca se extendían li tras li, y más lejos se alzaban acantilados de tiza en cuyas bases hervía el mar espumoso y muy negro. Negro, blanco, plata, eran los colores de Xanadú.

Kuat se le acercó inmediatamente. Sus aprensiones disminuyeron apreciablemente apenas miró al señor del Espacio. El visitante parecía verdaderamente enfermo y confuso; en la misma medida, aumentó sin esfuerzo consciente la amabilidad de Kuat.

—Bien venido a Xanadú, señor bin Permaiswari. Todo lo que Xanadú contiene es suyo.

El saludo tradicional sonaba extrañamente en su voz áspera. El señor del Espacio vio ante sí un hombre enorme, alto y proporcionalmente pesado, con sus músculos resplandecientes. El largo pelo rojizo y la barba parecían magenta a la luz de las lunas y los espejos.

—El solo hecho de hallarme en Xanadú es para mí un placer, gobernador Kuat, y le devuelvo el planeta y su contenido —respondió el señor Kemal bin Permaiswari.

Kuat se volvió e indicó a sus dos acompañantes.

—Esta es Madu. Tiene un remoto parentesco conmigo y está, por lo tanto, bajo mi custodia. Y éste es Lari, mi hermano, hijo de la cuarta esposa de mi padre, la que murió ahogada en el Mar sin Sol.

El señor del Espacio parpadeó ante la risa de Kuat, pero los jóvenes no dieron muestras de advertirlo.

La dulce Madu ocultó su decepción y saludó al señor Kemal con la debida modestia. Tenía la expectativa (¿la esperanza?) de una figura resplandeciente, una fulgurante armadura o quizá, simplemente, un aura que proclamara: «Soy un héroe.» En cambio, veía un hombre de aspecto intelectual, fatigado, y que parecía de alguna manera mayor de sus treinta años sustantivos. Se preguntó qué habría hecho, cómo ese hombre podía ser el tema de todas las conversaciones en la Instrumentalidad por haber salvado la cultura humana en la batalla de Styron IV.

Lari, por ser varón, conocía mejor los hechos de la batalla que Madu, y saludó con gravedad y respeto al señor bin Permaiswari. En el mundo que soñaba, la inteligencia sólo estaba a la zaga de los danzarines y la fácil gracia de los corredores. Este era el hombre que había osado enfrentar con su ser, su mente viva, su intelecto, las temidas máquinas del miedo... ¡y que había vencido! El precio estaba a la vista en su rostro, pero había VENCIDO. Lari unió sus manos y las alzó hasta su frente, en un gesto de homenaje.

El señor se acercó a él con un gesto que ganó para siempre el corazón de Lari: le tocó la mano y le dijo:

—Mis amigos me llaman Kemal. —Luego se volvió, para incluir a Madu y, como después de un segundo pensamiento, a Kuat.

Kuat no advirtió la casi omisión. Se había vuelto y avanzaba hacia lo que semejaba un gran montón de piel rayada amarilla y negra. Emitió un peculiar sonido sibilante y en el acto el montón se abrió en cuatro enormes gatos. Estaban ensillados, y cada silla estaba equipada con un anillo de sostén, pero no se veía ninguna forma de guiar a los animales.

Kuat respondió a la pregunta de Kemal.

—No, por supuesto no hay manera de guiarlos. Son gatos puros, ¿sabe usted?, lo único modificado es el tamaño. ¡Aquí no hay infrapersonas! Creo

que somos el único planeta de la Instrumentalidad que carece de infrapersonas... excepto Norstrilia, naturalmente. Pero las razones de Norstrilia y las de Xanadú están en los extremos opuestos del espectro. Nosotros gozamos de nuestros *sentidos*... nada de esa creencia disparatada que tienen los norstrilianos acerca de que el trabajo duro forma el carácter. No creemos en la austeridad ni en todas esas monsergas. Simplemente, obtenemos mayor placer sensual de nuestros animales no modificados. Y tenemos robots para el trabajo sucio.

Kemal asintió. Después de todo, ¿no había venido aquí para eso? ¿Para que sus sentidos repararan su mente dañada?

Sin embargo, el hombre que había desafiado a las máquinas del miedo apenas con un temblor no sabía cómo aproximarse al gato que le fue asignado.

Madu advirtió su vacilación.

—Griselda es perfectamente mansa —dijo—. Espere un instante a que le rasque las orejas. Luego se tenderá en el suelo y usted podrá montar.

Kemal alzó la vista y sorprendió una expresión de disgusto en los ojos de Kuat. No le ayudó en su búsqueda de reparación mental.

Madu, no consciente del desagrado de Kuat, había inducido al gran gato a arrodillarse y le sonreía a Kemal.

Kemal sintió que algo semejante a un dolor se clavaba en él ante su mirada. Era tan hermosa y tan inocente... Su vulnerabilidad le retorció el corazón. Recordó a la señora Ru cuando citaba a un sabio antiguo: «La inocencia interior es una armadura exterior»; pero una redecilla de temor rodeó su mente. La hizo a un lado y montó en la gata.

Tres siglos más tarde, durante su agonía, había de recordar esa cabalgata. Era tan emocionante como su primer viaje espacial. Un salto hacia la nada, y luego la brusca comprensión de que avanzaba y avanzaba al margen de su voluntad, y sin control personal de la dirección en que su cuerpo pudiera encaminarse. Antes que el temor tuviera la oportunidad de consolidarse, se había convertido en una excitación visceral, casi orgásmica, un surtidor de

placer casi insoportable.

Con el lacio pelo negro volcado sobre la cara, el señor bin Permaiswari habría sido irreconocible para los señores y las señoras que se reunían en la Campana, en la vieja Tierra, en tiempos de crisis. No habrían reconocido la felicidad infantil en ese rostro que estaban acostumbrados a ver grave y preocupado. Se rió al viento y apretó las rodillas contra los flancos de Griselda, sosteniendo el anillo con una mano mientras se volvía para saludar a los otros, que estaban algo rezagados.

Griselda parecía sentir su placer ante los largos saltos sin esfuerzo. De pronto, la cabalgata asumió una nueva proporción. Más arriba, el ornitóptero que había traído a Xanadú al señor del Espacio pasaba en su camino de regreso al puerto espacial. Griselda perdió todo orgullo y empezó a saltar fútilmente hacia el ornitóptero durante su ascenso. Mientras pretendía alcanzarlo, Kemal se vio obligado a cogerse con ambas manos del anillo de sostén para no caer ignominiosamente. La gata siguió saltando sin esperanzas hasta que el aparato desapareció de la vista. Luego se sentó y comenzó a lamerse e, inadvertidamente, a lamer también a su pasajero.

El señor Kemal no halló desagradable su lengua de papel de lija, pero parpadeó cuando una garra rozó su pierna. A cierta distancia, Kuat reía. La cara de Madu, aún a lo lejos, mostraba preocupación, y ésta sólo se desvaneció cuando el señor agitó el brazo. Lari, confiado en los poderes del héroe de Styron IV, miraba soñadoramente la ciudad distante.

Lentamente ahora, Griselda reunió los restos de su dignidad. Se mostraba aparentemente confundida por haber cedido a un juego de gatito aun cuando le habían confiado el bienestar de un distinguido visitante.

A la distancia, los domos y las torres de la ciudad brillaban, nacarados, a la suave luz sin sombras de las lunas y los espejos. El señor Kemal hallaba reforzada su sensación de irrealidad. La ciudad parecía tan hermosa e inconcreta como si pudiera desvanecerse mientras se acercaban. Sabría luego que la ciudad —y todo lo que representaba— era demasiado real.

Cerca de las murallas, Kemal vio que la blancura de la ciudad lejana era una ilusión. Los muros estaban incrustados de pedrería en intrincados diseños geométricos, o de hojas y flores, que acrecentaban la belleza de la increíble

arquitectura.

El señor Kemal no había visto nada igual en ninguno de los mundos que había visitado. El palacio de Philip en el planeta Gema parecía feo en comparación.

Jardines con fuentes y lagos artificiales separaban los edificios. Aquí y allá había arbustos plantados según un ingenioso plan que parecía natural. De pronto el señor del Espacio descubrió otro aspecto extraño del planeta: no había visto árboles.

Unos perros les ladraron desde prudente distancia cuando entraron a la ciudad, pero esta vez Griselda se negó a dejarse tentar. Una vez en el interior, asumió un porte decoroso, como si quisiese olvidar sus escarceos anteriores, y se dirigió directamente hacia los escalones del palacio.

El señor Kemal sintió endurecerse los músculos de la grupa de Griselda cuando se preparó para salvar la escalera y atravesar la puerta abierta. Había apenas el espacio necesario. Afortunadamente, Kuat llegó primero y le silbó una orden a la gata. Kemal pudo sentir la resistencia del animal, que habría preferido el salto, pero obedeció. Se apretó contra el suelo, con las patas posteriores replegadas y las anteriores extendidas, y el señor Kemal descendió fácilmente, aunque de mala gana, casi tan apenado como Griselda de que la cabalgata hubiese terminado. Se inclinó para rascarle una oreja.

Madu sonrió, aprobando.

—Muy bien. Si se hace amigo de su gata, le obedecerá mucho mejor.

Kuat gruñó.

—Yo tengo mi propio método para hacer que me obedezcan si tienen demasiadas ideas pro-pías. —Por primera vez, el señor del Espacio advirtió el pequeño látigo con puntas metálicas que Kuat llevaba debajo del cinturón y que ahora señalaba.

—Kuat, tú no... —protestó Madu—. Nunca has...

—No me has visto —repuso él. Y al ver que el rostro de ella se ensombrecía, agregó como para tranquilizarla—: Hasta ahora no lo he necesitado. Pero no creas que no lo haría.

Kemal advirtió que las seguridades ofrecidas por Kuat no eran muy convincentes. Un velo de duda o de asombro pareció oscurecer la ostensible

claridad de la cara de Madu, Una vez más el señor Kemal sintió miedo por ella, y nuevamente lo rechazó.

Temía por causa de su inocencia. Sus ojos le recordaban los de D'irena en los lejanos días de su verdadera juventud, antes de profundizar en los modos de los hombres y de verse obligado a aprender que las infrapersonas y los hombres verdaderos no pueden mezclarse como iguales, D'irena, con su gracia de faunesa, su boca suave, los ojos inocentes de la gacela de que derivaba... ¿Qué le habría ocurrido después de su partida? ¿Tendrían aún sus ojos esa cándida ingenuidad que veía reflejada en los de Madu? ¿O se habría unido a un grosero macho y participaba ahora de su grosería?

La recordaba con ternura. Deseó que su pareja fuese un gamo que le hubiese dado descendientes tan gráciles y suaves como era ella en su memoria. Movi6 la cabeza. Las máquinas del miedo habían suscitado toda clase de extraños recuerdos y sentimientos. Ausente, acarició a la gata.

Vinieron sirvientes a desensillar los gatos. Con un nuevo sobresalto el señor del Espacio vio que eran hombres verdaderos, no infrapersonas, quienes realizaban la tarea, y recordó la afirmación de Kuat sobre el goce de la sensualidad de los animales. Había algo más, algo que casi había pensado, pero que no lograba asir... era como si tratara de aferrar la cola de un animal elusivo que desaparecía al torcer una esquina.

Conducido por Kuat y seguido por Madu y Lari, el señor Kemal recorrió un laberinto de sajas y corredores. Cada uno parecía más sorprendente que el anterior. Sólo en una grabación había visto el señor del Espacio algo similar: una reconstrucción del viejo Manhóme tal como era antes de la Tercera Radiación. Los muros estaban adornados con tapices y cuadros que reproducían los de la Tierra; y había divanes, estatuas y coloridas y cálidas alfombras traídos por el fundador de Xanadú, el Khan original. Sí, Xanadú era el retorno al placer de los sentidos, al lujo y a la belleza, a lo innecesario.

Kemal sintió que empezaba a relajarse en esa atm6sfera encantada, pero se rompió el hechizo cuando Kuat, al llegar al salón principal, se arrojó sin ceremonias sobre el diván más próximo. Tendido cuan largo era, agitó vagamente una mano hacia los demás.

—Siéntense, siéntense —dijo. Las mesas bajas y los divanes eran

incitantes; las velas ardían y sus llamas oscilaban.

Por primera vez desde las presentaciones a la llegada del señor del Espacio, Lari habló espontáneamente.

—Bien venido a nuestra casa —dijo—. Esperamos poder hacer todo lo posible para que su visita resulte agradable.

Kemal comprendió que había prestado poca atención al joven, porque estaba absorto en las nuevas impresiones y (debía admitirlo) porque la muchacha, Madu, le fascinaba. Lari, a su masera, era tan perfecto físicamente como Madu. Alto, delgado, armónicamente musculoso, un dorado adolescente. Y, como Madu, tenía un curioso aire abierto y vulnerable. Al señor Kemal le parecía raro que ambos pudiesen crecer con semejante inocencia bajo la custodia de un hombre tan rudo y aburrido como Kuat.

Kuat interrumpió su fantaseo.

—Vamos. ¡El dju-di!

Madu se dirigió inmediatamente a una mesa donde había una bandeja de color cobre con aplicaciones plateadas. Sobre la bandeja se veían una jarra de dos picos, del mismo material, y ocho vasos haciendo juego. La jarra estaba cubierta por una tapa. Cuando Madu la cogió, Kuat dejó escapar uno de esos gruñidos que el señor del Espacio encontraba cada vez más desagradables.

—Cuida de poner el pulgar sobre el agujero que corresponde.

El tono de la respuesta era indulgente, pero todo lo desdeñoso que se figuraba Kemal que podía ser.

—He hecho esto desde la infancia. ¿Me olvidaría ahora?

Años después Kemal bin Permaiswari pensó que esa noche constituía uno de los giros importantes de su vida a lo largo de su paso espiral por el tiempo. Le parecía estar aislado de los acontecimientos mientras ocurrían; se sentía un espectador que miraba las acciones de los demás, e incluso las propias, como si no tuviese control sobre ellas, como en los sueños...

Madu se arrodilló con gracia y puso el pulgar sobre uno de los dos agujeros del flanco de la jarra. La luz de las velas jugaba sobre el leve polvo plateado que cubría toda la extensión de su piel desnuda. Mientras vertía el líquido rojizo en cuatro vasos, Kemal advirtió que hasta las uñas de sus pequeñas manos estaban pintadas de color plata.

Kuat alzó su vaso. Según las reglas de la cortesía, el primer brindis debía dedicarse al huésped de honor, o por lo menos a la Instrumentalidad, pero Kuat se atenía a sus propias normas.

—Por el placer —dijo, y bebió el contenido de un trago.

Mientras los demás sorbían lentamente la bebida, Kuat se levantó para servirse otra, que bebió antes que los demás terminaran la primera.

El señor Kemal saboreó el dju-di. Distinto de todo lo que probara anteriormente, ni dulce ni ácido, se parecía un poco al zumo de la granada. Y sin embargo, era único.

Mientras bebía, un agradable cosquilleo invadió su cuerpo. Al terminar el vaso, concluyó que el dju-di era la bebida más deliciosa que conocía. En lugar de nublar su mente cómo el alcohol, o de otorgar solamente placer sensual, como el electrodo, el dju-di parecía agudizar su conciencia y todos sus sentidos. Los colores eran más brillantes, la música de fondo que apenas había percibido era bruscamente bella, la textura del diván tapizado de brocado un motivo de alegría, el perfume de flores desconocidas le inundaba. Su mente afectada huía de Styron IV y de todas sus implicaciones. Sintió un fulgor de camaradería, incluso momentáneamente hacia Kuat, y de pronto advirtió que había chocado contra una pared Diamoni.

Entonces comprendió. Su incapacidad de sentir o leer otras mentes en este planeta no era algo intrínseco ni se debía a algún defecto ocasionado por las máquinas del miedo, sino que estaba directamente relacionado con Kuat y con alguna barrera no autorizada erigida por Kuat. Esa barrera era, sin embargo, imperfecta. Kuat no impedía solamente que sus pensamientos fueran leídos: se había visto obligado a erigir una barrera universal. Esto era obvio porque no parecía que pudiese percibir la mente del señor del Espacio.

«Y ¿qué es lo que tienes que ocultar? —se preguntó Kemal—. ¿Qué es lo que tanto se opone a las leyes de la Instrumentalidad como para obligarte a elevar una barrera mental universal?»

Kuat, relajado, sonreía satisfecho.

Por primera vez después de Styron IV el señor Kemal bin Permaiswari estimaba que podía recuperarse por completo. Era la primera vez que se sentía verdaderamente interesado en algo.

Madu le trajo a la situación presente.

—¿Le gusta nuestro dju-di? —Apenas era una pregunta.

Kemal asintió, feliz y todavía absorto en el rompecabezas que había encontrado.

—Puede beber otro —dijo ella—, pero no más. Después uno comienza a perder sus sentidos y eso, después de todo, no es un placer, ¿verdad?

Sirvió una segunda copa para Kemal, para Latí, y para ella misma.

Kuat tendió la mano hacia la jarra, y ella se la golpeó alegremente.

—Una más podrías servirte pisang por error.

Él rió.

—Soy más grande que la mayoría de los hombres, y puedo beber más que ellos.

—Por lo menos, déjame que yo te sirva —dijo ella, y así lo hizo.

Se volvió nuevamente hacia el señor del Espacio con una juguetona alegría que no sonaba demasiado auténtica.

—Debemos ser indulgentes con él; pero, de verdad, es peligroso beber demasiado. ¿Ve cómo está hecha esta jarra?

Alzó la tapa y le mostró la división interior.

—De un lado hay dju-di; del otro, pisang, que tiene idéntico sabor, pero es mortal. Un vaso puede matar en un eefungjung.

Involuntariamente, Kemal tuvo un escalofrío. La unidad de tiempo mencionada por la muchacha era tan pequeña que equivalía a una muerte casi instantánea.

—¿No hay antídoto?

—Ninguno.

Lari, que había permanecido en silencio, habló.

—Es la misma cosa, en realidad. El dju-di es pisang destilado. Ambos proceden de un fruto que crece solamente aquí, en Xanadú. Sabe la galaxia cuántas personas habrán muerto por comer ese fruto o beber el pisang fermentado, pero no destilado, antes de que se descubriera el secreto del dju-di.

—Que vale por cada una de ellas —rió Kuat.

Toda la calidez hacia el gobernador de Xanadú que el dju-di había

logrado engendrar en el señor del Espacio se disipó. Su curiosidad acerca de la dualidad de la jarra, en cambio, crecía.

—Pero si saben que el pisang es un veneno, ¿por qué lo tienen en la misma jarra que el dju-di? ¿Y por qué lo guardan en la forma no destilada?

Madu asintió, manifestando su acuerdo.

—Con frecuencia he preguntado lo mismo. Las respuestas que me han dado no tienen sentido.

—Por la excitación del peligro —repuso Lari—. ¿No le agrada más el dju-di al saber que existe la posibilidad de beber pisang?

—Eso es lo que quería decir —insistió Madu—. Las respuestas no tienen sentido.

En ese instante intervino Kuat. Habló inteligentemente, aunque en tono algo vacilante.

—En primer lugar, hay una tradición. Antiguamente, durante el gobierno del primer Khan, antes de que Xanadú estuviera bajo la jurisdicción de los señores de la Instrumentalidad, abundaba la delincuencia. Había luchas por el poder. La gente de otros planetas venía a robar nuestras riquezas. Se necesitaba algún modo sencillo de eliminarles antes de que lo supieran. Dicen que la jarra doble es copia de una jarra china que trajo el primer Khan. Yo no lo sé, pero es tradicional aquí. No encontrará en Xanadú una jarra que no contenga pisang.

Movió sabiamente la cabeza, como si hubiese explicado todo, pero el señor del Espacio no estaba satisfecho.

—Está bien —dijo—. Ustedes hacen las jarras a la manera tradicional. Pero, por las nubes de Venus, ¿por qué siguen poniendo pisang en ellas?

La respuesta de Kuat llegó en un tono más vacilante que sus palabras anteriores. El exceso de dju-di hacía que pareciese ebrio, y el señor del Espacio tomó nota mental de atender al consejo de Madu y no exceder dos copas de la bebida. Kuat, con una sonrisa deformada, movió un dedo ante el señor Kemal, en señal de advertencia.

—Los extranjeros no deben hacer demasiadas preguntas. Todavía podría haber enemigos cerca, y estamos preparados. Además, ésa es la forma en que ejecutamos a los criminales en Xanadú. —Su risa era desinhibida—. No

saben lo que se les da. Es como una lotería. A veces me burlo un poco de ellos. Les doy primero dju-di, y empiezan a creer que serán liberados. Luego les sirvo otra copa y la beben alegremente, sin sospechar nada, porque con la primera no ocurrió nada. Entonces se paralizan y ¡ja!, ¡debería ver sus caras!

Por un instante el disgusto latente que el señor del Espacio sentía por Kuat se alzó en toda su magnitud. Pero pensó, el hombre está ebrio. Y luego: ¿el hombre que habla es el hombre real?

—No, no, Kuat, no quieres decir eso...

Kuat pareció comprender. Dio una palmada en la barbilla de su hermano.

—No, no, por supuesto. Creo que me iré a la cama. Os encargaréis de nuestro huésped, ¿verdad?

Se puso en pie con leve inseguridad, pero logró salir de la habitación con paso firme.

De pronto, la barrera bajó un poco. No pudo leer la mente de Kuat, pero sí sentir, en alguna parte del planeta, algo extraño, ilegal, maligno. La frialdad reemplazó el calor del dju-di en sus venas.

*Más allá de las blancas dunas se empezaba a levantar el viento. Lejos de la ciudad, protegido, junto al Mar sin Sol —el antiguo lago del cráter— el laboratorio tenía una engañosa placidez exterior. Adentro, los mueremuertos, ilegales, aún no bien despiertos, se movían en el fluido ambiótico; afuera, los árboles, con sus frutos letales, parecían temblar de temor anticipado.*

Madu suspiró.

—Yo sabía que esa última copa era excesiva, pero él estaba decidido a bebería. —Se volvió hacia Lari, olvidando al señor del Espacio, y le aseguró —: Por supuesto no es verdad lo que dijo cuando habló de burlarse de los prisioneros. Ha sido tan bueno con nosotros todos estos años... nadie podría ser tan amable con nosotros, y al mismo tiempo cruel, ¿verdad?

Una vez más el señor del Espacio miró a Lari. La hermosa cara del joven, vital, pero tan juvenil, mostraba una expresión de desasosiego.

—No, supongo que no... y sin embargo he oído historias... —se interrumpió al recordar la presencia del señor del Espacio—. Naturalmente, no son más que disparates —concluyó; pero Kemal tuvo la sensación de que

trataba tanto de convencerse a sí mismo como de borrar la mala impresión que había dejado su hermano.

—Ahora iremos a comer —dijo alegremente Madu, y se puso de pie para pasar al comedor. Nuevamente el señor del Espacio sintió que cambiaban de tema.

## II

Años después, Kemal recordaba. Los pensamientos corrían por su mente. *Oh, Xanadú: no hay con qué compararte en todas las galaxias. Los días y las noches sin sombras, las llanuras sin árboles, los bruscos truenos y relámpagos sin lluvia se agregan a tu encanto. Griselda. El único animal puro que he conocido nunca. El vasto ronroneo, el suave hocico rosado con la mancha negra, los ojos que parecían mirar, más allá de mis rasgos, mi propio ser... Oh, Griselda, espero que en alguna parte aun estés brincando...*

Pero ahora: los primeros días del señor Kemal bin Permaiswari en Xanadú pasaron rápidamente mientras le introducían en los infinitos placeres del planeta.

Al día siguiente de su llegada estaba programada una carrera en que Lari debía intervenir. El elemento de la competencia, que se había traído de vuelta a Xanadú, era parte de un retorno deliberado a las sencillas alegrías que la humanidad, al mecanizarse, había olvidado.

La muchedumbre del estadio era alegre y brillante. La mayoría de las muchachas llevaban el largo pelo al viento; todas las mujeres, jóvenes y mayores, usaban el traje típico de Xanadú: una falda ínfima y una chaqueta abierta sin mangas. En la mayoría de los mundos, las mujeres de cierta edad habrían quedado grotescas o por lo menos ridículas con semejante traje; y las jóvenes habrían parecido impúdicas. Pero en Xanadú la inocencia y la aceptación del cuerpo eran básicas, y casi sin excepción sus mujeres, fuera cual fuera su edad, conservaban sus encantadoras siluetas esbeltas, y ningún

falso pudor llamaba la atención hacia su semidesnudez.

Casi todos los jóvenes —incluso los varones— usaban ese brillante polvo corporal que el señor del Espacio había advertido por vez primera en Madu. Algunos llevaban una tonalidad que hacía juego con sus ropas, su cabello o el color de sus ojos, y unos pocos, un polvo incoloro y luminiscente. De todos los presentes, el señor del Espacio pensaba que Madu era la más hermosa.

Ella irradiaba una excitación que se comunicaba en parte a Kemal. Kuat parecía apático.

—¿Cómo puedes estar sentado tan tranquilo? —preguntó Madu.

—El muchacho va a vencer, ya sabes. Y, de cualquier modo, las carreras de caballos son más apasionantes.

—Para ti, quizá. Pero no para mí.

Kemal estaba interesado.

—Nunca he visto carreras como éstas —dijo—. ¿Cómo son? ¿Los caballos corren juntos, para que se vea cuál es el más rápido?

Madu asintió.

—Parten todos ante una señal y recorren un camino predeterminado. El que llega primero a la meta es el vencedor. Él —indicó alegremente con su cabeza a Kuat— suele apostar por la victoria de su caballo. Por eso le gustan más las carreras de caballos que las humanas.

—¿Y no se hacen apuestas en las carreras humanas?

—Oh, no. Sería degradante para los seres humanos que se apostara por sus habilidades o sus éxitos.

Hubo ese día tres carreras. A cada una disminuía la cantidad de participantes. Era evidente, después de la primera, que no había verdadera competencia: Lari aventajó a los demás de tal manera que resultaba embarazoso. Si no hubiese sido tan obviamente un maravilloso corredor, habría sido fácil suponer que los demás se rezagaban para permitir la victoria del hermano del gobernador de Xanadú.

Kuat fue hasta el centro del estadio para participar en una imitación de un antiguo ritual del viejo Manhome, que consistía en poner una corona de hojas doradas sobre el cabello de Lari.

Durante su ausencia, el señor Kemal escuchó diversos susurros de los que

sólo percibió algunas palabras: «Bailar con los aroi», «El viejo gobernador estará satisfecho», «Qué lástima que su madre...» Madu no parecía oír.

Después de la celebración, cuando el gobernador y los suyos retornaron al palacio, Kemal recordó esas extrañas frases. En particular le asombraba el uso del futuro en «el viejo gobernador *estará* (y no “hubiera estado”) contento». Eso permaneció en su mente, como una astilla en un dedo dolorido. Su mente comenzaba a recuperarse de las heridas infligidas por las máquinas del miedo, y se dijo que no podía arriesgarse a una recaída.

Mientras Kuat bebía su segunda copa de dju-di, Kemal dijo casualmente: —¿Cuánto tiempo hace que es usted gobernador de Xanadú, Kuat?

Este alzó la vista. Sintió que había algo debajo del tono casual de la pregunta.

Lari intervino:

—Yo era un niño pequeño...

El gesto de Kuat le impuso silencio.

—Muchos años —dijo—. ¿Le importa cuántos?

—No. Simplemente sentía curiosidad —respondió el señor del Espacio, decidiéndose por un candor modificado—. Yo creía que el gobierno de Xanadú era hereditario, pero hoy he oído algo que me hizo pensar que su padre aún vivía.

Nuevamente Lari, antes que Kuat le obligase a callar, se precipitó a responder:

—Pero está vivo. Está con los aroi... Por eso mi madre...

El ceño fruncido de Kuat se interpuso.

—No es cosa que le interese a la Instrumentalidad. Es una cuestión vinculada a las costumbres locales de Xanadú, amparadas por el artículo 376.984, parte *a*, inciso 34c del instrumento por el cual Xanadú aceptó ponerse bajo la protección de la Instrumentalidad. Puedo asegurarle al señor que se trata exclusivamente de asuntos domésticos de origen autóctono.

Kemal asintió, mostrando ostensiblemente su acuerdo. Sentía que de algún modo había descubierto otra pequeña parte del misterio que le intrigaba y le interesaba más que ninguna otra cosa desde Styron IV.

### III

El cuarto «día» de su estancia en Xanadú, Kemal salió con Madu y Lari en su primera expedición fuera de los muros de la ciudad desde que llegara. Para entonces, el señor del Espacio se había hecho muy amigo de la gata Griselda. Le placía extraordinariamente que ronroneara de placer y se tendiera para permitirle montar sin esperar una orden.

Veía a los animales a una nueva luz. Tuvo aguda conciencia de que las infrapersonas, animales modificados de forma humana, no eran verdaderamente una cosa ni la otra. Oh, había infrapersonas de gran poder e inteligencia, pero... dejó que el pensamiento se escurriera.

Corrían por la llanura con dicha singular. Sin árboles, barrido por los vientos, el pequeño planeta poseía una salvaje belleza propia. El negro mar lamía el pie de los blancos acantilados. Kemal, al contemplar los li de arena, sintió una vez más la rareza del lugar. A la distancia vio un gran pájaro que se alzaba, vacilaba y luego caía.

Más tarde, mucho más tarde, la canción que escribió la computadora cuando le suministró los hechos, el lugar y el momento, llegó a ser conocida en todas las galaxias:

En la negra montaña,  
sola en la nube,  
quedó inmóvil el águila.  
El viento chillaba,  
rodaba el trueno.  
El águila cayó,  
las alas castigadas, rotas;  
fue la niebla su mortaja.  
La espuma  
al pie  
del acantilado  
era blanca esa noche y relumbraban  
las alas del pájaro caído.

Oí el grito.

Quizá testimoniaba la profundidad de sus sentimientos el hecho de que Kemal alimentó la computadora de tal suerte que parte de su agonía quedó expresada.

Madu y Lari también vieron caer el pájaro, y su alegría se nubló ante un hecho que no podían terminar de comprender.

—¿Pero por qué? —susurró Madu—. Volaba tan libremente como nosotros cabalgamos... Brincábamos mientras se alzaba feliz. Y ahora...

—Ahora debemos olvidarla —repuso el señor del Espacio, con una sabiduría nacida de la infinita paciencia y de un cansancio que habría deseado no sentir. Pero él mismo no pudo olvidarla: de ahí su visita a la computadora.

«En la negra montaña...»

Helados por la muerte de la belleza y de la vida, prosiguieron más lentamente, cada uno sumido en sus pensamientos.

«¡Qué desperdicio! —pensaba el señor del Espacio—. Cuánta belleza perdida. El pájaro subía libre como un sueño. ¿Qué había sido? ¿Una extraña corriente de aire? ¿O algo más letal?»

«¿Qué sintió mi madre? —pensaba Lari—. ¿Cuáles fueron sus sentimientos y sus pensamientos cuando caminó hacia el mar negro, tibio, profundo, sabiendo que jamás volvería?»

Madu se sentía sola y confusa. Era la primera vez que se enfrentaba personalmente con la muerte en cualquiera de sus formas. Sus padres eran irreales para ella: jamás los había conocido. Pero el águila... La había visto viva y libre, volando, sin que nada más importante que la gracia del planeo y del ascenso la preocupara. De pronto estaba muerta. Madu no podía conciliar las dos ideas en su mente.

Fue Kemal quien, merced a su edad y a su experiencia, se recuperó primero.

—No me han dicho adónde vamos.

La sonrisa de Madu fue una débil sombra de la habitual, pero respondió con esfuerzo:

—Cabalgaremos en torno del cráter, junto a ese pico. La vista es hermosa,

y cuando uno está allí casi puede pensar que ve el planeta íntegro.

Lari asintió, decidido a participar en la conversación a pesar de los pensamientos que oscurecían su mente.

—Es verdad —dijo—. Hasta se puede ver desde allí el bosque de los árboles buah... Es del fruto del buah que obtenemos el pisang y el dju-di.

—Estaba intrigado —repuso el señor del Espacio—. No he visto un árbol desde que llegué.

—No —dijeron al mismo tiempo Madu y Lari. Eso creó una pequeña diversión, y ambos rieron espontáneamente, recobrando la naturalidad perdida después de la muerte del pájaro. En forma inconsciente, comunicaron su nuevo ánimo a los gatos, que comenzaron a saltar a mayor velocidad.

La satisfacción del señor del Espacio ante el mejor espíritu de sus jóvenes compañeros se veía disminuida porque la conversación, que había empezado a tornarse interesante, no podía continuar mientras sus cabalgaduras avanzaban a tal rapidez.

Mientras ascendían la cuesta, sin embargo, los gatos corrían menos. El cambio fue imperceptible al principio, pero mientras continuaba el largo ascenso, Kemal podía sentir el esfuerzo; de Griselda. Había comenzado a creer que nada era capaz de fatigarla, pero la subida hasta el borde del cráter era mucho más larga de lo que parecía desde abajo.

También era evidente que los otros gatos experimentaban igual dificultad. El señor del Espacio reanudó la conversación.

—Iban a decirme algo acerca de los árboles —dijo.

Lari respondió primero.

—Es lógico que no haya visto árboles —explicó—. Los únicos que crecen en Xanadú, aparte del buah, son los kelapa, que se encuentran dentro de los cráteres de los volcanes más pequeños. También podrá ver algunos cuando lleguemos al borde. Pero el buah siempre crece en grupos: para dar fruto debe haber árboles macho y hembra, y sólo en ciertas ocasiones es posible acercarse al fruto. De otro modo, incluso aspirar su aroma puede ser mortal.

Madu confirmó gravemente:

—Debemos mantenernos a distancia del bosquecillo de buah hasta que

Kuat consulta con los aroi. Cuando él anuncia que es el tiempo, todo el mundo en Xanadú participa en la recolección. Los aroi bailan, y es la mejor época...

Lari movió la cabeza con desaprobación.

—Madu... Hay cosas de las que no hablamos a los extranjeros.

La muchacha enrojeció. Balbuceó, mientras brotaban lágrimas en sus ojos:

—Pero a un señor de la Instrumentalidad...

Ambos hombres advirtieron su confusión, y ambos se apresuraron a remediarla a su manera. El señor del Espacio dijo:

—Yo nunca recuerdo lo que no debo.

Lari sonrió a la joven y le puso la mano derecha en el hombro.

—Está bien. Él comprende, y tú lo hiciste sin querer. Ninguno de nosotros le dirá nada a Kuat.

Mientras descansaba en su habitación, después de la cena, el señor del Espacio trataba de reconstruir la tarde. Habían llegado al borde del cráter, y era como Madu había dicho: uno se sentía como si el horizonte fuera infinito. Kemal había percibido en forma abrumadora la magnitud del infinito, algo que nunca había experimentado en esa medida en todos sus viajes a través del espacio o del tiempo. Y sin embargo, tenía también la pequeña y molesta sensación de que algo no estaba bien.

En parte, esa sensación se asociaba al bosquecillo de los árboles buah. Estaba seguro de haber vislumbrado un edificio cuando el viento incierto, a veces huracanado y a veces suave, agitaba las ramas. No mencionó su observación a los jóvenes. Era probablemente algo autóctono cuya discusión estaba prohibida, o sin duda alguno de ambos lo habría mencionado.

Buscó en su memoria (sí, lo sentía, su mente se recobraba) una persona, entre los servidores del palacio, que pudiese estar dispuesta a hablar con un señor de la Instrumentalidad. De pronto recordó algo que debía de haber anotado en forma subliminal en el momento, sin ser consciente. ¿Qué era? Alguien que había dibujado un pez en la arena reservada a los gatos y luego había rozado la cara del señor del Espacio, casualmente, mientras le miraba. Luego él sorprendió un reflejo metálico en el cuello del hombre. ¿Podía ser

una cruz del dios clavado en lo alto? ¿Había un miembro de la vieja religión aquí, en Xanadú? Si era así, tenía un motivo para chantajearle.

¿Era así? El hombre había tratado de comunicarse con él. Ahora que lo pensaba, estaba seguro. Bueno. Por lo menos tenía un posible colaborador. Ahora sólo faltaba recordar su nombre.

Dejó que su mente asociara con libertad. Llegó el rostro, y la mano del hombre, que jugueteaba con la cruz. Ahora podía verla... ¿por qué no la había notado antes?... Pero allí estaba, grabada en su mente... y, sí, el nombre: Mr.-Stokely-from-Boston. La improbable sospecha de que hubiese, después de todo, una infrapersona en Xanadú cruzó por su pensamiento. Mr.-Stokely-from-Boston no parecía derivado de un animal, pero el nombre indicaba algo extraño en su origen.

Kemal bin Permaiswari sintió que no podía aguardar hasta la «mañana» para ampliar su relación con Mr.-Stokely-from-Boston. ¿Qué excusa podía hallar para visitar a esta hora los establos de los gatos? Las puertas de Xanadú estarían cerradas las próximas ocho horas. Luego comprendió que pensaba como un ser humano ordinario; él era un señor de la Instrumentalidad. ¿Por qué debía hallar una excusa para todo lo que quería hacer? Kuat podía ser el gobernador de Xanadú; pero en el plan de la Instrumentalidad era una pieza diminuta.

Sin embargo, el señor del Espacio consideró mejor moverse con circunspección. Kuat había mostrado su crueldad, y algunas de aquellas prácticas «autóctonas» parecían muy peculiares. Bien podía desaparecer un señor del Espacio si bebía pisang «accidentalmente» cuando su mente estaba aún desordenada. Y luego había que tener en cuenta el bienestar de Mr.-Stokely-from-Boston.

Griselda. Esa era la respuesta. Esa tarde había advertido que estornudaba... hasta se lo había mencionado a Madu y a Lari... ellos lo habían atribuido al polvo o al polen. Pero serviría como pretexto. Quería tan evidentemente a Griselda que hasta se burlaban un poquito de él... Ciertamente nadie hallaría extraña su preocupación por ella.

Los corredores parecían curiosamente desiertos mientras caminaba hacia el establo de los gatos. Tuvo conciencia de que no se había aventurado fuera

del ámbito de su alojamiento después de la cena del día de su llegada a Xanadú. Aparentemente, todos se retiraban después de las comidas, tanto amos como servidores. Se preguntó si también los establos estarían desiertos.

Para su increíble buena suerte, encontró solo a Mr.-Stokely-from-Boston. Al menos por el momento, supuso que el encuentro era fortuito. Más tarde, interrogó al hombre-pájaro; Mr.-Stokely-from-Boston se demostró, como el señor del Espacio había adivinado, una infrapersona.

Mr.-Stokely-from-Boston tenía una sonrisa amable y sabia.

—Ya lo ve usted. El gobernador Kuat no sospecha que yo soy una infrapersona. Y, por supuesto, la barrera mental universal no tiene efecto sobre mí. Fue un poco difícil, pero logré penetrar en usted. Me preocupé mucho cuando mi sonda mental me reveló todo el tejido cicatricial que quedó a consecuencia de Styron IV, pero he utilizado los últimos métodos para curar su mente, y estoy seguro de que lo estamos consiguiendo.

Kemal sintió un extraño resentimiento momentáneo de que aquella persona derivada de un animal conociese con tal intimidad su mente, pero ese raptó duró poco y logró en seguida equiparar la empatía que había desarrollado con Griselda, y la comunicación mental que tenía ahora con el hombre-pájaro.

Mr.-Stokely-from-Boston sonrió aún más ampliamente.

—No me equivoqué con usted, señor bin Permaiswari. Es el aliado que necesitábamos en Xanadú... ¿Le sorprende?

Kemal bin Permaiswari asintió.

—El gobernador dijo con tal firmeza que en Xanadú no había infrapersonas...

—Llegar hasta aquí tuvo sus dificultades —reconoció Mr.-Stokely-from-Boston—, pero no estoy solo. Y tenemos otros auxiliares humanos, por supuesto, aunque ninguno tan poderoso como un señor del Espacio.

Kemal descubrió que no le molestaba la suposición de que él fuera un aliado. Nuevamente el hombre-pájaro leyó sus pensamientos y le sonrió. Tenía una sonrisa curiosamente convincente; segura, pero amable. Parecía digno de confianza, y Kemal estaba dispuesto a aceptar lo que el hombre-pájaro dijera.

Sus pensamientos se entrelazaron.

—Permítame que me presente correctamente —espionó el hombre-pájaro—. Mi nombre verdadero es E'duard<sup>[1]</sup>, y mi progenitor era el gran E-telekeli, de quien quizá haya oído usted hablar.

Kemal encontró bastante conmovedora la modestia de esta afirmación. Incluyó su cabeza respetuosamente: ese legendario hombre-pájaro, el E-telekeli, era conocido en toda la Instrumentalidad como el jefe y consejero espiritual de las infrapersonas. Esta infrapersona derivada de huevo podía ser un aliado valiosísimo para desarrollar la misión de la Instrumentalidad, o un opositor de temible envergadura. Los señores y señoras que gobernaban la Instrumentalidad ansiaban en general este tipo de cooperación.

Se sabía que muchas infrapersonas poseían extraordinarios poderes médicos y psíquicos, y al señor del Espacio le confortaba saber que la persona derivada de animal que había estado manipulando su mente era un descendiente del E-telekeli. Vio de pronto que estaba espionando sus pensamientos, puesto que E'duard podía obviamente percibirlos. Ciertamente, el proceso de resolver el misterio de Xanadú sería mucho más sencillo para Kemal si ellos cooperaban, pero primero deseaba saber si esa alianza particular no violaba ninguna de las leyes de la Instrumentalidad.

—No —respondió enfáticamente E'duard—. De hecho, contribuirá a corregir una situación que está directamente en conflicto con las leyes de Instrumentalidad. De eso se trata.

—¿Algo «autóctono»? —preguntó incisivamente el señor del Espacio.

—La cultura nativa está implicada —concedió E'duard—; pero realmente es utilizada como pantalla para un gran mal. Y no uso la palabra «mal» sólo en este sentido —alzó la cruz del dios clavado en lo alto—, sino en el de una violación básica de los derechos de las personas. Me refiero al derecho de toda entidad a existir en sus propios términos, siempre que no violen los derechos de otros, y a tomar sus propias decisiones.

Por segunda vez Kemal bin Permaiswari asintió, con respeto y aprobación.

—Esos son derechos inalienables.

E'duard movió la cabeza.

—Deberían ser así —espíhabló—, pero en Xanadú, Kuat ha encontrado la forma de eludir ese carácter inalienable. Conocerá usted, por supuesto, la existencia de los mueremuertos...

—Naturalmente. «Y nunca una vida propia» —citó de una antigua canción—. ¿Pero qué tiene esto que ver con los derechos de las personas? Los mueremuertos son desarrollados a partir de trocitos congelados de la carne de las personas notables muertas hace mucho. Es verdad que al regenerar la persona física de los muertos se obtienen a veces notables resultados con los mueremuertos en su segunda vida; y a veces no. El éxito parece no depender solamente de los genes, sino de una combinación de genes y circunstancias.

Nuevamente E'duard movió la cabeza.

—No espíhablo de los mueremuertos legales, científicamente controlados, aunque en ocasiones me inspiran gran compasión. Sino... ¿qué pensaría usted de mueremuertos derivados de personas vivas?

Kemal mostró en la mirada su asombro y su horror mientras E'duard continuaba:

—Mueremuertos controlados como títeres por Kuat; mueremuertos que reemplazan a los originales, de modo que, en verdad, ni el mueremuerto ni el original poseen una vida propia...

Súbitamente Kemal comprendió qué había en el edificio que había vislumbrado entre el bosquecillo de árboles buah.

—Ese es el laboratorio, ¿verdad?

E'duard asintió.

—Es el lugar ideal. Kuat ha difundido el rumor de que el aroma del buah es mortífero salvo cuando, en consulta con los aroi, declara que no es peligroso cosechar sus frutos. De modo que nadie se atreve a aproximarse. No es verdad. Sólo hay un brevísimo período, justamente antes de la cosecha, en que el aroma del buah es letal... en otras palabras, el rumor sólo contiene la verdad necesaria para expandirse. Ya vio usted, esta mañana, la muerte de nuestro explorador...

Kemal le miró sin comprender.

—El águila no modificada que vio usted caer del cielo durante su

cabalgata. Vigilaba el laboratorio para nosotros, y fue herida por un dardo con pisang. Hechos como ése hacen creer a la gente que debe mantenerse alejada.

—¿Podía comunicarse con ella? —Por primera vez el señor del Espacio vio ensombrecerse la sonrisa del hombre-pájaro.

—Por supuesto. —Sus ojos se tornaron viejos y tristes—. Era uno de mis hermanos. Fuimos empollados en el mismo nido, pero yo fui elegido como infrapersona por mi código genético, y él no. Nuestros sentimientos son algo diferentes de aquellos de las personas verdaderas, pero somos capaces de amor y lealtad, y también de tristeza...

Kemal vio en su memoria el hermoso pájaro que se elevaba, y sintió la tristeza de E'duard. Sí. Podía creer en los sentimientos de las infrapersonas. E'duard le tocó la mano con un dedo.

—Yo sabía que lamentaba usted su muerte sin conocer las circunstancias. Esa es una de las razones por las cuales le pedí que viniera esta noche. —Cambió rápidamente de actitud—. Primero debemos ocuparnos de los aroi.

—He oído la palabra, pero no conozco su significado —respondió el señor del Espacio.

—No me extraña. Los aroi llevan una vida de placeres. Cantan, bailan, festejan y son una especie de sacerdotes. Hay varones y mujeres, y son muy respetados. Pero para unirse a los aroi es preciso cumplir un requisito particularmente horrible.

El señor del Espacio le miró interrogativamente.

—Todos los descendientes vivos del cónyuge de la persona que se une a los aroi deben morir. O bien el cónyuge mismo y, si hay más de un descendiente de esa unión, una cantidad equivalente de otros voluntarios.

Kemal comprendió.

—Esa es la razón de que la madre de Lari se haya ahogado en el mar sin sol... para salvar a su hijo. ¿Y por qué el viejo gobernador se unió a los aroi?

—¿No lo ve usted? Kuat de gobernador, y el viejo gobernador con los aroi... Así, ese par de conspiradores poseen el poder absoluto en el planeta...

—¿De modo que era una conspiración desde el principio?

—Naturalmente. Kuat es hijo de la primera esposa, y nació cuando el

governador estaba en su primera juventud. En la vejez éste desea seguir en el poder con la ayuda de una especie de virrey.

—¿Y los mueremuertos del laboratorio?

—Por esa razón el asunto urge. Ya están totalmente desarrollados y son casi conscientes. Deben ser destruidos antes de que reemplacen con ellos a los originales, y de que los originales sean asesinados.

—Supongo que no habrá otro recurso, pero casi me parece un crimen.

E'duard no estaba de acuerdo.

—El reemplazo es un crimen físico y espiritual. Estos mueremuertos son como robots sin alma. —Advirtió la leve sonrisa del señor del Espacio—. Ya sé que no cree en la vieja religión, pero pienso que entiende lo que quiero decir.

—Sí. No son, en ese sentido, seres vivientes. No poseen voluntad propia.

—Los aroi residen a dos pueblos de aquí, a unos 100 li. Después de celebrar la fiesta en esos pueblos, vendrán hacia aquí. Esa será la señal para la cosecha del buah y para reemplazar por los mueremuertos a sus originales vivos. A partir de ese momento, no habrá oposición para Kuat en el planeta, y podrá dar rienda suelta a su crueldad y planear la conquista de otros mundos. Su hermano Lari es una de las víctimas previstas, porque tiene miedo de la popularidad del muchacho.

Kemal parecía casi incrédulo.

—Pero las dos personas a quienes parece querer son Lari y Madu.

—Sin embargo, uno de los mueremuertos del laboratorio es réplica de Lari.

—¿Y el viejo gobernador, el padre, no se opondrá?

—Es posible, aunque el mero hecho de que se haya unido a los aroi sabiendo el costo en vidas humanas hace pensar que no interferirá.

—¿Y Madu?

—Kuat la tendrá a su lado, por ahora, y tratará de amoldarla a su voluntad. Pero tiene tan poco respeto por la individualidad que, si no lo consigue, obtendrá algún trocito de su carne y eventualmente también ella será reemplazada por un mueremuerto. Sería bien posible que Kuat quedase satisfecho con una réplica física, sin preocuparse de que la persona estuviese

ausente.

Kemal sintió que su mente fatigada trataba de digerir más de lo que podía de una sola vez. E'duard lo comprendió en el acto.

—Le he retenido demasiado tiempo. Debe usted descansar. Estaremos en contacto. Y no tema: la barrera mental de Kuat le aísla también a él. Sólo las infrapersonas y los animales estamos exceptuados, y nos hemos unido.

Mientras regresaba a sus habitaciones, el señor bin Permaiswari percibió de nuevo el silencio y la ausencia de toda actividad humana en el palacio. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que abandonara su cuarto para visitar a Mr.-Stokely-from-Boston en el establo de los gatos. Hubiese querido acordarse de preguntar a E'duard cómo había adquirido ese inverosímil nombre. Inmediatamente sintió la voz de E'duard que espiahablaba en su mente.

—Me fue concedido por un pequeño servicio que hice a la Instrumentalidad en el viejo Manhome.

Kemal se detuvo, asombrado. Había olvidado que no había barreras espaciales para la espiconversación si dejaba su mente abierta. Luego espiahabló.

—Gracias —dijo, y cerró su mente.

## IV

Cuando despertó de sus atormentadores sueños, el señor del Espacio experimentó una debilidad que, lo sabía, E'duard habría denominado fatiga del alma. No había ninguna forma de comunicarse con la Instrumentalidad. La próxima nave espacial que debía llegar al espaciopuerto de Xanadú estaba tan lejos en el futuro que de nada podía servir en el asunto de los mueremuertos ilegales. E'duard tenía razón. El reemplazo debía impedirse antes de comenzar. ¿Pero cómo? Pensaba que disminuía un poco su posición de señor del Espacio verse obligado a confiar en una infrapersona. El único consuelo era que la infrapersona involucrada era un descendiente del gran E-

telekeli.

Mientras comían, Madu parecía decaída. Lari no estaba presente. Kemal, con la voz más amistosa que pudo, le preguntó a Kuat por el muchacho.

—Ha ido a Raraku a bailar con los aroi —respondió Kuat. Luego, aparentemente, comprendió que el señor del Espacio no conocía el término «aroi»—. Es un grupo de actores y bailarines que tenemos en Xanadú —explicó amablemente. Kemal sintió frío en su corazón.

Apenas pudo esperar a comunicarse con E'duard.

—Lari no está —espihabló, apenas se sintió seguro de que Kuat no advertiría su expresión.

—Todos los mueremuertos están aún en el laboratorio, según informan nuestros exploradores —repuso E'duard—. Trataremos de localizar a Lari y luego volveremos a comunicarnos.

Pero el tiempo pasaba. Lo único que las infrapersonas pudieron decirle a Kemal fue que Lari no estaba con los aroi en Raraku y que su réplica, el mueremuerto, no se había movido del laboratorio. Parecía haber desaparecido del planeta.

Madu había aceptado la afirmación de Kuat. Estaba mucho más serena, pero aparentemente creía que Lari estaba bailando con los aroi. El señor del Espacio intentó un pequeño sondeo.

—Había creído que los aroi eran un grupo cerrado, y que era preciso unirse a ellos para participar en los festejos.

—Sí, para tener una plena participación —repuso Madu—. Pero cerca de la época de las cosechas, se permite a los mejores danzarines bailar con los aroi, sean o no miembros. Ya no tardarán mucho, Los aroi han pasado de Raraku a Poike, y luego vendrán aquí. Me alegrará ver a Lari: siempre le extraño cuando sale a correr o a danzar.

—¿Ha ido a danzar en otras ocasiones? —preguntó Kemal.

—Bueno... No. No a danzar. A correr, pero no a danzar. Pero lo hace muy bien. Antes no tenía suficiente edad.

—Y durante la cosecha, ¿hay otras fiestas, además de los bailes? —preguntó el señor del Espacio, tratando de encontrar una pista que condujera hacia el desaparecido Lari.

La sonrisa de Madu recobró parte de su antiguo brillo.

—Oh, sí. Tenemos las carreras de caballos de que le hablé. Son el deporte favorito de Kuat. Sólo que esta vez —su cara se ensombreció— me temo que su caballo no tiene muchas probabilidades de vencer. Gogle ha corrido demasiado y demasiado tiempo, y sus patas posteriores están afectadas. El veterinario habló de un trasplante de músculos, si había un donante apropiado, pero creo que no lo encontraron.

Sin embargo, ante la perspectiva de ver pronto a Lari, mostraba algo de la alegría que Kemal asociaba con ella. Salieron a dar una cabalgata en gato, y el señor sintió otra vez asombro y placer cuando él y la gata Griselda parecían un solo ser. Estaban tan estrechamente comunicados que ya no debía apretar las rodillas ni silbarle para que ella obedeciera a sus menores deseos. Por primera vez Kemal bin Permaiswari pudo olvidar a E'duard y a los mueremuertos, así como su preocupación por Lari y por determinar si la Instrumentalidad aprobaría o no su cooperación con el hombre-pájaro.

También por vez primera el señor del Espacio se preguntó hasta qué punto se querían Madu y Lari. Ahora que tenía a Madu para él, sentía más que nunca la fuerte atracción de la muchacha. Nunca, en ningún mundo, había sentido de tal forma el atractivo de una mujer. Y de acuerdo con su sentido del honor, pensó que era imperativo devolver a Lari a la seguridad antes de que él tuviera la oportunidad de manifestarle a Madu sus sentimientos. Intentó espihablar con E'duard.

—Nada —respondió el hombre pájaro—. No hemos encontrado huellas. La última vez que fue visto por uno de los nuestros, se encontraba en las afueras del palacio e iba hacia los establos. Esto es todo.

El día del festival previo a la cosecha, el señor del Espacio, con el pretexto de Griselda, repitió su visita al establo de los gatos.

E'duard, en su carácter de Mr.-Stokely-from-Boston, estaba trabajando. Miró gravemente a Kemal, pero su mente permaneció cerrada. No espihabló. El señor bin Permaiswari se sintió molesto. Abrió su mente y espihabló:

—Animales.

E'duard parpadeó, pero no espihabló.

El señor del Espacio, acongojado, agregó:

—Lo siento. No quise decir eso.

Esta vez E'duard espihabló en respuesta.

—Sí lo hizo. Y lo somos. ¿Pero por qué tanta furia? Cada uno es lo que es.

—Me molestó que me cerrase su mente a mí, un señor del Espacio. Pero usted tiene el derecho de cerrar su mente a cualquiera. Le pido perdón.

E'duard aceptó la explicación.

—Tenía una razón para ello —repuso—. Trataba de decidir cómo decirle algo. Y necesitaba conocer claramente sus sentimientos acerca de la muchacha Madu y del joven Lari antes de espihablar con libertad.

El señor bin Permaiswari tenía una sensación de vergüenza. No se había conducido como un señor del Espacio, sino como un niño. Trató de espihablar con entera franqueza.

—Estoy verdaderamente preocupado por el muchacho. Y en cuanto a Madu, me inspira gran atracción, pero debo antes averiguar qué siente ella por Lari.

E'duard asintió.

—Espihabla usted como me lo figuraba. Hemos encontrado a Lari. Está inválido de por vida.

Kemal respiró con dolor.

—¿Qué quiere decir?

—Kuat hizo que su veterinario le extrajese los músculos de la pierna a Lari y los trasplantase a su caballo favorito, Gogle. El caballo podrá correr justamente una carrera más a toda velocidad, engañando así a quienes apuesten contra Kuat. Es poco probable que la cirugía logre que el muchacho vuelva a caminar, y mucho menos a correr o a bailar.

El señor del Espacio sintió que su mente estaba en blanco. Tuvo conciencia de que E'duard continuaba espihablando.

—Lari asistirá mañana a la carrera de caballos en una silla de ruedas. Necesitará usted la ayuda de Madu. Y podrá decidir qué hacer.

Hasta el momento de la carrera, Kemal se movió como en un sueño, observando desapasionadamente sus propios movimientos. E'duard le espihabló sólo en una ocasión.

—Debemos matar inmediatamente a los mueremuertos. El mejor momento será mañana, después de la carrera, cuando todo el mundo esté de fiesta. Si mantiene usted entretenido a Kuat, yo me ocuparé del asunto.

Infeliz, temeroso, más débil que nunca desde Styron IV, Kemal bin Permaiswari acompañó a Madu y al gobernador a la carrera. En su palco se encontraba Lari, pálido, delgado, mucho más viejo.

—¿Por qué? —espihabló, chillando, el señor del Espacio.

La voz de E'duard llegó muy serena.

—En realidad, Kuat pensó que era un gesto amable. El muchacho, baldado, no puede ser ya el héroe de las carreras ante el pueblo de Xanadú. Kuat se dijo que de esa manera no necesitaba reemplazarlo por un mueremuerto. No comprendió que le ha quitado a Lari su principal razón de vivir: lo mismo daría que lo hubiese sustituido por un mueremuerto.

Madu sollozaba. Kuat, con lo que quería ser una áspera dulzura, le acarició el pelo.

—Le cuidaremos. ¡Y por Venus! ¡Cómo embromaremos hoy a los apostadores! Creen que Gogle no puede correr más... ¡Cuánto se engañan! Por supuesto, sólo servirá para esta carrera, pero valdrá la pena.

«Valdrá la pena —pensó Kemal—. Valdrá la pena de que Lari pase inválido el resto de su vida, incapaz de hacer lo que más amaba.»

«Valdrá la pena —pensaba Madu—. No volver a bailar, no volver a correr, ni a sentir el viento en el pelo y el aplauso de la muchedumbre.»

«Valdrá la pena —pensaba Lari—. ¿Qué importa nada ahora?»

Gogle venció por medio paso.

Kuat, expansivo, les dijo:

—Nos encontraremos en el salón principal de palacio. Tengo que recoger mis ganancias.

La cara de Madu parecía cincelada en mármol mientras empujaba la silla de ruedas de Lari hacia un carro especial de dos gatos que esperaba fuera del estadio. Kemal, sin una palabra, montó en Griselda. Sentía la necesidad de estar solo por un rato.

Silenciosamente comunicados, hombre y animal se alejaron de las murallas de la ciudad. Kemal oyó un grito desde la puerta, pero no prestó

atención. Su mente estaba absorta en Lari. De nuevo un grito. Otro salto. Bruscamente. Griselda vaciló, trastabilló, cayó. El señor del Espacio bajó en el acto y la miró. La gata tenía los ojos vidriosos. Vio, entonces, el dardo clavado en su cuello. Pisang. Griselda intentó lamerle la mano. Él la acarició, con los ojos llenos de lágrimas. Ella lanzó un gran suspiro desventurado, le miró profundamente, tembló y murió. Parte de Kemal murió con ella.

Cuando regresó a las puertas interrogó a la guardia. Nadie debía abandonar la ciudad entre el final de la carrera y la cosecha del fruto del buah. Griselda había sido la víctima de un error de previsión administrativa. Nadie se había acordado de decírselo al señor del Espacio.

Silenciosamente, recorrió las calles de la ciudad. Qué hermosa le había parecido tan poco tiempo antes. Qué triste y vacía era ahora.

Llegó al salón principal poco después de Madu y Lari.

Era extraño: su incipiente deseo de Madu se había marchitado como una flor bajo la escarcha.

Kuat entró, riendo.

Durante más de dos siglos, Kemal había de ser torturado por una pregunta. ¿Cuándo los fines justificaban los medios? ¿Cuándo la ley era absoluta? Vio con los ojos de la mente a Griselda saltando sobre dunas y llanuras, a Madu, inocente como la madrugada, a Lari bailando bajo la luna sin sol.

—¡Dju-di! —pidió Kuat.

Madu se dirigió con gracia a la mesa baja. Cogió la jarra. Kemal supo, cuando E'duard le espihabló, que se acababa de introducir pisang en el fluido ambiótico de los mueremuertos. Pronto estarían verdaderamente muertos.

Kuat rió.

—Hoy gané todas las apuestas.

Apartó la vista de Madu, y miró a Kemal.

Casi imperceptiblemente, el pulgar de la muchacha pasó de un agujero al otro.

Kemal no hizo nada.

# UN CIUDADANO DE EDAD MADURA

Clifford D. Simak

*La marginación de los ancianos es un tema frecuente en la ciencia ficción sociológica. Eutanasia obligatoria a partir de una determinada edad, extraños asilos, pruebas de aptitud para poder seguir viviendo... Los escritores han imaginado las más diversas —y siniestras— formas de «resolver» el problema de los ancianos. Tan siniestras que a menudo parecen directamente inspiradas en nuestra «seguridad social».*

La música le despertó, y una voz femenina, suave y dulce, dijo:

—Buenos días, señor Lee. Por si momentáneamente no lo recuerda, es usted Anson Lee, un afortunado ciudadano de edad madura, en su casa de retiro en el espacio.

Se incorporó, deslumbrado, y sacó los pies de la cama. Se quedó sentado al borde, se frotó los ojos con los puños cerrados y pasó una mano por su ralo cabello. Le hubiese encantado volver a acostarse y dormir otra hora.

—Hoy tenemos mucho que hacer, señor Lee —dijo la voz dulce, pero le pareció advertir, detrás de la dulzura, el acero escondido de la autoridad.

«Las mujeres —pensó—, todas unas putas.»

—Tiene preparada una muda de ropa limpia —dijo la voz—. Dese prisa y vístase. Luego tomaremos el desayuno.

«Yo tomaré el desayuno —pensó—. Yo solo. Tú no tomarás el desayuno, porque ni siquiera estás aquí.»

Extendió la mano para coger la ropa.

—No me gusta la ropa nueva —se quejó—. Me gusta la ropa vieja. Me gusta amoldarla al cuerpo y hacerla cómoda. ¿Por qué tengo que ponerme ropa nueva todos los días? Ya sé lo que hacen con la ropa vieja. La tiran al convertidor todas las noches cuando me la quito para acostarme.

—Pero ésta es mejor —dijo la voz—. Está nueva y limpia. Los pantalones son azules y la camisa verde. A usted le gustan el azul y el verde.

—Me gusta la ropa vieja —protestó.

—No puede usar ropa vieja —dijo la voz—. La nueva le conviene más. Y además le queda justa. Siempre le está bien. Tenemos sus medidas.

Se puso la camisa. Luego, de pie, los pantalones. No servía de nada

discutir, lo sabía. Siempre tenían razón, siempre ganaban. Alguna vez le gustaría ganar a él. Alguna vez le gustaría tener ropa vieja. Era suave y cómoda una vez que se había usado un tiempo. Recordó su vieja ropa de pesca. La había conservado años, como un tesoro. Pero ahora no tenía ropa de pesca. No había dónde pescar.

—Ahora —continuó la voz—, el desayuno. Huevos revueltos con tostadas. A usted le gustan los huevos revueltos.

—No quiero tomar el desayuno —dijo—. No tomaré el desayuno. Podría comerme a Nancy.

—¿Qué tontería es ésta? —preguntó la voz, no tan dulce, algo más aguda—. Usted sabe que Nancy se ha ido. Se fue y nos dejó.

—Nancy está muerta —respondió él—. Y la pusieron en el convertidor. Ponen todo en el convertidor. Sólo tenemos una cantidad limitada de materia, y debemos usarla una y otra vez. Conozco la teoría. Yo era químico. Sé exactamente cómo es. De materia a energía, de energía a materia. Tenemos una ecología cerrada y...

—Pero Nancy... Hace tanto tiempo...

—No importa cuánto tiempo. Hay Nancy en la ropa. Y habrá Nancy en los huevos.

—Me parece que lo mejor... —dijo la voz, que ahora no era en modo alguno dulce.

Una mano le cogió por la cintura desde atrás.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo una voz en su oído; esta vez era una voz masculina y autoritaria.

Se sintió impulsado hacia un cubículo. Las cosas que le retenían no eran manos. Aquellos tentáculos se metieron dentro de la ropa y se afirmaron en sus carnes. No podía moverse. Un líquido frío fue violentamente lanzado contra su brazo. Y todo pareció alejarse de él.

—Está muy bien —dijo la voz dura y firme del médico—. Está mejor que ayer.

«Sí, mejor», se dijo. Tanto que al despertarse tenían que decirle quién era. Tanto que debían inyectarle alguna droga en el brazo para que no fantaseara.

—Vamos —dijo la voz dulce—. Venga a desayunar.

Vaciló un momento, tratando de obligarse a pensar. Le parecía que por alguna razón no debía tomar el desayuno, pero la había olvidado. Si había una razón.

—Vamos —instó la voz.

Se movió hacia la mesa y se sentó, mirando la taza de café y el plato de huevos revueltos.

—Coja el tenedor y coma —dijo la voz apremiante—. Es el desayuno que más le agrada. Siempre ha dicho que lo que más le gusta son los huevos revueltos. De prisa, coma. Hay mucho que hacer hoy.

Nuevamente le reñía, se dijo, le trataba como a un niño díscolo. Pero nada podía hacer al respecto. Le resentía, pero no podía actuar. No podía llegar hasta ella, porque no estaba realmente allí. Realmente, no había nadie. Trataban de hacerle creer que así era, pero sabía que estaba solo. Y aunque no podía hacer nada para mantener su resentimiento, trataba de fomentarlo; pero se desvanecía. Y eso era algo que hacían en el cubículo de diagnóstico. Quizá fuera lo que le ponían en el brazo. Una droga para hacerle sentir bien, bloquear su resentimiento, borrar de su mente el rencor.

Aunque realmente no tenía importancia. En verdad, nada tenía importancia. Bebía su orina, comía sus heces y no importaba. Y había también otra cosa que comía, pero no podía recordar qué era. Antes lo sabía, pero lo había olvidado.

Terminó los huevos revueltos y bebió el café, y la voz dijo:

—¿Qué haremos hoy? ¿Qué le gustaría hacer? Puedo leerle, o si no podríamos jugar a los naipes o al ajedrez, o escuchar música. ¿No querría pintar? Le gustaba pintar. Lo hacía muy bien.

—No, maldito sea —repuso—. No quisiera pintar.

—Dígame por qué no quiere pintar. Debe tener una razón. Lo hace muy bien, así que debe haber una razón.

Le reñía de nuevo, pensó, utilizaba contra él la psicología del niño y —lo peor— le mentía. Porque no podía pintar. No lo hacía nada bien. Los manchones que hacía no eran pintura. Pero de nada valía pensar en eso, se dijo; ella seguiría insistiendo en que pintaba bien, con la convicción de que la autoestima del anciano debe ser permanentemente sostenida y mejorada.

—No hay nada que pintar —dijo.

—Hay muchas cosas que pintar.

—No hay árboles ni flores, ni cielo, ni nubes, ni gente. Antes había árboles y flores, pero ahora no estoy seguro de que existan. No recuerdo cómo era un árbol, o una flor. Un hombre sólo conserva su memoria por cierto tiempo. Antes, en la Tierra, había árboles y flores.

Y también había una casa en la Tierra. Pero también esa casa aparecía borrosa en su memoria. ¿Cómo era esa casa?, se preguntó. ¿Cómo eran las personas? ¿Cómo es un río?

—No necesita ver las cosas para pintarlas —dijo ella—. Puede pintar de memoria.

Tal vez podría, pensó. ¿Pero cómo se pinta la soledad? ¿Cómo se pintan la depresión y el abandono?

Como no dijo nada, ella continuó:

—¿No hay algo que quiera hacer?

No respondió. ¿Para qué molestarse en responder a una voz simulada producida por un almacén de datos lleno de conceptos de asistencia social y muy poco más? ¿Por qué, se preguntó, se tomaban tantas molestias para cuidarle? Aunque, si se pensaba bien, quizá no eran tantas molestias como parecía. De cualquier modo, el satélite estaría allí lo mismo, reuniendo y monitoreando datos, y quizá cumpliendo otras tareas que él ignoraba. Y si esos satélites servían también para sacar de la Tierra a los ancianos inútiles, su atención no les costaría nada.

Recordaba cómo él y Nancy habían sido persuadidos a establecerse en el satélite por un joven inteligente de voz sincera y autoritaria, que les recitó cuidadosamente todos los beneficios que obtendrían. Quizá, ni siquiera así habrían venido, si su casita no hubiese estado condenada a dejar su lugar a un proyecto de transportes. Y después ya no importaba adonde iban o adonde les enviaban, porque su hogar había desaparecido. Estarán lejos de la carrera de ratas que es este mundo, les dijo el joven sincero. Tendrán paz y comodidad en sus últimos años: se hará todo lo que necesiten. Sus amigos se han ido, y los cambios que ven deben de ser angustiosos para ustedes: no hay ninguna razón para que se queden. ¿Su hijo? Pues podrá visitarles tan frecuentemente,

o más, que ahora. Por supuesto, jamás había venido. Allí dispondrán de todo lo preciso. Nunca más deberán cocinar ni limpiar, ni ir al médico. Habrá un cubículo de diagnóstico a un paso. Tendrán música, y lecturas grabadas, y sus programas favoritos, exactamente como en la Tierra.

Cuando un hombre envejece, pensó, se toma algo confuso y no está seguro de sus derechos y, aunque lo esté, no tiene coraje para defenderlos, ni para enfrentarse a la autoridad, por más que la desprecie. Pierde las fuerzas, y la agudeza de la mente, y le fatiga luchar por lo que vale la pena.

Ahora, pensó, sólo quedaba aquella dulce autoridad (quizá más odiosa por causa de esa dulzura) y el desprecio apenas oculto por los viejos, aunque el tono tierno pretendía esconderlo.

—Bueno —dijo la voz de asistente social—, como no tiene ganas de hacer nada, le dejaré aquí, sentado junto a la ventana, por donde puede mirar al exterior.

—No tiene sentido mirar al exterior —replicó—. No hay nada que ver.

—Sí que hay —afirmó ella—. ¡Tantas estrellas bonitas!

Se sentó junto a la ventana y miró las estrellas bonitas.

# **EL VIAJE MATERNAL**

Frederick Pohl

*He aquí una visión realmente insólita del tradicional tema de la visita extraterrestre. Una visita que no está motivada ni por el afán de conquista ni por el mero interés científico, sino, como nos advierte el título, por un intenso espíritu maternal.*

Podría haber sido de esta manera: el Get de Moolkri-Mawkri aterriza en una nave espacial más rápida que la luz, parecida a una alcachofa, en las afueras de Jackson, Mississippi.

Según esta versión, Mawkri reúne amorosamente a su alrededor su Get-racimo en tanto que Moolkri adopta la forma de un hombre. El Get ha estudiado todos los programas de TV de la Tierra mientras estaban en órbita, y selecciona para Moolkri una persona promedio, que no es demasiado alta, ni demasiado simétrica, ni demasiado *dyezhnizt* (esta expresión de su lenguaje se refiere a la proporción entre la circunferencia media y la superior). El Get está satisfecho con la apariencia de Moolkri, pero igual les resulta gracioso. Ríen mientras él sale de la nave espacial a explorar.

Moolkri ha asimilado bien la sabiduría de la TV y sabe cómo conducirse en forma adecuada a su cuerpo. Engancha sus «pulgares» en el «cinturón», cruza un puente desierto y camina por la calle saturada de luz y totalmente deshabitada.

A Moolkri no le parece inusitado que no haya nadie mirando los brillantes escaparates de las tiendas. No tiene una comprensión muy clara de lo que es usual o desusado para los seres humanos. Es de noche, tarde, y por esto un ser humano, o al menos alguien procedente de una ciudad que no sea Jackson, podría encontrar curioso que todo estuviera tan brillantemente iluminado. Por el contrario, alguien humano encontraría raro que con tantos bienes ofrecidos a los compradores no hubiera a la vista una sola persona. Moolkri no piensa que esto sea extraño. Sabe que las calles a veces están desiertas y a veces no; que a veces están iluminadas y a veces oscuras; en cambio ignora que desierto y bien iluminado no son realmente términos

compatibles; pero también es cierto que es mucho lo que ignora acerca de la Tierra.

De manera que Moolkri camina y se bambolea al modo de los pistoleros, sus «guardamontes» rozando uno con otro, y su «pañuelo» brilla junto al «cuello». Pasa por delante de la Farmacia Popular Con Descuentos y la New York Boutique de Bette, y el Ashram de Todas las Religiones de la Yazoo-Jackson Consolidada. Mira los escaparates. Lee un anuncio dactilografiado acerca de un terrier australiano perdido; inspecciona un maniquí negro, desnudo y sin manos, que espera el retorno del decorador de escaparates la mañana siguiente, para que le ponga las manos y el vestido de noche. Todo es interesante para él, y en la nave espacial Mawkri y su Get charlan excitadamente y sin temores mientras reciben sus impresiones.

No sólo su visión es activa; también el oído, aunque los datos que recibe por medio de este último sentido no aportan gran cosa que le parezca digna de mención. No hay voces ni pasos. En lo alto se oye el ruido de un motor, que identifica fácilmente como el de un helicóptero. Está demasiado lejos para preocuparse. No comprende que vigila la ciudad, alerta a la aparición de seres humanos en las anchas calles iluminadas. No escucha el mensaje radiofónico que el piloto del helicóptero transmite a tierra. En la nave espacial el resto del Get podría haberlo oído, y en efecto se registró la señal radiofónica originada en las cercanías, pero no asociaron el mensaje con Moolkri.

Luego el coche blanco y negro se desliza silenciosamente por la esquina. Sólo viene un policía. No esperaban tumultos ni locos asesinos, apenas algún ladrón ocasional o alguien que tiene la esperanza de emborracharse. Moolkri escucha al patrullero. Primero oye el suave ronroneo del motor, y el susurro de las llantas y luego, sólo en el último momento, antes de que se detenga a su lado, el balido de la sirena. Se vuelve para mirar. El joven policía salta afuera.

—¡No se mueva de donde está! ¡Manos contra la pared! ¡Separe los pies!  
—No lo dice exactamente así: su acento huele a campo, pero Moolkri no está preparado para percibir las diferencias idiomáticas regionales. Moolkri se rinde. Es infortunado, pero está bien. Estaba dispuesto de antemano a sufrir la

violencia humana, en el caso de tener que enfrentarla, desde que aceptó la misión exploratoria. Parece ahora que no retornará al Get, pero no le importa. El Get continuará. No se siente en peligro. Sólo siente furia, y su furia vuela decisivamente, por medio de sus sentidos cuarto y séptimo, a través del mundo, hacia el cielo.

En la nave espacial Mawkri se lamenta. El Get, atemorizado, la rodea. Ella deseaba extender su maternidad a este planeta, que la había rechazado. Era una lástima porque, entre otras cosas, esto significaba para ella el fin del intercambio sexual por el resto de su vida. No protesta; simplemente lo lamenta.

Moolkri abre todos los accesos táctiles que se ha molestado en conectar para percibir por completo al policía. Observa estímulos que identifica como dolor, calor, desorientación corporal, frustración de la realización sexual, mientras la mano del policía invade los espacios de su cuerpo. No hay nada en los «bolsillos»; Moolkri no había pensado que era preciso poner algo allí.

Por curiosidad (su curiosidad está superdesarrollada, por eso está allí) Moolkri aumenta su percepción del sonido y, mientras traduce fácilmente su inglés de pájaro-carpintero, oye al policía que pregunta por radio si se busca a un individuo blanco no identificado que circula a pie, de unos cincuenta años, calvo, de ojos azules, barba blanca, un metro setenta, vestido con un traje de cowboy y sin cicatrices visibles.

Escuchar esto es pura curiosidad por parte de Moolkri; no puede afectar los resultados, porque ya ha sufrido la violencia. Espera pacientemente, y no mucho tiempo. Oye la comunicación del cuartel: no se busca a un individuo de esas características. El policía le dice que se puede marchar. Moolkri añade a su archivo un nuevo dato, por pura minuciosidad: la violencia ha desaparecido. Ahora el archivo está completo. Nada más se agregará.

El policía le advierte que no camine solo por la ciudad de noche, y menciona el riesgo de que le roben o hieran. Regresa al coche, vacila, y dice luego con un saludo de oficio y media sonrisa:

—Que lo pase bien en Jackson.

Pero ya es demasiado tarde.

Las guardias orbitales automáticas ya han reaccionado a la comunicación

de violencia de Moolkri, como estaban programadas para hacer. La nave espacial, con Mawkri y el Get, se eleva chillando en el cielo. Y empiezan a caer las primeras rompeplanetas, y un infierno de fusión florece y estalla. Las ciudades se desmoronan al mar que ya hierve. Mawkri, la madre, ha castigado la ofensa.

Es el fin del mundo de los seres humanos; sólo queda una masa informe de roca fundida.

Y también podría haber ocurrido de esta otra manera:

Todo el Get de Moolkri y Mawkri permanece en órbita y lanza al planeta las órdenes de la madre. ¡Deben ser obedecidas bajo pena de destrucción!

¡Órdenes para los seres humanos!

¡La alternativa son las rompeplanetas y el fin del mundo!

En esta versión, el Get se abstiene prudentemente de aterrizar. Después de un cuidadoso estudio de todas las transmisiones de radio y televisión, decide efectuar en el espacio una ardua tarea maternal. Traza un plan y exige al mundo que lo cumpla. Deberán presentarse en la nave, desarmados y dispuestos al diálogo, seis representantes de la humanidad, uno por país: China, Estados Unidos, Suecia, Rhodesia, Brasil y la Unión Soviética.

En esta versión el Get también ha estudiado cuidadosamente todas las transmisiones FM de la Torre de Tokio, de la GPO de Londres y de las cadenas americanas. El Get opinaba que en su mayor parte eran sumamente divertidas, pero de cualquier modo las habían descodificado en señales visuales y auditivas, analizando luego su sentido y sus implicaciones.

Moolkri y Mawkri están de acuerdo en que este planeta tan complicadamente cómico debe ser puesto bajo la maternidad de Mawkri, y estudian los métodos de manipulación que las personas y las naciones utilizan entre sí. Conocen la costumbre humana de dar el ultimátum. De aquí las órdenes lanzadas desde el espacio. No conocen otros determinados hábitos humanos. Les coge de sorpresa que, finalmente unidas para un propósito común, las seis naciones que poseían la capacidad de construir proyectiles nucleares conferencien por sus líneas secretas, establezcan un momento y

disparen simultáneamente contra la nave espacial de Moolkri, Mawkri y el Get.

Del conjunto de proyectiles resultante, uno, un Minuteman III americano, lanzado en frío, destruye la nave, con el Get, Moolkri y Mawkri a bordo, y así concluye el primer contacto entre su pueblo y el nuestro.

Existe, sin embargo, una versión más cálida y que contiene más amor.

En esta versión Moolkri dice:

—No creo que podamos confiar en esas criaturas. Ni pienso que debemos revelarnos por medio de la comunicación o para imponerles nuestra voluntad y nuestra ayuda. Dejemos enfriar esto mientras reflexionamos.

Esto provoca ciertas resistencias, particularmente de la fiscal y de la impulsora del Get. Esto era correcto y justificado. Era su función proceder así. La fiscal tenía como misión debatir todas las posiciones de abogado del diablo que nadie deseaba realmente defender, y era excelente para ello. La impulsora (que no recibía ciertamente esa denominación, pero muy pocas de sus palabras se parecen a las nuestras) debía ocuparse de hacer que las cosas ocurriesen. *Siempre* urgía a la acción, de modo que nada deseable dejaría de ser hecho simplemente porque nadie se ocupaba de hacerlo ocurrir. Sin embargo, en esta versión, Moolkri prevalece sobre el resto del Get, de modo que se quedan en órbita mientras una cantidad de micrófonos y aparatos espía hacen un estudio hasta la saturación de una pequeña zona del planeta, cerca de Arcata, California.

En esta versión Moolkri se torna consciente, como no le había ocurrido nunca durante su protegida vida en el Get-racimo, de que el universo es una diversidad de cosas. Oh, sí, habían visto otras razas. Habían viajado durante muchos años subjetivos, mientras el Get nacía, crecía y maduraba; estaban ahora cerca del final del viaje y del momento en que el Get debería retornar al hogar para dispersarse y aparearse. Pero estos bípedos eran extraños. Algunos peludos, otros calvos. Desde el punto de vista del esqueleto, eran muy parecidos (aparte de malformaciones o amputaciones ocasionales), si bien diferían en tamaño y peso. Sus fragancias, según informaban sus aparatos

espía, se extendían a una amplia variedad de frecuencias ósmicas, en su mayoría poco agradables.

Pero era sobre todo en su conducta que los bípedos exhibían la más asombrosa diversidad. No se trataba sólo de que un bípedo fuese distinto de otro, ¡sino que el mismo bípedo podía conducirse de formas distintas en momentos diferentes! Encontraron una que era claramente una impulsora; una hora más tarde ¡se había transformado en una empatizadora!

El análisis semántico de sus comunicaciones era igualmente desconcertante. Parte de los bípedos estaban agresivamente orientados hacia el cumplimiento de una misión.

—¡Soy una mujer, no una muñeca! —Arrojaba al mismo tiempo un cesto de papeles contra el macho acostado en la cama—. ¡Tengo dentro de mí veintidós años de rabia a causa de este rollo maternal que me has impuesto! —Daba un portazo.

Moolkri escuchó este registro cinco veces seguidas para estar seguro de que lo comprendía, asombradísimo, porque pocos minutos antes parecía que esa pareja se preparaba para procrear.

Parte de los bípedos desempeñaban roles, es decir, que sus misiones eran asignadas a partir del contexto.

—Por favor, señores. —Notoria expresión de los labios y los ojos, llamada «sonrisa»—. Todos saben que bajo el sistema americano mi cliente tiene derecho a la presunción de inocencia. —Los ojos se volvían directamente a la cámara de televisión—. Pueden ustedes juzgar este caso en sus periódicos, y no digo que eso esté mal. Tienen derecho a la libertad de expresión, ¡y yo apruebo ese derecho!, pero será el Estado de California quien decidirá si mi cliente es inocente o culpable, y no ustedes. —Decisivo movimiento hacia arriba y abajo del mentón y la cabeza.

Ninguno del Get comprendía esto, y se agitaban y murmuraban en el racimo. La fiscal propuso la inmediata aniquilación del planeta. Nadie estaba de acuerdo, pero... ¿cómo era posible que vivieran esas personas?

En la raza de Moolkri-Mawkri, la persona no se podía separar de la misión. Ambas cosas eran la misma. Una persona era lo que hacía. Era la necesidad prevista para su misión lo que determinaba cómo una persona

debía nutrirse; y la naturaleza de sus aptitudes lo que decidía a quién se seleccionaba para cumplir un propósito dado. No había en el Get nada semejante a una personalidad escindida. Nadie estaba descontento con su vida. Moolkri no podía desempeñar un rol, porque estaba moldeado de una forma específica. No podía cambiar su imagen, porque era su imagen.

El Get de Moolkri-Mawkri provenía de un planeta de la estrella Proción, azul-blanca y ardiente. Era un astro peligroso y mortífero, y sólo las densas nubes húmedas de su atmósfera impedían que la radiación cauterizara a todo el mundo al nacer. Para ellos, los humanos eran físicamente repulsivos. Los humanos no poseían garras armadas ni cilios vibrátiles. Los humanos sólo tenían doce sentidos, no diecinueve, y dos de ellos («dolor» y «calor») les parecían ridículamente carentes de importancia a los miembros del Get. El Get se arracimaba, entrelazaba los ganchos que rodeaban sus bocas, se tocaba los espiráculos, y mutuos y cariñosos murmullos restablecían la seguridad. (Ellos ignoraban que fueran cariñosos: no conocían una forma de relación que no lo fuese.) Temblaban de aprensión ante las cualidades físicas de los humanos. Los humanos les parecían *deformes*.

Por supuesto, incluso el Get no alcanzaba en ocasiones la perfección física. Moolkri mismo tenía un defecto de nacimiento que dañaba su segundo sentido. Su mejor evaluador carecía de un miembro, por lo que no sería jamás un reproductor (y tampoco querría nunca serlo). Pero todos los miembros del Get poseían la capacidad de cambiar de forma a su arbitrio, poder de que aparentemente carecían los humanos, condenados a habitar para siempre los cuerpos en que nacían, sin otra modificación que los elementales recursos mecánicos que utilizaban para reemplazar los dientes o mejorar la vista, o las pinturas y sustancias aromáticas que algunos humanos empleaban para mejorar su apariencia. Esto, al Get, le parecía un terrible castigo.

Trataban, sin embargo, de no juzgar. Habían visto otras razas y, comparadas con ellos mismos, consideraban que ninguna era particularmente atractiva, y que en su mayoría eran espantosas.

Al este de Arcata la carretera se enrosca alrededor del pie de las colinas y

salta por encima de los ríos. Hay allí un largo y bajo edificio de madera. Algunas ventanas están cerradas con listones. Tiene más de cien años de antigüedad, y su historia está escrita en sus cicatrices. Todo el día pasan a su lado los camiones cargados con troncos que descienden de las montañas Klamath, en cumplimiento de la erradicación sistemática, a largo plazo, de los bosques de pinos gigantes. Tres de esos camiones perdieron el control y se lanzaron contra uno u otro sector del edificio durante los últimos treinta años.

Nadie quiere vivir en ese edificio; sería como vivir en el bolo número uno en una bolera. La galería está recortada en el ángulo nordeste: un tractor diesel de 800 caballos se llevó la parte que falta en 1968. El tronco de tres metros de diámetro que transportaba le arrancó la cabeza al conductor, y todavía se pueden ver las manchas.

El letrero en el frente de la casa pone:

Centro del Valle de Klamath  
para el Desarrollo del  
Potencial Humano

Uno de los aparatos escucha había zumbado por los alrededores durante más de siete días, catalogando a las criaturas humanas así como el resto de la fauna de la región (libélulas, polillas, conejos, veintitrés clases de pájaros, cuarenta de reptiles y anfibios, y microorganismos sin cuento). Había dieciséis humanos que se encontraban jugando a un juego.

El Get comprendía los juegos. Les gustaba jugar. Hasta comprendían los juegos destinados a aumentar la consciencia. En realidad, eran los únicos que jugaban, aparte de los atléticos, como esquivar obstáculos o cantar con los cilios vibrátiles. Descubrieron el nombre del juego humano. Se llamaba «maratón de fin de semana». Esto no significaba nada para el Get, pero su contemplación era en sí un deporte para espectadores. El racimo se situó en tal posición que cada uno de sus varias veintenas de miembros podía ver claramente uno u otro monitor. Estudiaban las imágenes que les transmitía su

aparato espía con cierta empatía y alegría, por primera vez desde que llegaran a esta lamentable estrellita del tipo G.

Algunos aspectos del juego les resultaban particularmente ridículos. No amenazantes, sino divertidos. A su modo, se reían sin parar. (Ignoraban que varios de sus aspectos habrían sido también ridículos para la mayoría de los humanos, aunque no fueran necesariamente los mismos.)

Por ejemplo, había un juego en que quince jugadores entrelazaban sus brazos y unían sus caderas, mientras que el número dieciséis, gimiendo y luchando, trataba de penetrar en el grupo. ¡Qué absurda parecía la idea de que un grupo tratara de excluir a un miembro! En otro juego, un macho de cuarenta y un años de edad lavaba sus calzoncillos en un cubo, mientras los demás le rodeaban acuclillados, en círculo, y le dirigían palabras de aliento y ternura. (Él mismo lo había manchado unos minutos antes, en un acceso de pasión, mientras lloraba y se retorció.) El simbolismo de este juego era perfectamente evidente para el Get, que no se reía, sino que respondía con alegría y comprensión.

Otros juegos, en cambio, turbaban inmensamente al Get.

El grupo se entregaba frecuentemente a un juego llamado psicodrama. En uno de sus episodios, dos humanos se ponían frente a frente, en el ring.

—Soy tu esposa —decía ella alegremente—. Te estoy castrando. — Luego su voz se tornaba amenazadora—. ¡No eres un hombre de verdad! Si lo fueras, me pegarías hasta dejarme llena de moretones.

—Quiero hacerlo —gemía el jugador macho—. No puedo, no puedo.

—Entonces, te dejaré —chillaba la hembra.

—No debes, no —rogaba el macho.

El Get se movía incómodo. Se comunicaban temerosamente, se apretaban unos a otros. No podían apartar la vista de los monitores. Se sentían muy mal, en una forma que no habían experimentado antes. Escuchaban con enfermiza fascinación la traducción de las palabras.

—¡Mátala, Ben! —gritaban los circunstantes, alrededor del ring—. ¡Abandónala! ¡Eh, Ben, golpéala con el bat de plástico!

*¿Abandónala?*

El Get temblaba. No podían encontrar ninguna empatía en la situación.

Incluso sus empatizadores estaban estremecidos de miedo. ¿Cómo una pareja de reproductores podía planear una separación? ¿Cómo podía ser eso?

Para el pueblo de Moolkri y Mawkri una cosa así era imposible. No porque fuera una costumbre o una reglamentación; era una ley natural. Cuando un plantador de semilla, como Moolkri, irrumpía en una maduradora de huevos, como Mawkri, la fertilización asumía la forma de una especie de reacción alérgica. El resultado era, por esa vez solamente, un Get.

La irrupción desempeñaba algo más que una función meramente reproductora, como la penetración sexual entre nosotros. Pero la biología era distinta. En el primer encuentro sexual, cada uno de los miembros de la pareja desarrollaba antígenos específicos. Sin ellos no podían tener descendencia. Y nunca podían tener una relación sexual con otro ser. Los antígenos producidos por cualquier apareamiento con otra persona causaban una muerte inmediata, llena de dolor y pústulas.

Por lo tanto no había verdaderamente moralidad sexual entre los miembros del Get o los congéneres de su planeta. Era un mundo de un solo encuentro, un planeta Cenicienta. Cuando el príncipe descubría que Ella Era la Única, vivían juntos felices para siempre, o en caso contrario no vivían felices. O no vivían. No tenían la opción de la promiscuidad. Una sola fuente de placer sexual, una pareja vitalicia.

Y por supuesto, sólo una vez producían un Get. Las irrupciones posteriores, si bien proporcionaban gran entretenimiento, no eran fértiles. Pero como un Get estaba constituido por unos 500 individuos (la mitad moría en la primera media hora) la raza continuaba creciendo.

De modo que el Get estaba aterrorizado y disgustado, y algunos se sentían físicamente enfermos ante los vicios que esos ejemplares exhibían. Los médicos del Get estaban frenéticamente ocupados en atender a los miembros del racimo que se descomponían, cuando ellos mismos no se sentían demasiado mal.

La gente de Moolkri y Mawkri no era mejor que los seres humanos. Su primera reacción fue la revulsión total y el deseo de destruir, como un niño de cuatro años que ansia pisar a una araña. Sus garras colectivas temblaban junto a las amarras de las bombas rompeplanetas, cuando uno de los menores del

Get, y normalmente de los más silenciosos, dijo, casi sollozando:

—Pero no pueden hacer otra cosa.

A través de una ventana deformada, ambas partes podían verse con mutua extrañeza. Los humanos les parecían raros al Get de Moolkri-Mawkri. Consideremos ahora lo curioso que podría parecer a nosotros el Get.

«No pueden hacer otra cosa» era un concepto que ninguno de ellos había oído antes.

Charlaron asombrados un rato. Mientras lo hacían, las garras se retiraron de las amarras de las rompeplanetas. *No pueden hacer otra cosa*. Era un pensamiento tan extraño que parecía excusar casi cualquier perversión, incluso la promiscuidad. Más tarde, un observador que examinaba incansablemente la escena, exclamó:

—¡Mirad lo que están haciendo!

Todos callaron y miraron los monitores que seguían transmitiendo fielmente lo que ocurría en el Centro del Valle de Klamath para el Desarrollo del Potencial Humano. Y encontraron una empatía que no esperaban.

Un ángulo del edificio era un cobertizo agregado, de chapa metálica y fieltro asfáltico, que cubría una piscina.

Más de un siglo antes, unos hombres llenos de hambre y esperanzas habían construido un canal y un pequeño lago artificial para buscar pepitas de oro. No encontraron muchas, pero insistieron durante dos décadas. Cada uno de ellos había ensanchado y profundizado el canal y la piscina.

El oro había desaparecido. Los geólogos rastrearon el torrente hasta sus fuentes y arrancaron la roca aurífera de donde se desprendían las pepitas, pero la piscina seguía estando allí. El Centro revistió de cemento el fondo, puso un techo y colocó un sistema de calefacción. Ahora el agua se mantenía a la temperatura del cuerpo (eso le gustaba al Get, porque le recordaba el hogar) y en ella los dieciséis humanos, sin otra cobertura que su piel, jugaban y se apelotonaban en las aguas amnióticas. También esto le gustaba al Get, porque le hacía recordar su propio racimo. El nombre del juego que la gente jugaba en el agua era flotar. Desnudos, tocándose, formaron una cadena.

—Pásanosla —decían los de un extremo. Los del otro extremo cogieron a una humana y la impulsaron. Ella, pasiva y relajada, mitad flotando y mitad sostenida, era acariciada de mano en mano a través de la cálida piscina.

El Get susurraba. Era casi como un Get-racimo, el apoyo y las caricias. El juego era casi una invitación a unirse, y quizá no era culpa de los humanos si carecían de ganchos alrededor de la boca y de espiráculos, para poder unirse adecuadamente.

—No pueden ser totalmente malos —pensó en voz alta el pequeño miembro del Get. Y habló por todos los demás.

—Creo —dijo Moolkri, mientras le pedía apoyo a Mawkri con una mirada— que deberíamos estudiar mejor a este pueblo. No sé qué hacer.

—No podemos quedarnos demasiado tiempo —advirtió un recordador.

Todos sabían que era cierto; habían pasado largo tiempo viajando. El Get maduraba, y ya era hora de que regresara al hogar y buscara pareja.

Sin embargo, todavía no podía partir. Necesitaba aprender más. Los aparatos escucha estaban atareadísimos, y los espías remotos aplicaban sus sensores electrónicos al mundo de la sociedad humana (Washington, Moscú, Pekín), el de la ciencia humana (Arecibo, Tyuratam-baikonur, la Luna), y el de las relaciones humanas (dormitorio, cuarto de baño, autobús). Mientras miraban, ocurrieron muchas cosas. Estalló una guerra, en una parte del planeta que ningún miembro del Get habría considerado que valiera la pena de una lucha, aparte de sus grandes reservas de hidrocarburos líquidos. («Cuán fácilmente se habrían podido transportar a cualquier otro lado», se maravilló un comentarista.) Sin embargo, murieron decenas de miles de humanos. Millones fueron heridos, asustados o perjudicados de alguna manera. Esta parte del asunto divirtió al Get. Era tan tonto. («Pero me pregunto si a ellos les parecerá divertido», dijo, riendo, el pequeño.) El hambre y la sequía afectaron grandes regiones de tres continentes. El Get observó con curiosidad esa mortandad masiva, sin comprometer sus emociones. Después de todo, estaban acostumbrados a que la mitad de sus vástagos muriera antes de que el resto estuviera suficientemente crecido para limpiarse por sí mismos.

Apagaron entonces los espías remotos, regresaron a los aparatos escucha,

se arracimaron y pensaron antes de hablar.

—Los seres humanos —dijo el miembro del Get a cargo del resumen— son claramente autodestructivos. Es lo que su «psicología» denomina su «instinto de muerte». Librados a sí mismos, se destruirán por completo.

—Eso no tiene sentido —repuso el vástago pequeño. (Moolkri le dio un mordisco juguetón y parcialmente disciplinario)—. No, hablo en serio —prosiguió el pequeño—. Actúan como si fueran a destruirse. Pero, ¿sabéis? No lo hacen. Nunca lo han hecho.

Un juzgador respondió:

—Eso es verdad.

Y un teorizador agregó:

—Tal vez lo que es casualidad para nosotros no lo sea para ellos.

Este concepto sembró la consternación en el Get, pero parecía ajustarse a los hechos.

—¿Qué haremos? —preguntó Moolkri—. No tenemos mucho tiempo. Mawkri ha dejado de aceptar irrupciones. Se acerca al momento de su muerte, y yo tampoco debo de estar lejos.

—Os echaremos de menos —dijeron simultáneamente varios miembros del Get, apenados por ellos mismos y no por sus padres—. Pero entonces debemos tomar una decisión.

Un miembro encargado de formular propuestas dijo:

—Tenemos diversas opciones. Podríamos exterminarles... —Todos respondieron con movimientos contráctiles que significaban «no»—. Podríamos ayudarles a ser más parecidos a nosotros, ¿pero cómo? No puedo ofrecer propuestas en este sentido. —Hubo entonces movimientos temblorosos, que indicaban la incapacidad de responder, e instaban por lo tanto a proseguir—. Y también —continuó— podemos dejarles en paz.

—Es poco, es poco —murmuró el Get.

Pero el juzgador intervino.

—No me parece. Sigamos escuchando.

—Podríamos irnos sin ulterior intervención —continuó el encargado de

formular propuestas—. Dejaríamos uno de nuestros aparatos espías en órbita, programado para retornar al hogar. Y entonces, si uno de sus aviones algún día lo encuentra, y si así lo desean, podrían reencontrarnos. O no.

Mawkri exclamó débilmente:

—¡Pero una madre debe cuidarles!

—Mawkri —respondió el encargado de formular propuestas—. Tus cuidados nos han dado la vida. Pero los humanos no son como nosotros. Deben cometer sus propios errores, si quieren hacerlo. Es así como aprenden.

Y el juzgador confirmó esto, meditativamente:

—Es así como aprenden. Nada podemos hacer para ayudarles. Sólo podemos desearles lo mejor... y esperar.

De manera que la nave espacial semejante a una alcachofa giró sobre su eje, absorbió todos sus satélites menos uno y se retiró hacia la constelación de Canis Minor. Ni un ojo, ni un interferómetro, ni un Schmidt les vio partir.

Existe todavía otra versión, según la cual el Get de Moolkri-Mawkri nunca alcanza la Tierra. De hecho, jamás sale de su planeta natal, como tampoco ningún otro miembro de su pueblo. Todos los Gets en desarrollo se agitan estrechamente abrazados en densos nidos húmedos de enredaderas hasta que maduran y buscan pareja. ¿Tecnología? Sí. Crean tecnología. Estudian el funcionamiento de su propia biología celular y aprenden a producir medicamentos, y a mantener viva a la mitad del Get que de otra forma moriría. Aprenden a domesticar las intrincadas enredaderas y finalmente a vivir sin ellas, porque no queda en su mundo suficiente espacio para ninguna clase de vida excepto la suya. Aprender a horadar la superficie de su planeta para conseguir más espacio y a dirigir el disperso calor de Proción hacia máquinas capaces de construir nuevos nidos. Inventan una especie de plástico, hecho con sus excrementos, sus cuerpos, cuando mueren, y los elementos simples de las rocas, y crean con él nuevos espacios vitales. Nunca se lanzan al espacio. Nunca alcanzan las estrellas. Nunca llegan a la Tierra. Viven para siempre (o hasta que esta versión termine) encerrados en su pequeño mundo, y nada de lo que ocurre en otros lugares tiene nada que

ver con ellos. No matan ni perdonan, no ayudan ni confían. Y tampoco reciben de otros estas mismas acciones.

¿Pero para qué sirve una vida que jamás se mueve para tocar otra? ¿No sufrir, no ayudar, no sentir, ni siquiera ver? No. Esta no es una versión muy interesante. No la escucharemos nunca más.

# ISHMAEL ENAMORADO

Robert Silverberg

*Últimamente se ha especulado mucho sobre la inteligencia de los delfines, y se han llevado a cabo minuciosos estudios sobre sus costumbres, su lenguaje y su extraordinaria capacidad de aprendizaje. Aunque puede que aún nos reserven algunas sorpresas un tanto... embarazosas.*

Llamadme Ishmael. Todos los seres humanos que conozco me llaman así. Mi especie no usa una designación especial («nombre») para distinguir a los individuos, pero éste es el nombre que me dieron los humanos y está bien.

Este nombre lo debo a la señorita Lisabeth Calkins, por quien siento una inclinación mezcla de caballerosidad, instinto protector y sexo («amor»). A lo largo de mi narración queda claro que el nombre de Ishmael se refiere sólo a mí.

Soy miembro de una inteligente especie acuática, no humana y no cuadrúmana: la de los *Tursiops truncatus*, es decir, soy un delfín de hocico de botella. Tengo once años, lo que quiere decir que estoy completamente maduro en todos los sentidos. Mi peso es de 175 kilos y la longitud de mi cuerpo es de 2,9 m.

Trabajo en la Potabilizadora Gerard Worzel de St. Croix, en las Islas Vírgenes, en un puesto de vigilancia, y empecé mi empleo el 14 de agosto de 1944. Para mi especie soy sexualmente deseable y muy apreciado por mi desarrollo mental. Tengo un amplio vocabulario, me comunico bien con el *H. Sapiens* y poseo una considerable habilidad mecánica, como puede verse por mi facilidad para poner en marcha el aparato acústico-electrónico al que dicto estas memorias.

Soy un mamífero solitario que ha llevado a cabo actos de heroísmo en beneficio de vuestra especie y deseo tan sólo la recompensa de una... relación más íntima («amor») con la señorita Lisabeth Calkins.

Suplico a mis compañeros del género humano que hablen favorablemente de mí. Soy leal, seguro, formal, devoto e inteligente en extremo. Me esforzaría por darle una compañía estimulante y satisfacción emocional

(«felicidad») usando al máximo mis posibilidades.

Permítanme que les explique las circunstancias pertinentes.

Apartado 1. — MI EMPLEO.

La Potabilizadora Gerard Worzel ocupa una prominencia en la costa norte de la Isla de St. Croix (Indias Occidentales) y opera con el principio de condensación atmosférica. Todo esto lo sé por la señorita Calkins («Lisabeth»), quien me ha descrito los procesos con gran detalle.

Nuestro propósito es hacer potable el agua salada, a un ritmo de 700 millones de litros por día. Esta agua es transportada como vapor en los cien metros inferiores del viento que sopla en el lado barlovento de la isla.

Un tubo de 0,9 m de diámetro recibe agua fría del mar, la lleva a unos 900 metros de profundidad, por un recorrido de dos kilómetros, hasta nuestra planta. El tubo proporciona unos 150 millones de litros al día, a una temperatura de cinco grados centígrados; esta agua es bombeada hacia nuestro condensador, el cual intercepta mil millones de metros cúbicos de aire tropical templado cada día. El aire tiene una temperatura de 25 grados centígrados, y una humedad relativa de un 70 a un 80 por 100. Al contacto con el agua fría en el condensador, se enfría a su vez hasta los 10 grados centígrados, y logra una humedad del 100 por 100, permitiéndonos obtener 60 litros de agua por metro cúbico de aire. Esta agua, libre de sal («dulce»), es conducida a la red hidráulica de la isla, ya que St. Croix no tiene por sí misma suficiente agua potable para el consumo de los seres humanos. Varios representantes del Gobierno que han visitado nuestra planta en diversas ocasiones con motivo de ceremonias y otros actos dicen que sin nuestra planta la gran expansión industrial de St. Croix hubiera sido imposible.

Por razones de economía operamos en colaboración con una empresa pesquera («vivero»), la cual utiliza nuestros desperdicios. Una vez el agua del mar ha sido bombeada a través de nuestro condensador, debe ser desechada, ya que proviene de un área baja y su contenido de fosfatos y nitratos es un 1.500 por 100 mayor que en la superficie. Esta agua, rica en elementos nutritivos, es conducida desde nuestro condensador hasta una laguna circular

próxima («el corral de coral»), llena de peces. En un emplazamiento tan propicio los peces son altamente productivos, y esta producción es suficiente para sufragar los costes de nuestras bombas.

Seres humanos poco informados objetan la moralidad de utilizar delfines para cuidar un vivero. Encuentran que es degradante obligarnos a producir criaturas acuáticas para que luego sean alimento del hombre. Debo señalar, en primer lugar, que a ninguno de nosotros se le obliga a trabajar aquí, y segundo, que mi especie no ve nada malo en alimentarse de criaturas acuáticas: también nosotros comemos peces.

Mi trabajo en la Potabilizadora Gerard Worzel es importante. Yo («Ishmael») soy capataz del Pelotón de Vigilancia de Entrada. Dirijo a nueve miembros de mi especie. Nuestro cometido es vigilar las válvulas de entrada en la principal tubería de agua salada. Estas válvulas se obstruyen con la presencia de organismos como estrellas marinas o algas, las cuales son una dificultad para la eficiencia de la instalación. Nuestra tarea es descender a intervalos y despejar las obstrucciones. Esto se puede lograr sin necesidad de órganos manipuladores, de los cuales, por desgracia, no estamos provistos.

Ciertos individuos de vuestra especie han objetado que es impropio hacer uso de los delfines para un trabajo cuando hay tantos hombres sin empleo. La respuesta inteligente a esto es que, primero, estamos magníficamente diseñados, gracias a la evolución, para desenvolvemos perfectamente bajo el agua sin un equipo respiratorio especial, y segundo, que solamente un ser humano excepcionalmente diestro podría realizar nuestras funciones, y tales seres humanos no se dan con frecuencia entre los trabajadores.

He permanecido en mi puesto durante dos años y cuatro meses, y en dicho período no ha habido ninguna obstrucción importante en las válvulas que yo vigilo.

Como compensación por mi trabajo («salario») recibo un amplio suministro de alimento. Por una paga semejante podría contratarse un tiburón, pero además de mi paga diaria en peces recibo otro tipo de compensaciones, como la compañía de los seres humanos y la oportunidad de desarrollar mi inteligencia latente, ya que tengo acceso a grabaciones de referencia, ampliadores de vocabulario y otros aparatos educativos. Tal como

pueden ver, he usado al máximo mis oportunidades.

Apartado 2. — SEÑORITA LISABETH CALKINS.

Su *dossier* está en el archivo. He tenido acceso a él gracias a la cinta lectora instalada al borde del estanque para ejercicio de delfines. Por medio de una orden hablada puedo tener ante mi vista cualquier cosa de los archivos. Dudo que alguien piense que un delfín pueda tener interés en leer los *dossiers* personales.

Ella tiene veintisiete años, por tanto pertenece a la generación de mis antecesores genéticos («padres»). Sin embargo, no comparto el tabú cultural de muchos H. Sapiens contra las relaciones emocionales con una hembra de más edad. Además, con respecto a nuestras respectivas especies, la señorita Calkins y yo somos de la misma edad. Ella alcanzó la madurez sexual a la mitad de su edad actual. Yo también.

Debo admitir que ha pasado un poco del tiempo en que, normalmente, las hembras humanas toman un compañero permanente. Yo supongo que no practica relaciones temporales con nadie, ya que su *dossier* no muestra que se haya reproducido. Es posible que los seres humanos no se reproduzcan después de cada apareamiento anual, o que los apareamientos ocurran sin fecha determinada, en tiempos que no tienen que ver con la reproducción. Esto me parece extraño y algo perverso, aunque por una fecha que he visto, debe de ser así. En el material accesible hay pocos datos sobre los hábitos de apareamiento de los seres humanos. Debo saber más.

Lisabeth —así me permito llamarla— mide 1,8 metros de altura (los humanos no utilizan el término «largo») y pesa 52 kilos. Su pelo es dorado («rubio») y largo. Su piel, a pesar de estar oscurecida por el sol, es bastante blanca. El iris de sus ojos es azul. Por mis conversaciones con los humanos he sabido que pasa por ser una chica bastante guapa. Por palabras que he oído cuando estaba en la superficie me he dado cuenta de que los varones que trabajan en la planta sienten por ella un intenso deseo sexual. Yo también la considero hermosa, tanto como soy capaz de apreciar la hermosura humana (que lo soy mucho). No estoy muy seguro de desearla sexualmente. Más

bien siento necesidad de su compañía, de su proximidad, y esto lo traduzco en términos sexuales simplemente para hacérmelo más comprensible.

Indudablemente, ella no posee lo que yo busco siempre en mis parejas (hocico prominente, aletas lustrosas). Cualquier intento de hacer el amor con ella le produciría dolor y quizá daño físico. Yo no quiero esto. Lo que la hace tan deseable a los ojos de los machos de su especie (glándulas mamarias muy desarrolladas, cabello sedoso, facciones delicadas, largas extremidades inferiores o «piernas» y otras cosas) no tiene para mí una gran importancia, y en algunos casos creo que hasta tienen un efecto negativo. Como en el de las glándulas mamarias de su región pectoral, que sobresalen de su cuerpo de una forma que debe disminuir mucho su velocidad al nadar. Se trata de un diseño deficiente, y yo soy incapaz de encontrar deseable un diseño deficiente. Es evidente que Lisabeth también encuentra inapropiado el tamaño y emplazamiento de dichas glándulas, ya que las oculta en todo momento bajo una pequeña cubierta. Los demás humanos de la planta, que son todos machos y por lo tanto poseen unas glándulas mamarias muy rudimentarias que para nada dificultan su deslizamiento, las llevan al descubierto.

¿Cuál es, entonces, la causa de mi atracción hacia Lisabeth?

Creo que proviene de la necesidad que siento de su compañía. Creo que ella me comprende mejor que cualquier miembro de mi propia especie. De forma que soy más feliz cuando estoy con ella que cuando no lo estoy. Esta impresión proviene de nuestro primer encuentro. Lisabeth, que es especialista en relaciones humano-cetáceas, vino a la planta hace cuatro meses y se me ordenó que subiera con mi grupo de vigilancia para serles presentados. Di un gran salto para verla bien e inmediatamente comprobé que tenía mejor aspecto que los seres humanos que yo conocía. Tampoco estaba cubierta con el vello que los de mi especie encuentran tan desagradable. (Yo no sabía entonces que la diferencia entre ella y los demás humanos de la planta consistía en que era una hembra. Nunca había visto a una hembra humana. Pero pronto lo supe.)

Me aproximé al transmisor acústico y dije:

—Soy el capataz del Pelotón de Vigilancia de la Entrada. Tengo la designación estructural TT-66.

—¿No tienes un nombre? —preguntó ella.

—¿Qué significa el término «nombre»?

—Tu... tu designación estructural. Pero no precisamente TT-66. Quiero decir que no está bien. Por ejemplo, yo me llamo Lisabeth Calkins. Y yo... —meneó la cabeza y miró al supervisor de la planta—. ¿No tienen «nombre» estos trabajadores?

El supervisor no entendía por qué los delfines debían tener un nombre. Lisabeth sí... y mucho. Y puesto que estaba encargada de las relaciones con nuestra especie, nos puso nombre en aquel mismo momento. Yo fui llamado Ishmael. Era el nombre, según me explicó Lisabeth, de alguien que había ido al mar, vivido allí maravillosas aventuras, y que había grabado estas aventuras en una cinta que toda persona culta debía escuchar. Desde entonces tuve acceso a la historia de Ishmael —del otro Ishmael— y puedo decir que es notable. Para ser humano poseía un profundo conocimiento de las ballenas, seres que, por otra parte, considero estúpidos y por los que no siento ningún respeto. Estoy orgulloso de llevar el nombre de Ishmael. Después de ponernos un nombre a cada uno, Lisabeth saltó al agua y nadó con nosotros. Debo decir que la mayoría de los delfines siente por vosotros, los humanos, un poco de desprecio. Sois tan malos nadadores... Quizá sea debido a mi inteligencia, más alta de lo normal, o a una comprensión más grande, el que yo no sienta lo mismo. Yo os admiro por el ardor y la energía que ponéis al nadar, considerando todos vuestros inconvenientes. Tal como les recuerdo a los de mi especie, os desenvolvéis mucho mejor en el agua de lo que nosotros lo hacemos en tierra firme. Lisabeth nadaba bien para el estándar humano, y nosotros ajustamos con tolerancia nuestra velocidad a la suya. Jugamos un rato, y luego ella sujetó mi aleta dorsal y dijo:

—¡Llévame a dar un paseo, Ishmael!

Tiemblo ahora al recordar el contacto de su cuerpo con el mío. Se sentó a horcajadas sobre mí, y sus piernas sujetaban con fuerza mi cuerpo, Y partí, casi a toda velocidad, manteniéndome a ras de la superficie. Estaba encantada, pues reía constantemente mientras yo saltaba por los aires una y otra vez... Fue una exhibición puramente física, en la que no hice uso de mi extraordinaria capacidad mental. Yo mostraba, si queréis llamarlo así, mis

cualidades de delfín. Lisabeth estaba maravillada. Incluso cuando me sumergía tan profundamente que la presión podía resultar peligrosa, ella se mantenía sujeta sin dar señales de alarma. Cuando volvimos a la superficie gritó de alegría.

Había tenido mi primer contacto con ella de una forma totalmente animal. Yo conocía a los humanos lo suficiente como para poder interpretar, de vuelta a la orilla, su expresión radiante y ruborizada. Mi objetivo ahora era mostrarle mis grandes condiciones, demostrarle que incluso entre los delfines yo resultaba excepcional por mi facilidad para aprender y para comprender el universo.

Estaba ya enamorado de ella.

En las semanas que siguieron tuvimos muchas conversaciones. No alardeo si digo que ella se dio cuenta en seguida de lo excepcional que soy. Mi vocabulario, que ya era amplio, crecía rápidamente con la estimulante presencia de Lisabeth. Ella me dio acceso a grabaciones que a nadie le hubieran parecido interesantes para un delfín. Desarrollé capacidades que, dentro de mi medio, incluso a mí me dejaban atónito. En poco tiempo adquirí la instrucción que poseo. Creo que estaréis de acuerdo en que puedo expresarme con más elocuencia que muchos seres humanos. Espero que la computadora encargada de imprimir este relato no me traicione con errores de ortografía o confundiendo las palabras que uso.

Mi amor por Lisabeth se hizo más grande y más profundo. Comprendí. Comprendí por primera vez lo que eran los celos cuando la vi correr por la playa dando la mano al doctor Madison, encargado de la fuerza motriz de la planta. Supe lo que era el furor cuando escuché las frases sensuales y vulgares de los machos humanos, mientras los dos paseaban. La fascinación que sentía por ella me llevó a explorar muchos caminos de la experiencia humana. Yo no me atrevía a hablar de esas cosas con ella, pero por otras personas de la base con las que hablaba a veces, aprendí algunos aspectos del fenómeno que los humanos llaman «amor». Supe conseguir que se me explicaran las vulgares palabras que los machos decían a espaldas de Lisabeth; la mayoría refiriéndose al deseo de aparearse con ella (aparentemente de una forma temporal), pero también había comentarios muy

favorables sobre sus glándulas mamarias (¿por qué tendrán los humanos tanta afición a ellas?), así como de la parte abultada de su lomo situada justamente encima del lugar donde su cuerpo se divide en las dos extremidades inferiores. Confieso que esto último también me fascina a mí. ¡Es tan extraño que un cuerpo se abra de esa forma en su mitad!

Nunca di a entender explícitamente mis sentimientos hacia Lisabeth. Trataba de hacerle comprender poco a poco que estaba enamorado de ella. Pensé que una vez lo supiera podríamos planear un futuro para los dos juntos.  
¡Qué tonto fui!

### Apartado 3. — LA CONSPIRACIÓN.

Una voz masculina dijo:

—¿Cómo demonios vas a convencer a un delfín?

—Déjame a mí.

—¿Qué le darás? ¿Diez latas de sardinas?

—Este es especial. Peculiar, incluso. Es como un estudiante, podemos llegar a él.

No sabían que yo podía oírles. Permanecía en la superficie, en un tanque de descanso, entre dos inmersiones. Nuestro sentido del oído es agudo, y estaba a una distancia suficiente.

Supe en seguida que ocurría algo raro, pero permanecí inmóvil, pretendiendo no saber nada.

—¡Ishmael! —llamó un hombre—. ¿Eres tú, Ishmael?

Salí al exterior y fui hasta la orilla del tanque. Uno era técnico de la planta, pero a los otros dos no les había visto nunca. Estaban cubiertos de los pies a la garganta, lo que mostraba en seguida que eran extraños a la base. Yo despreciaba al técnico porque era uno de los que habían hecho comentarios vulgares sobre las glándulas mamarias de Lisabeth.

—¡Mírenlo, caballeros! —dijo—. ¡Exhausto en plena juventud! ¡Una víctima de la explotación humana! —Y dirigiéndose a mí—: Ishmael, estos caballeros son de la Liga para la Protección de Especies Inteligentes. ¿La conoces?

—No —respondí.

—Están tratando de poner fin a la explotación de los delfines, al uso criminal como esclavos de las demás especies inteligentes del planeta. Quieren ayudarte.

—No soy ningún esclavo. Recibo una compensación por mi trabajo.

—¡Unos cuantos peces escuálidos! —exclamó el hombre enteramente vestido que estaba a la derecha del técnico—. ¡Te explotan, Ishmael! ¡Te ordenan hacer un trabajo sucio y peligroso y te lo pagan con una porquería!

Su compañero dijo:

—Esto debe terminar. Queremos anunciar al mundo que la era de los delfines esclavos ha terminado. ¡Ayúdanos, Ishmael! ¡Ayúdanos y ayúdate!

No necesito decir que yo era hostil a sus pretendidos propósitos. Un delfín más ingenuo que yo lo hubiera dicho al instante, estropeando su plan, pero yo dije astutamente:

—¿Qué queréis de mí?

—Intercepta las entradas —dijo el técnico en seguida.

A pesar de mis esfuerzos no pude contenerme y contesté, irritado y sorprendido:

—¡Traicionar la confianza que se ha puesto en mí! ¿Cómo podría hacerlo?

—¡Es por tu propio bien, Ishmael! Tú y tu cuadrilla debéis solamente obstruir la entrada y la potabilizadora dejará de trabajar. Toda la isla quedará aterrorizada. Cuadrillas de vigilancia humanas bajarán para ver lo ocurrido, pero tan pronto hayan despejado las válvulas, vosotros debéis taponarlas de nuevo. Un suministro de agua de emergencia deberá llegar a St. Croix. Todo esto guiará la atención pública hasta el hecho de que la isla depende del trabajo de los delfines... ¡Del excesivo y poco pagado trabajo de los delfines! Durante la crisis, nosotros nos apresuraremos a contar al mundo vuestra historia. ¡Conseguiremos que los humanos se enfurezcan por el modo en que os han tratado!

Yo no dije que yo mismo no sentía furor alguno. En lugar de esto repliqué:

—Podría haber peligro para mí en todo esto.

—¡Tonterías!

—Me preguntarán por qué no he despejado las válvulas. Es mi responsabilidad. Habrá problemas.

Discutimos un rato este punto. Luego, el técnico dijo:

—Mira, Ishmael. Sabemos que hay algunos riesgos. Por eso estamos dispuestos a darte una recompensa si cumples tu cometido.

—¿Como qué?

—Grabaciones. Cualquier cosa que quieras oír la obtendremos para ti. Sé que te interesa la literatura. Dramas, poemas, novelas y todo eso. Después de las horas de trabajo te proporcionaremos toda la literatura que quieras, pero tienes que ayudarnos.

Tuve que admitir su astucia. Sabían exactamente cómo interesarme.

—Es un trato —dije.

—Dinos lo que te gustaría.

—Cualquier cosa sobre el amor.

—¿Amor?

—Amor. Hombre y mujer. Tráiganme poemas de amor, historias de amantes famosos, descripciones del abrazo sexual. Debo comprender esas cosas.

—Quiere el *Kama Sutra* —dijo el de la izquierda.

—Entonces le traeremos el *Kama Sutra* —dijo el de la derecha.

#### Apartado 4. — MI RESPUESTA A LOS CONSPIRADORES.

No me trajeron el *Kama Sutra*, pero sí una gran cantidad de cosas, incluida una grabación tomada de aquel libro. Durante varias semanas me dediqué intensamente a estudiar la literatura erótica de los humanos. Había tal cantidad de enloquecedoras omisiones en los textos que aún no comprendo bien lo que ocurre entre un hombre y una mujer.

No estoy intrigado por el acoplamiento de un cuerpo con otro, sino por la dialéctica del cortejo, en la que el macho solicita y la hembra pretende no estar en celo. Estoy apabullado entre la diferencia moral que hay entre el apareamiento temporal y el permanente («matrimonio»), y no he logrado

asimilar aún el intrincado sistema de tabúes y prohibiciones que los humanos han inventado. Este es mi único fallo intelectual. Al final de mis estudios sabía poco más sobre cómo comportarse con Lisabeth de lo que sabía cuando los conspiradores empezaron a facilitarme grabaciones en secreto.

Y me pidieron que cumpliera mi parte.

Naturalmente, ya no podía hacer aquello a la potabilizadora. Sabía que aquellos hombres no eran los iluminados adversarios de la explotación de los delfines que pretendían ser. Por alguna razón particular, querían ver parada la planta, eso era todo, y habían usado una supuesta simpatía hacia mi especie para ganar mi cooperación.

Yo no me siento explotado.

¿Fue algo indebido por mi parte aceptar las grabaciones sin tener intención de ayudarles? Querían hacer uso de mí y en lugar de esto yo hice uso de ellos. Algunas veces una especie superior debe explotar a una inferior para ganar conocimientos.

Vinieron aquella tarde a pedirme que obstruyera las válvulas. Yo dije:

—No estoy muy seguro de lo que quieren que haga. ¿Pueden explicármelo otra vez?

Astutamente, yo había puesto en marcha un aparato grabador que Lisabeth usaba en sus sesiones de estudio con los delfines de la planta. De este modo, volvieron a explicarme cómo, obstruyendo las válvulas, lograríamos aterrorizar a la gente de la isla, arrojando así un poco de luz sobre el abuso que se hacía de los delfines. Les hice preguntas una y otra vez, averiguando más detalles y logrando que cada uno de ellos dejara su voz grabada en la cinta. Cuando hube recogido suficiente cantidad de incriminación les dije:

—Muy bien. En mi próxima inmersión haré lo que me piden.

—¿Y el resto de tu cuadrilla de vigilancia?

—Les ordenaré que no atiendan más las válvulas para beneficio de nuestra especie.

Y abandonaron la planta, muy satisfechos de sí mismos. Cuando hubieron salido oprimí el timbre que comunicaba con Lisabeth y ella vino en seguida del lugar donde vivía. Le mostré la cinta en el aparato grabador.

—Escúchela —dije pomposamente—. ¡Y luego avise a la policía de la isla!

#### Apartado 5. — RECOMPENSA AL HEROÍSMO.

Se hicieron las detenciones. Los tres hombres no tenían el menor interés por la explotación de los delfines. Eran miembros de un grupo desorganizador («revolucionarios») que intentaban inducir a un delfín ingenuo a que les ayudase a provocar el caos en la isla. Con mi lealtad, mi valor y mi inteligencia, yo había desbaratado sus planes.

Más tarde, Lisabeth vino a verme al tanque de reposo y dijo:

—Estuviste espléndido, Ishmael. Les engañaste para que grabaran su confesión. ¡Es fantástico! Eres una maravilla entre los delfines, Ishmael.

Yo estaba loco de alegría.

Había llegado el momento. Dije balbuceando:

—Lisabeth, te quiero.

Mis palabras resonaron en las paredes del tanque como salidas de un altavoz. El eco las deformó, transformándolas en grotescos gruñidos propios de una miserable foca: «Te quiero..., te quiero.»

—Pero, ¡Ishmael!

—No puedo explicarte lo mucho que significas para mí. Ven a vivir conmigo. ¡Sé mi amor, Lisabeth! ¡Lisabeth!

Surgieron de mí torrentes de poesía, un vendaval de retórica escapó de mi hocico. Le rogué que descendiera conmigo al fondo del estanque y me dejase abrazarla. Ella rió y dijo que no estaba vestida para nadar. Era verdad. Acababa de volver de la ciudad después de las detenciones. Imploré, supliqué.

Finalmente cedió. Estábamos solos. Ella se quitó todas sus prendas y bajó al estanque. Por un momento contemplé su belleza desnuda... y la visión me dejó estupefacto... Aquellas horribles y oscilantes glándulas mamarias, sabiamente cubiertas hasta entonces, aquellas franjas de repugnante piel blanca, donde el sol no había podido llegar, y aquella inesperada porción de vello..., pero una vez estuvo en el agua olvidé las imperfecciones de mi amor

y me lancé hacia ella.

—¡Amor! —grité—. ¡Bendito amor! —Y la rodeé con mis aletas en lo que imaginé sería el abrazo humano—. ¡Lisabeth! ¡Lisabeth!

Nos sumergimos. Por primera vez en mi vida supe lo que era la verdadera pasión, la que cantan los poetas, la que asombra hasta a la mente más fría. Yo sentía el final de sus extremidades («puños») golpeando mi región pectoral y al principio pensé que mi pasión era correspondida. Pero luego llegó hasta mi mente ofuscada por el amor la idea de que pudiera estar faltándole el aire, y me apresuré a subir. Mi querida Lisabeth, roja de sofocación, aspiró profundamente una bocanada de aire y luchó por escapar de mí. Aturdido, la dejé ir, y ella salió velozmente del tanque, dejándose caer rendida en la orilla, con el pálido cuerpo tembloroso aún.

—¡Perdóname! —grité—. ¡Te quiero! ¡Salvé este lugar por amor a ti!

Se las arregló para hacer con los labios una mueca que demostraba que no estaba enfadada conmigo («sonrisa») y dijo con una voz apagada:

—¡Estuviste a punto de ahogarme, Ishmael!

—Estaba descontrolado por mis emociones. Vuelve a entrar en el agua, seré más comedido. ¡Lo prometo! Tenerte cerca...

—¡Ishmael! ¿Qué estás diciendo?

—¡Te quiero! ¡Te quiero!

Oí pasos. El encargado de la energía, doctor Madison, llegó corriendo. Rápidamente, Lisabeth cubrió sus glándulas mamarias con las manos y tapó la mitad inferior de su cuerpo con las prendas que se había quitado. Aquello me dolió, porque, si cubría aquellas feas partes de su cuerpo para que él no las viese, ¿no era señal de que estaba enamorada de él?

—¿Estás bien, Liz? —preguntó—. Oí gritos...

—No es nada, Jeff, sólo Ishmael. Empezó a abrazarme en el estanque. Está enamorado de mí. ¿Te imaginas? ¡Enamorado de mí!

Y se rieron de lo cómico que resultaba un delfín loco de amor.

Antes del alba me había adentrado mucho en el océano. Nadaba donde nadan los delfines. Lejos del hombre y sus cosas. Dentro de mí sonaba la risa burlona de Lisabeth. Sin embargo, no había querido ser cruel. Ella, que me conoce mejor que nadie, no había podido contener la risa ante mi absurda

pretensión.

Estuve varios días en el mar, curando mis heridas y descuidando mis tareas en la planta. Lentamente, mientras el dolor daba paso a una leve molestia, me dirigí de nuevo a la isla. En el camino me crucé con una hembra de mi especie. Había entrado en celo hacía poco y se me ofreció, pero yo le dije que me siguiera y así lo hizo. Tuve que alejar varias veces a otros machos que querían hacer uso de ella. La guíé hasta la planta, y la hice entrar en la laguna donde los delfines practican sus deportes. Un miembro de mi cuadrilla vino a investigar. Era Mordred. Le dije que llamara a Lisabeth y le dijese que había vuelto.

Lisabeth apareció en la orilla, me hizo saludos con la mano, sonrió y me llamó por mi nombre.

Empecé a jugar con el delfín hembra delante de sus ojos. Hicimos la danza del apareamiento: salíamos del agua y golpeábamos la superficie con nuestras colas, saltábamos, nos sumergíamos, gritábamos.

Lisabeth nos observaba. Yo pedí: «Ojalá se ponga celosa.»

Sujeté a mi compañera y la conduje al fondo del estanque, y allí la poseí violentamente. Luego la dejé libre para que esperase a mi hijo en cualquier otra parte.

Busqué de nuevo a Mordred.

—Di a Lisabeth —le ordené— que he encontrado otro amor, y que quizá algún día la perdone.

Mordred me miró con ojos vidriosos y nadó hasta la orilla.

Mi táctica falló. Lisabeth respondió que era bien venido al trabajo y que sentía mucho si me había ofendido, pero no había ni rastro de celos en su mensaje.

Mi corazón se convirtió en un montón de algas podridas.

Volví a limpiar las válvulas de entrada como la buena bestia que soy. Yo, Ishmael, que he leído a Keats y a Donne. ¡Lisabeth, Lisabeth! ¿Puedes percibir mi dolor?

Esta noche he contado mi historia en la oscuridad. Vosotros, que la escuchasteis, cualquiera que seáis, ayudad a un organismo solitario, mamífero y acuático que desea un contacto más íntimo con una hembra de

especie diferente. Hablad de mí a Lisabeth, alabad mi inteligencia, mi lealtad y mi devoción.

Decidle que le doy otra oportunidad. Le ofrezco una experiencia única y excitante. La esperaré mañana por la noche al borde del arrecife. Que nade hasta mí. Que abrace al pobre y solitario Ishmael, que le diga palabras de amor.

Desde lo más profundo de mi alma..., desde lo más profundo, Lisabeth, el más tonto de los animales te desea buenas noches, con un gruñido de enamorado.

# **OLSEN Y LA GAVIOTA**

Eric St. Clair

*Las sirenas, como todos saben, son mitad mujer y mitad pez. ¿O mitad pez y mitad mujer? Pues, como Olsen averiguaría, a veces el orden de los factores sí altera el producto.*

En una tarde calurosa, a los cinco meses de estar en la isla, Olsen aprendió a dominar el tiempo.

Una gaviota le dijo cómo.

No había nada en la isla excepto gaviotas y sus nidos —millones de ambos— y el lugar estaba cubierto de guano hasta la rodilla. Cualquiera otro hombre, solo durante cinco meses, a cientos de kilómetros de las líneas marítimas, habría enloquecido.

Pero no Olsen. Carecía de lo que hace falta para volverse loco. Perseguía gaviotas a todas horas, gritándoles porque huían volando cuando querían, mientras él no podía hacerlo. Pero nunca les hablaba como quien lleva una conversación. Olsen, un hombre de pocas palabras y aun menos ideas, nada tenía que decir.

Como pasatiempo, pateaba los nidos de las gaviotas y pisoteaba los huevos. Es cierto que los huevos eran su único alimento, ¡pero cómo los detestaba! Eran feos y rancios y con gusto a pescado, y el agua de lluvia que a veces encontraba para poder tragarlos tenía gusto a guano. Había millones de huevos y los pisoteaba con gusto.

En esta tarde especial Olsen pisoteaba huevos vociferando una cancioncilla que había inventado, «¡Tromp, tromp, tromp!», y estaba de huevos hasta las rodillas. No estaba ni triste ni alegre al hacerlo; sólo pisoteaba y berreaba porque le parecía que eso era lo que había que hacer.

Una gaviota gris descendió, llegó a tierra caminó delicadamente hacia él sobre sus lindas patitas rosadas.

—Olsen —dijo la gaviota.

El berrido de Olsen se apagó. Su pisoteo se detuvo. Su boca quedó

abierta.

—¿Uh? —dijo—. ¿Ah? —ahora me he vuelto loco.

—Es probable que sí —contestó la gaviota—. Pero ya puedes reponerte, Olsen. Me propongo hacerte un favor.

La mente de Olsen, que nunca fue muy rápida, se quedó paralizada.

—Eres un buen tipo, Olsen —continuó la gaviota— y todos tenemos muy buena opinión de ti, pero ¿no podrías ser más cuidadoso con nuestros nidos?

La gaviota miró las piernas de Olsen, sucias de huevo, con alguna expresión: siendo como son las caras de las gaviotas, era difícil imaginar qué estaría pensando.

—Bueno, vaya —dijo Olsen, defendiéndose—. Si tú...

—Lo que necesitas —agregó la gaviota— es algo que distraiga tu atención para no dañar nuestros nidos. Un entretenimiento completo...

—¡Teatro de variedades! —suspiró Olsen beatíficamente.

—Eso no —replicó la gaviota—. Pensaba en algo diferente. Ahora observa —dijo sacando de bajo del ala un largo cordel fuerte—, con este cordel (y la antigua sabiduría que te voy a trasladar) puedes construir una cuna de gato que provocará a la tormenta, o la aquietará, cuando tú lo quieras. Puedes manejar el tiempo. ¡Vaya! —comentó la gaviota—. ¿No sería divertido?

—Supongo —dijo Olsen—. Pero...

—¡El poder, Olsen! ¡Piensa en eso! —gritó sonoramente la gaviota—. ¡La grandeza de la tormenta primitiva! ¡El rugido de los mares encrespados que puedes provocar! ¡El tifón gritando, las sábanas de lluvia, los relámpagos dentados, el estruendo de la tormenta, y a tu disposición, Olsen!

—¿Sin chicas que se desnuden? ¿Sin bailarinas de abanico? —preguntó Olsen.

Sin molestarse en contestar a eso, la gaviota procedió a enseñar a Olsen el arte de construir una cuna de gato que obligaría al tiempo a obedecer sus menores caprichos.

Y Olsen lo encontró interesante. Probó con un tifón, con un turbión de agua, con..., pero la mente de Olsen era muy limitada. Su menor capricho era ciertamente menor. Probó y probó, hasta que a los tres días pensó en hacer

los fuegos de San Telmo con su cuna de gato. Entonces se le acabaron las ideas.

Las gaviotas, entretanto, habían estado reparando nidos y poniendo nuevos huevos. No tuvieron mucho tiempo para eso, sin embargo, cuando Olsen ya se había aburrido del tiempo. Una tormenta se parece mucho a la otra, especialmente cuando un tipo aburrido como Olsen las dirige; un poco de lluvia, algo de viento, ¿qué tiene eso de maravilloso?

Había estado comiendo huevos, cosa que las gaviotas no objetaron, pero ahora que las tormentas habían perdido su encanto, Olsen notó de nuevo el mal gusto que tenían. ¡Uy!

Berreando el canto que había inventado, «¡Tromp, tromp, tromp!», Olsen pateó nidos a derecha e izquierda y destrozó muchos huevos estupendos.

—¡Olsen! —dijo la gaviota gris—. ¡Oh, Olsen!

—¡Tromp, tromp, íromp!

—*¡Deja de hacer eso!*

La forma en que la gaviota lo dijo le hizo detenerse.

—Realmente, Olsen —continuó la gaviota—, no te comprendo. Estás en una isla paradisíaca, con el poder de un dios sobre el tiempo, un clima espléndido, mucho alimento bueno y nutritivo...

—¡Alimento! —gritó Olsen. Tomó un nido con huevos—. ¡Huevos horribles y hediondos! —Arrojó el nido a las rocas cubiertas de guano que había a sus pies—. ¡Al diablo con esos huevos!

La gaviota miró a Olsen con franco asombro.

—¿Quieres decir —preguntó lentamente— que no te gustan nuestros huevos?

Olsen simplemente escupió sobre el nido que había destrozado.

—Si es alimento lo que quieres —continuó la gaviota reflexivamente— dame ese cordel.

Olsen se lo dio, aplastando el resto de un | huevo con el pie.

—Me sorprende —dijo la gaviota—, pues a nosotros nos gustan nuestros huevos.

Olsen estaba horrorizado.

—*¿Vosotros coméis vuestros propios huevos?*

—A veces, sí.

Plácidamente, delicadamente, la gaviota trabajó con su pico y sus garras, Una cuna de gato, realmente maravillosa, tomó forma.

—¡*Caníbales!* —gritó Olsen.

—Oh, bobadas —replicó la gaviota—. Anímate, Olsen. Presta atención. Abrió la nueva cuna de gato, ya terminada.

—Con este Molde de Deseos (que te enseñaré a hacer), puedes ordenar al mar que te entregue cualquier manjar que tú desees. Por ejemplo, así.

Inmediatamente, el mar se dividió ante ellos. Un pequeño y fuerte cofre de roble rodó hasta los pies de Olsen.

—¿Para mí? —preguntó Olsen.

La gaviota asintió. Rebosante de alegría, Olsen tomó una piedra. Comenzó a golpear el recipiente.

Sin embargo, el cofre resultó contener lo que parecía una mezcla de arena, gusanos y diversos pescados, y todo en un estado de avanzada descomposición.

—¡Uy! —se quejó Olsen, repeliendo el olor.

—Pero, por Dios, Olsen —comentó la gaviota con impaciencia—, ¿no hay nada que te guste?

Picoteó con gusto lo que había dentro del cofre, dejando oír pequeños ruidos de placer.

—Tus gustos tan peculiares están más allá de mi comprensión —dijo la gaviota al rato—. Debes formular tus propias órdenes al mar. Te mostraré cómo.

Olsen hubiera querido formular algunos comentarios sobre la dieta alimenticia de las gaviotas, pero las palabras (como de costumbre) le fallaron. En lugar de eso, se dejó enseñar la construcción de una cuna de gato como Molde de Deseos.

Y entonces, cualquier delicioso alimento que pudiera desear Olsen sería traído por el mar. Frunció el ceño, mientras su mente se revolvía suavemente... qué podría pedir... qué quería...

Esta vez, las gaviotas tuvieron como una semana de paz. Repararon los viejos nidos, construyeron otros, pusieron un millar de huevos.

El período feliz terminó, sin embargo, por el mismo motivo que antes: Olsen carecía de imaginación.

El Molde de Deseos funcionaba como la gaviota dijo que lo haría. Olsen consiguió su galleta y su cerdo salado y su sorbete de pina y su barril de ron y se dispuso para la orgía. Masticó la galleta y atacó al cerdo y empinó el sorbete y se llenó de ron.

Pero el cerdo salado estaba demasiado salado. La galleta le hizo doler la nuca cuando quiso masticarla. El sorbete se derritió y derramó. Sólo el ron llegó a destino, pero ni siquiera un montón de ron podía dar a Olsen otras ideas sobre comida que aquellas a las que estaba acostumbrado. Galleta, cerdo y pina eran todo lo que pensó pedir y todo lo que obtuvo. Más el ron, desde luego.

Así que, cuando terminó la semana, Olsen estaba de vuelta en lo suyo, pateando nidos, pisoteando huevos, cantando su «¡Tromp, tromp, tromp!» Igual que en los viejos tiempos, sólo que el ron se agregaba ahora al hedor de la destrucción.

—¡Olsen! —gritó la gaviota casi con desesperación—. ¡Mi *buen* Olsen! Olsen levantó un huevo. Miró a la gaviota.

—¡*Por favor!* —pidió la gaviota, preparándose para escabullirse—. ¿No has pensado en las cosas tan bellas que el mar podría traerte?

—¡Un montón de gusanos podridos! —gritó Olsen. Arrojó el huevo, pero le erró por mucho, a causa del ron que tenía dentro.

—¡Olsen, querido! —se quejó la gaviota, como sólo las gaviotas pueden quejarse cuando se sienten mal—. ¡Mi orgullo! ¡Mi alegría! ¡Mi gran amigo! ¿No hay algo... algo... no sé bien lo que quieres... tú lo sabes? ¡Dímelo! ¡*Cualquier cosa* para que no aplastes nuestros huevos! ¿Qué, oh, qué es lo que quieres?

Olsen se detuvo como hipnotizado por la mirada seria de la gaviota. Después de casi un minuto, una sonrisa se apoderó de su rostro.

—Mujeres —dijo.

—Bien —contestó la gaviota—. El amor de una buena mujer.

Olsen asintió ansiosamente, a medida que se dejaba atrapar por la idea. El amor de una buena mujer... Pensó en las buenas mujeres que recorrían las

calles de Buenos Aires, de Marsella, de Singapur. Suspiró ruidosamente y el ron en su cabeza empezó a girar y a girar.

—Lo lamento, Olsen —dijo la gaviota—. Realmente, yo..., pero, ¿cómo puedo conseguir una mujer para ti, sacándola del mar?

—¡Fácil! —gritó Olsen—. ¡Así...! —Con dos dedos en la boca, lanzó un tremendo silbido. Y miró ante sí, porque realmente esperaba que una mujer acudiera en respuesta. Cinco meses sin otra compañía que las gaviotas habían hecho algunos cambios en la mente de Olsen.

Asustada por el silbido, la gaviota tembló.

—No hagas eso. Pero te mostraré cómo hacer una Línea de Sirenas. ¿Serviría una sirena, una adorable, adorable sirena? —Con ese tono halagador habló la gaviota.

—¡Sirenas! —despreció Olsen—. Medio pez, medio mujer. Pero, ¿cómo podría yo...?

La voz de Olsen se esfumó mientras fruncía el ceño, tratando de pensar.

—Oye —dijo poco después—. ¿Podría atrapar una como yo la quiera?

—Podrías —contestó la gaviota—. Será exactamente lo que tú pidas... tan *hermosa*... ¡y te *amará* tanto, Olsen!

Sonriendo, Olsen devolvió el Molde de Deseos y la gaviota lo desarmó.

—Observa —dijo la gaviota—. Arriba y abajo. Ahora se pasa el extremo a través del lazo, así... Entonces...

Con la lengua en la mejilla, Olsen seguía los movimientos de las rosadas patas de la gaviota.

Después de un par de intentos, no más que eso, Olsen lo tuvo claro (era un marinero; aun nadando en ron, comprendía un trabajo de nudos).

—Ahora —dijo la gaviota—, tira un extremo al mar.

Primero, sin embargo, Olsen ató el cordel alrededor de su muñeca.

—Pero —observó la gaviota—, ¿qué pasa si...?

—No corro el riesgo de que ella se lo lleve —dijo Olsen, y tiró la otra punta al mar. Era una complicada línea de tres metros.

Casi inmediatamente el cordel temblequeó. Olsen había atrapado su sirena. No había necesidad, sin embargo, de jalar. Gustosamente emergió de la espuma; voluntariamente corrió hacia él. La adoración flotaba

húmedamente en sus grandes ojos verdiazules.

Olsen echó la cabeza hacia atrás y gritó con horror.

Con su boca, la sirena atrapó el cordel justo hasta el nudo que envolvía la muñeca de Olsen, Tiró con impaciencia. Ella debía volver al mar inmediatamente; aquella sirena no podía vivir en tierra.

Sin dejar de gritar, Olsen resistió. Pero el ron daba vueltas en su cabeza y sus rodillas se doblaron. Se recuperó y tiró desesperadamente, para resistir el tirón de la sirena. El cordel entre ellos vibró con la tensión... y de repente se partió.

Olsen retrocedió sin quererlo y cayó de lleno sobre un montón de guano que había detrás de él. La sirena se introdujo de nuevo en el mar. Sus piernas se agitaron brevemente sobre el agua antes de hundirse.

La sirena cumplía perfectamente las especificaciones de Olsen. Una mitad era una chica hermosa (las piernas doradas que ahora había entrevisto eran una delicia; las caderas redondas y jóvenes eran una promesa y un tesoro) y la otra mitad era un pez, de la cintura para arriba: un pez desagradable, como una carpa de gran tamaño o como un gran arenque.

Pero ahora la parte del pez estaba bajo el agua, fuera de la vista; sólo esas piernas adorables se asomaron por un momento, y después se fueron.

La mente de Olsen era lenta, pero sus instintos trabajaban en buen orden.

—¡Espera! —gritó, y se tiró de cabeza hacia las piernas, dentro del mar. Pero las piernas se habían ido. No, allí estaban, mucho más lejos. Él flotó hacia ellas. Una ola lo atrapó; se revolvió en el agua amarga, y eso casi lo serenó. Ahí estaban otra vez las piernas, aunque ahora en otra dirección. El instinto triunfó sobre la razón. Olsen chapoteó y luchó hacia ellas. Una ola le pegó de lleno en la cabeza, pero emergió sin daño.

Y ahora, de pronto, no había ya fondo bajo los pies de Olsen, y pudo sentir una corriente que lo arrastraba hacia el mar. Un nuevo instinto, el de conservación, habló. «Debes nadar, Olsen», aconsejaba, pero Olsen, desde luego, no sabía nadar. Las piernas doradas aparecieron delante de él como un relámpago y luego desaparecieron.

Y algo debajo del agua le asía el tobillo, amorosa y suavemente. Olsen comenzó a gritar otra vez, mientras se sentía arrastrado hacia abajo, suave

amorosa, pero muy firmemente. Cuando dejó de gritar, salieron burbujas. Después las burbujas flotaron.

La gaviota había contemplado todo esto con gran interés.

—¡Qué notables costumbres para el apareamiento! —comentó, aunque para nadie en particular—. Olsen es ciertamente un tipo especial.

Después se olvidó de Olsen y comenzó a buscar astillas para arreglar el nido.

# **EL AMOR ES UNA LIBÉLULA**

Thomas Burnett Swann

*Desde esa pequeña obra maestra que es La Mansión de las Rosas (Ciencia ficción. Selección 2), Thomas Burnett Swann no había vuelto a aparecer en nuestras antologías. Una ausencia lamentable que esperamos subsanar en lo sucesivo.*

## UNO

—Eneas debe morir.

Las palabras eran al mismo tiempo una orden y un pacto. Eneas, el carnicero troyano, traidor a las mujeres, invasor del Bosque Errante, debía morir; y ella, Melonia, la dríada de diecisiete años que lloraba cuando aplastaba a una abeja o rompía una tela de araña, estaba tan firmemente sujeta al juramento como su reina, Volumna. A menos que las historias que se narraban sobre Eneas fueran mentira —y su verdad era confirmada por guerreros, marinos y Amazonas— debía hacer honor al juramento y, si le tocaba en suerte, asesinar al asesino en pro de la seguridad de su pueblo y la santidad del bosque.

Era de noche. Esa misma tarde, cuando el sol se acomodaba en las copas de los árboles como un fénix que anida, Eneas no era para ella más que un nombre susurrado para asustar a un niño travieso.

Su colmena había sido atacada por un oso hambriento. El oso no había gozado de su festín: había sido aguijoneado a una presurosa fuga a través de las espinosas zarzamoras hasta las balsámicas aguas del Tíber. Con todo, la colmena estaba en ruinas. Las abejas estaban sin miel ni hogar, y ella había encontrado un nuevo tocón para ellas, a la vista del árbol donde residía desde hacía un año, sola, aunque acompañada por sus abejas y sus animales, desde que un rayo matara a su madre. Le mostraba ahora el nuevo tronco a la reina. Las abejas podían comprender los gestos de Melonia, pero pocas de sus palabras; ella podía comprender las figuras de su vuelo, pero pocos de sus zumbidos. Aunque pobre, esa comunicación era mejor que nada, y la reina, con rápidos zigzaguees, expresaba ciertamente su gratitud. El favorito de Melonia, un zángano a quien llamaba Bonus Eventus, o Buena Suerte, se había instalado en su hombro a descansar.

Su amigo Bounder, el centauro, emergió del bosque y giró en torno de Melonia y del tocón. A la manera de su raza, que se inclinaba a ser presumida y a admirarse, golpeó la tierra con sus cascos y sacudió sus crines como trigo al viento. Al principio, ella prefirió ignorarlo: no le gustaban sus miradas, que últimamente eran más frecuentes y significativas, casi como si las orejas de Melonia no fuesen ya puntiagudas o si su pelo verde hubiese escapado de su redecilla. Ella pertenecía a la tribu de dríadas llamadas encinarias, que no tenían necesidad de hombres, según proclamaban, y poco gustaban de ellos. Eran las dríadas que concebían sin ser fertilizadas por ningún varón. Mientras sus amigas se quedaban en otra parte del bosque, la dríada núbil se ocultaba en la Encina Sagrada de Rumino, bebía la sagrada bebida destilada de las amapolas, dormía con numerosos y a veces turbadores sueños y despertaba, si había sido afortunada, con una vida en su vientre.

Pero a Melonia le gustaba Bounder. Era joven y huérfano y, aunque a los diecisiete años era sólo una niña, dado que la vida promedio de una dríada era la de su encina, unos quinientos años, le placía tratarle como si fuese su madre. En efecto, las otras dríadas solían burlarse de ella y decirle que no necesitaba visitar la Encina Sagrada: ya era la madre de medio bosque, de las abejas, los animales salvajes, los faunos niños, los cachorros de lobo, y la lista completa habría llenado una gran tableta de arcilla. De modo que, a pesar de sus desconcertantes miradas, apartó la vista de las graciosas y agradecidas cabriolas de la reina y sonrió a Bounder.

—Toda esa preocupación por una colmena de abejas —protestó. La voz del centauro era profunda, melodiosa, cultivada y totalmente agradable a sus oídos. Los celebrados viajes de la raza les habían hecho, elocuentes, aunque algo vanidosos.

—Me gusta su miel.

—Si hicieran veneno también te gustarían. Todo te gusta.

—No —rectificó ella apresuradamente—. Sólo las cosas amables, las cosas que crecen. Y hay cosas que odio.

Era verdad: todavía se le veían en el brazo las marcas de los dientes de un león que había matado al hijo de una dríada cuando tenía catorce años. Había seguido al asesino a su cubil y, cogiéndole de sorpresa, porque las dríadas

huelen como encinas y caminan tan levemente como el ciervo, le mató con un palo y sin remordimientos. Bounder, que sin duda recordaba el incidente, retrocedió unos pasos, trastabillando sobre sus cascos.

—Es verdad —admitió—. Pero no me mires así. Yo no soy un león.

—Les he buscado un nuevo hogar —explicó—. Ese torpe oso...

—Tienes una abeja entre tus pechos.

—Es un zángano. No les gusta trabajar.

—Lo envidio.

—¿Y qué trabajo haces tú, aparte de peinar tus crines?

—Quiero decir que lo envidio por estar donde está.

A los centauros les gustaban los senos de las mujeres; incluso parecían preferir a las humanas o las dríadas a sus propias hembras, a causa de esas particulares dotes, pero Melonia, a quien le habían enseñado que los senos no sirven para otra función que la lactancia, estaba confundida ante el interés de Bounder.

—Ya que hablas de trabajo, te traigo un mensaje —continuó él.

—¿Cuál es?

Bounder era joven y exquisitamente educado, porque los centauros, agricultores, pagaban a los faunos con frutos de sus huertos para que se ocuparan de los trabajos domésticos: barrer sus cabañas triangulares de troncos y reparar las murallas cubiertas de espinas que rodeaban sus aldea; y así tenían tiempo para ejercitarse y adornarse. Además, se enorgullecían de la gracia y la amplia gama de su conversación. Los flancos de Bounder y sus múltiples miembros —cuatro patas, dos brazos— eran esbeltos y de fino pelaje. Se mantenía imaculado bañándose en el Tíber. Su cara, si a uno le gustaban las caras masculinas, era agradablemente simétrica. Sus ojos dorados iluminaban su piel glabra y rosada; sus crines eran un pequeño y profuso jardín que descendía a lo largo de su cuello.

Melonia sonrió con indulgencia.

—Bounder, en algunos aspectos eres todavía un potrillo. —Los únicos besos que ella conocía eran los castos saludos entre las dríadas. Le besó suavemente en la mejilla, como había besado frecuente y afectuosamente a su madre.

—Ahora me toca a mí —dijo el centauro.

—Yo te besé. No te dije que podías besarme.

—Pero no duele, ¿sabes?

Rígidamente le tendió la mejilla. ¡Qué tontería! El aroma de mejorama de su aliento no se pareció desagradable cuando los labios de Bounder se le acercaron. Pero fueron más allá de su mejilla y se apoderaron de su boca. Y Melonia empezó a arder; no sus labios, sino toda entera, con un fuego extraño que no le disgustaba por completo. Por la leche de Romina, ¿acaso pretendía sofocarla? ¡Y ahora la ceñía con sus brazos, como cuellos de una hidra!

Se liberó de él. Los centauros, aunque veloces corredores en campo abierto, eran risiblemente torpes a corta distancia.

—Si no me dices el mensaje, te daré cincuenta picaduras de abeja —dijo, alzando una mano como dispuesta a lanzar la colmena contra él.

—Está bien —repuso él, en tono casual, pero mirando ansiosamente a las abejas—. ¿Me peinarás antes la crin? El viento me la ha desordenado. —Extrajo del bolso de piel de león que llevaba colgado del cuello un peine de caparazón de tortuga.

—¿Me prometes no volver a besarme?

Te lo prometo. Hoy no.

—*Nunca.*

—Nunca.

Fue casi un suspiro. Ella le pasó el peine por las crines, aunque ni un pelo parecía fuera de lugar, porque se había aplicado una mezcla de mirra y resina. Luego le dio una palmada de hermana en el flanco y sintió un inesperado temblor.

—¡Qué bonita te has vuelto! Como un jacinto.

¿Bonita? Las flores eran bonitas. Las golondrinas, las mariposas. Las piedras de colores en el fondo de un arroyo. Pero nadie le había aplicado jamás esa palabra. Resistió la tentación de preguntarle: «¿Por qué soy bonita? ¿Te gusta el verde de mi pelo? No es perfecto, sabes... Tengo algunos mechones dorados por el sol...»

Rápidamente retiró la mano y preguntó:

—¿Y el mensaje?

—Volumna ha convocado una reunión debajo de la higuera de Rumina.

—¿De qué se trata? —inquirió Melonia, asombrada. Esas reuniones eran raras e indicaban decisiones importantes.

—Algún peligro, supongo.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé —repuso él, y Melonia le creyó. Los asuntos importantes no se discutían con los varones, y menos con un centauro; era bastante confiarles mensajes.

Y ya estaba corriendo hacia la higuera, el Ficus Ruminalis, a media milla de su hogar. No usaba calzado ni sandalias, sino ajorcas de bayas rojas en los tobillos y una túnica de lino verde que parpadeaba al sol como el follaje y un collar de espigas verdes; y sólo un ciervo habría podido darle alcance. Ciertamente no Bounder, a menos que corriesen por terreno libre y nivelado. Sintió que él la miraba mientras ganaba distancia y se preguntó por qué habría temblado cuando ella le tocó. ¡Y toda esa charla sobre los besos! ¡Si habían crecido juntos! Él era el único varón que su madre había tolerado cerca de su árbol.

Pero la expectativa de la reunión, y el peligro, borraron sus pensamientos sobre Bounder...

El árbol era bastante grande para su especie y estaba cargado de frutos verdes que pronto serían higos maduros: ninguna abeja los tocaría a menos que cayesen al suelo. Había un acuerdo entre dríadas y abejas, porque la higuera era una diosa y una madre y los higos, sus hijos, como también las dríadas. Estaba a media hora de marcha de la encina de la concepción, la encina de Rumino, divino consorte de Rumina, aunque decididamente una deidad menor, y por lo tanto relegada a una parte menos deseable del Bosque Errante.

La cámara del consejo era una caverna artificial debajo de la higuera. Las raíces colgaban del techo como serpientes recién llegadas, pero las dríadas habían cavado profunda y cuidadosamente para no cortar las raíces gruesas, las arterias de su madre.

En nichos de las paredes de tierra ardían firmemente, en el aire sin viento, antorchas de resina. Había bancos dispuestos en hileras semicirculares: esta disposición, creada por las dríadas en Creta en una época anterior al recuerdo, había inspirado a los cretenses la forma de sus arenas para los juegos de toros. Estaban presentes unas cincuenta dríadas, entre niñas y adultas, todas hembras. Si una dríada daba a luz un niño varón, lo abandonaba en el bosque. Si los leones no lo encontraban, quizá alguna amable madre centauresa lo educara con su prole, o algún fauno —todos los faunos eran machos— permitiría que viviera con sus peludos, olorosos y felices descendientes. A los catorce años, Melonia había rescatado a un niño, con la idea de cuidarle como un hermano, pero su madre lo había devuelto al lugar donde estaba abandonado. «Es la ley de Rumina», había dicho. Y la mañana siguiente Melonia había descubierto las reveladoras huellas de un león, la misma bestia que había matado sumariamente. Después de lo ocurrido, no le habló a su madre por una semana. Y finalmente fue ella quien hizo las paces, permitiéndole que Bounder fuera su amigo.

—Eneas ha desembarcado en la boca del Tíber.

Todas las dríadas eran pequeñas, de apenas un metro y veinte de estatura; pero Volumna daba la impresión de una talla mayor. Era por su porte erguido, su voz clara y sonora como una concha, su pelo verde sostenido sobre la cabeza con agujas de cobre, sus orejas puntiagudas, desnudas y semejantes a los dardos de madera de pino que los faunos disparaban con sus cerbatanas a los leones. Melonia la respetaba, y casi había logrado quererla.

—Eneas ha desembarcado...

Era todo. No era preciso decir más. Hasta las más jóvenes sabían que el mejor de los varones sólo era tolerable para el fin de llevar mensajes, comerciar o unirse en la defensa común contra los invasores del Bosque Errante, y que el peor de los varones era Eneas. Todas conocían su historia. Quizá quince años antes —el número exacto dependía de la narradora— había traicionado a su esposa entre las llamas de la agonizante Troya, y preferido rescatar a su hijito Ascanio y a su anciano padre, un viejo embustero que pretendía haber yacido con la diosa Venus. Después de mucho vagabundear, Eneas había llegado a Cartago y aceptado la hospitalidad de su

reina, Dido, a quien más tarde indujo al casamiento a cambio de provisiones para sus naves, para traicionar luego su confianza. Dido murió por su propia mano en una pira funeraria, y su vengativa hermana Anna siguió a Eneas a Italia (adonde se había dirigido a instancia, según él, de los dioses) para difundir la noticia de sus pecados. Ahora, después de largos viajes y sin duda numerosas seducciones, porque a pesar de sus años se decía que era atractivo para las mujeres, había desembarcado en el punto donde el Tíber se encuentra con el mar, y a pocas millas de la caverna de las Encinarias.

—Es un varón —murmuró Segeta, la tía de Melonia—, y lo que es peor, humano.

Había humanos en la linde del Bosque Errante. Pero al menos los volscos eran gobernados por una mujer y no molestaban a los moradores del Bosque Errante, los faunos, las dríadas, los centauros y el resto. Pero los forasteros implicaban caminos, ciudades, guerras... Y, lo peor, eran hombres. Todas estas cosas eran indecibles, impensables.

—Cortarán nuestros árboles para construir sus naves y su fortaleza.

—Y nosotras —dijo Volumna— seremos su botín, su despojo.

—¿Botín? No comprendo —respondió Melonia. Su madre había muerto antes de poder comunicarle toda la extensión de la iniquidad masculina.

—Nos llevarán a sus cabañas.

—¿Seremos sus esclavas?

—Peor.

—¿Nos besarán? ¿En la boca?

—Harán que les demos hijos.

—¿Como si hubiésemos dormido en el Árbol Sagrado?

—Tendremos que acostarnos con ellos. Como los animales.

Melonia había cuidado bastantes ovejas y ciervos como para saber que se acoplaban antes de tener descendencia. Los centauros eran demasiado exquisitos para hacer el amor en público; pero a los faunos, desnudos y desvergonzados, no les importaba copular a la sombra de los árboles de las dríadas. Melonia había arrojado espigas a una pareja así en una ocasión: el fauno, llamado Mischief, la había invitado burlonamente a ocupar el lugar de su compañera. El incidente la había enfermado de humillación. También

sabía que algunas dríadas estaban obligadas a acoplarse con machos. Las del norte lejano, que carecían de una encina sagrada, debían escoger marido entre los faunos... Pero un macho humano... Eso significaría besos boca a boca, y cosas peores, y sería una violación y una degradación, como si su árbol fuese consumido por las llamas. (Un pícaro pensamiento invadió su mente como una abeja que penetra en un higo: no todos los fuegos consumen. El calor es dulce a veces, un brasero al fin del otoño, antes del Sueño Blanco, un fuego al aire libre en mitad del bosque.)

Recordó a Eneas y se obligó a experimentar un escalofrío.

—Por supuesto, debe morir.

—Por supuesto —dijo Segeta, y todas las mujeres mayores corearon. Sus caras brillaban como margaritas a la luz; sus voces eran como la mirra, pero sus palabras goteaban como la savia mortal del oleandro. Las niñas asentían y aprobaban, mudas y fascinadas.

—Quizá se marche —sugirió Melonia—. Aquí no hay nada para él. —No quería matar a nadie, morador del Bosque Errante, animal ni humano, salvo si era cruel como el león; y la idea de matar a Eneas la turbaba apenas menos que la perspectiva de soportar sus abrazos. Había oído muchas cosas que la inducían a odiarle, y estaba dispuesta a creer y a condenar, pero antes debía ver una prueba de su perfidia.

—Ha amarrado sus naves en la boca del líber. Sus hombres exploran la región en busca de un lugar donde construir una ciudad. Y naturalmente, quieren mujeres. Hay algunas troyanas con ellos, pero los años no les han sido propicios. Desean mujeres jóvenes como tú.

—Pero sí es un gran guerrero, y los hombres no pueden matarle, ¿qué podemos hacer nosotras?

—Él está en guardia contra los hombres. Ni los faunos ni los centauros podrán acercarse a Eneas. Y aunque pudieran, ¿de qué valen las hondas contra las espadas? Pero las mujeres... Él se jacta de su poder sobre ellas. Espera que todas se fundan en sus brazos. Y eso es exactamente lo que haremos, lo que hará la primera de nosotras que le encuentre. Y cuando se quite su armadura...

—Yo nunca he matado a un hombre —dijo Melonia.

—Pero sí a un león —respondió Volumna—. Es casi lo mismo. Sólo que Eneas es más peligroso, porque es más inteligente.

—¿Cómo es?

—El fauno que vio el desembarco —Mischief, como podrás suponer— no nos lo ha dicho. Tenía miedo de ser visto. Me figuro que Eneas se parecerá a cualquier otro guerrero troyano. Brutal, con ojos de halcón. Barba dura como espinas. Brazos como ramas de roble. Y viejo, además. Quince años de aventuras deben de haber dejado sus huellas.

—Oí decir que sólo tenía veinticinco cuando se fue de Troya, y que Dido le encontró irresistible.

—Hace cinco años que llegó a Cartago. No le sería difícil seducir a Dido, viuda. Cuarenta años no son nada para nosotras, pero para un guerrero que combatió en Troya, para un marino azotado por las tormentas de Neptuno, constituyen una edad venerable. Espero que le encuentren tan seco y marchito como mi encina.

Volumna miró solemnemente a la asamblea.

—Unid las manos, hermanas mías, y repetid: «Aquí, ante la Sagrada Higuera de la Vida, juramos matar al hombre que trae la muerte a nuestra tierra. Viene como un guerrero, y como guerreras le recibiremos, nosotras, que amamos la primavera, la rama en flor y el pájaro que anida; nosotras, que podemos enfrentar al león más fiero, al que rompe las ramas, al que despoja los nidos.»

Luego se quitó un alfiler del cabello, una abeja de cobre con un largo aguijón, y serenamente se pinchó el brazo. Pasó el alfiler a la dríada que tenía al lado, así como un pequeño cuenco de plata en forma de colmena, y por turno, cada mujer y cada niña rasgó su piel y dejó gotear su verde sangre. El cuenco regresó a Volumna, que agregó:

—Silvano, dios de las pesadillas, matador de faunos y liebres, invocamos tus terrores contra nuestro enemigo común. Esta es la sangre de Eneas. — Luego dio vuelta al cuenco—. ¡Así muera Eneas!

## DOS

De color humo y plata, bajo las ramas cargadas de musgo de los robles más viejos que Saturno, el Tíber fluía hacia las naves troyanas y hacia el mar. Ascanio, en la costa, miraba a Eneas, su padre, que jugaba en el agua con Delfo, el delfín que les siguiera desde Sicilia. Eneas y Delfo jugaban con un bastón de madera: Eneas lo arrojaba, Delfo lo empujaba desde abajo y se lo devolvía con su largo hocico y luego producía un ruido, con la nariz o la boca (Ascanio no lo sabía), increíblemente parecido a una risa humana.

Ciudades traicionadas, reinas suicidas, tempestades en el mar, quince años de aventuras... Tracia... Delos... Creta... Cartago... Italia. Pero ahora Eneas jugaba como Delfo, olvidado en apariencia de las penurias y las culpas que le acosaban como las Furias. Eneas, de cabello plateado, tenía el rostro de un joven. Visto desde atrás, podía parecer viejo por el color de su pelo. Cuando se volvía, recobraba los veinticinco años, con sus claros y penetrantes ojos azules, los blancos dientes perfectos, las mejillas sin barba y sin otra herida que una pequeña hendedura en el mentón (recuerdo del hacha de Aquiles). Pero, según la historia, la madre de Eneas era la diosa Afrodita, o Venus, como la llamaban en Italia. Una madre inmortal, un padre mortal: la edad y la juventud en el mismo semidiós. Quizá era mentira, quizá su madre era una criada. Pero aun así era Eneas, más que un hombre y, para Ascanio, más que un dios.

—¿No vuelves a nadar? —gritó Eneas.

—Estoy cansado. He cruzado tres veces el río.

—¿Y por qué no cuatro?

—Porque no soy Eneas. Ven a descansar con tu indolente hijo.

Eneas separó los juncos de la costa y apareció cuan alto era al sol. Alto era, al menos para un dardanesio convertido en troyano, aunque comparado con Aquiles habría parecido tan pequeño como Harpócrates, el niño dios de los egipcios. Ascanio dirigió una rápida mirada a las encinas, y también hacia sus taparrabos, arcos y aljabas. Un cabal guerrero a pesar de su juventud, había desaprobado que se alejaran de sus barcos y sus compañeros, en la boca del Tíber, y se internaran sin armaduras en una tierra extraña conocida por

sus bárbaros habitantes humanos y sus bestias semejantes a hombres. Pero Eneas se había conducido como un niño que planea una merienda campestre —traían tortas de miel y cogrían moras— en la gran infancia del mundo, antes de la guerra de Troya.

—Exploraremos juntos, y luego nadaremos en el Tíber y nos secaremos al sol. Y al regresar a los barcos, cazaremos.

—O encontraremos que nos han arrojado una red o nos han clavado una lanza en él corazón. Ya viste al sátiro que nos espiaba desde la espesura. Sin duda, ha dado la alarma a todo el bosque. No lo pasamos bien cuando luchamos contra las arpías, y ellas eran solamente mujeres con garras y alas. No quiero perder a mi padre por culpa de un maloliente hombre chivo.

—Si vamos juntos, Fénix, podemos cuidarnos mutuamente. —Fénix era el nombre especial que Eneas le daba («Ascanio es demasiado largo»)—. ¿O quieres que vaya solo?

Por supuesto, Ascanio le había acompañado. Eneas siempre se salía con la suya. Raramente daba órdenes. Formulaba invitaciones, y la gente aceptaba, menos porque fuera un rey que por sus dotes, tan raras entre los hombres: gentileza sin debilidad, fuerza sin crueldad. Era un luchador, y al mismo tiempo un poeta; un soñador práctico.

Ahora estaban tendidos al sol mientras Delfo dormitaba en el río como suelen hacer los delfines, casi hundido bajo la superficie, pero con los ojos abiertos para no ser sorprendido por tiburones o malévolos tritones.

—¿Construiremos en la boca del Tíber?

—Algo más adentro, pienso. Protegidos de las galeras cartaginesas. Primero debemos encontrar a Latino y comprar o tomar en préstamo algunas tierras. —Latino era el rey más poderoso en la región llamada Lacio, que no constituía sin embargo un país, porque las escasas ciudades eran pequeñas, independientes y separadas por bosques casi impenetrables—. Y no olvidemos la profecía: debemos construir donde encontremos una cerda blanca con treinta marranitos. Pero por ahora, tomaremos el sol sin buscar cerdos.

Sólo cuando reposaba la cara de Eneas se tornaba triste, y tanto más triste por lo joven que parecía. Estaba inmóvil, con los músculos distendidos, pero

sus ojos abiertos parecían contemplar, entre las llamas de Troya, a su esposa Creusa, la madre de Ascanio, mientras llevaba a su anciano padre cargado al hombro y a Ascanio, de cinco años, de la mano. Él se había detenido para mirarla.

—¡Ya te alcanzaré! —le había gritado Creusa por encima del tumulto, mientras las hachas astillaban las columnas de madera y las llamas mordían silbando las salas y los templos—. ¡Lleva a nuestro hijo a los barcos! —Y no volvieron a verla.

Ascanio trató de desalentar lo que llamaba en su padre «la depresión del recuerdo». Había matado a un hombre por decir que Eneas había abandonado a su esposa. Y mataría a cualquier hombre o mujer que le insultara o amenazara. Soportaría la muerte de Héctor para ahorrarle un sufrimiento.

Apretó la mano de su padre.

—Estoy contento —dijo.

Distintos de los fríos helenos, los dardanesios eran un pueblo afectuoso y expresivo. Los hombres trataban a sus mujeres como iguales; los padres y los hijos se abrazaban sin embarazo. Cuando Dardania cayó ante los helenos, y sus guerreros sobrevivientes fueron a combatir en Troya, les llamaban «los matadores delicados». Sus amigos podían considerarse afortunados, y ¡Zeus protegiera a sus enemigos!

—¿Por qué, Fénix?

—Porque hemos venido. Los dos solos. Tú puedes descansar de tu carácter de leyenda, y yo puedo cuidarte.

—¡Leyenda! —rió Eneas—. De demonio, dirían los cartagineses, o los helenos.

—Es verdad. Pero para tus hombres, para cualquiera que de verdad te conozca, eres un gran héroe. Y de cualquier modo, una leyenda. ¿Acaso hay alguna región en las costas del Gran Mar Verde que no haya oído hablar de Eneas, de sus viajes y de su sueño de reconstruir Troya en una tierra extraña? ¡Si eres tan famoso como Ulises!

—Por lo menos él volvió a su casa —dijo apenado Eneas—, mientras yo sigo vagando. Pero él estaba solo, y yo tengo a mi hijo.

—¿Sabes lo que pienso, padre? Es cierto que eres una leyenda, pero

dentro de ella hay...

—¿Qué?

—Un muchachito contento. El que nunca tuviste tiempo de ser. Casi apenas el abuelo te trajo de esa misteriosa expedición en que encontró a la abuela —debías tener seis meses— empezaron a educarte para ser un príncipe o un rey. Pero el muchachito sigue estando en tu interior, y de vez en cuando sale y juega con un delfín, y entonces yo me siento como su padre. Si los dioses me concedieran un deseo sería que dejaras libre a ese muchachito. Que Eneas dejara de conducir hombres y fundar ciudades. Que nadara en el Tíber, y arrojara el disco, y nunca envejeciera, para que yo pudiera ser su hermano.

—Y mi deseo sería poder construir mi ciudad, mi segunda Troya, pero sólo si Ascanio consagra su suelo.

—Ese deseo lo conseguirás.

—Habla en voz baja, Fénix. Algunos dioses tienen celos. Hera o Poseidón podrían oírte.

—No importa. No pueden hacerte daño. ¿Acaso no es Afrodita tu madre? ¿Y qué harás después de construir tu ciudad?

—Entregarte el trono y retirarme a escribir una epopeya.

—¿Acerca de tus aventuras?

—Acerca de Héctor. Él era el más grande, sabes. Aquiles era más poderoso en la lucha, pero Héctor sabía amar.

—¿Siempre quisiste ser un poeta, verdad? Pero los dioses te condujeron a vivir una epopeya, no a escribirla.

—Todavía hay tiempo, espero. —Y luego agregó, sin cambiar de tono—: He oído un ruido en el bosque, Fénix. Cuando te dé la señal, salta a buscar tu arco... ¡Ya!

Ágiles como el ave cuyo nombre llevaba Ascanio, los dos hombres estuvieron inmediatamente de pie y armados, aún desnudos y resplandecientes por el agua del Tíber. Miraron hacia el bosque, listos para disparar sus dardos a alguna fiera o para huir si se trataba de hombres con armaduras. Una muchacha, ¿o era una diosa?, estaba de pie en la linde del bosque, y les contemplaba con incertidumbre, pero sin miedo. Había en ella

algo insustancial, como si la Gran Madre la hubiera conjurado de la niebla y la luz del sol.

Hablaba la lengua latina que Eneas y Ascanio habían aprendido en Cartago, a veces visitada por mercaderes de las costas de Italia.

—Sois sin duda hombres de Eneas. —Su voz no disipaba la ilusión de irrealdad: era como el canto del ruiseñor, aunque sin su dolorosa tristeza.

—¿Es tu madre? —susurró Ascanio.

—No, sólo es una muchacha. Afrodita no tiene edad. Pero ella podría ser Hebe o Iris.

—Sí, somos sus hombres —respondió Ascanio en voz alta—. Nuestros nombres son Fénix y... Alción. Eneas está en las naves.

—Cuando te vi —le dijo ella a Eneas— pensé que podías ser el mismo Eneas. Estabas de espaldas, en el río, y sólo vi tu cabello plateado, que parecía hablar de años y trabajos. Pero apenas vi tu cara, comprendí que tu compañero es tu hermano. Fénix y Alción. El pájaro de la vida y el pájaro de la paz.

—¿Por qué buscas a Eneas? —preguntó Ascanio. No confiaba en la muchacha. Seguramente no era una Amazona, como Camila, la reina de los volscos, que había jurado matar a Eneas a causa de su alianza con Cartago. Pero había mujeres capaces de conquistar con su astucia, y no con sus armas. Había existido, por ejemplo, una mujer llamada Elena.

—Para saludarle —respondió ella. Y rápidamente (demasiado rápidamente, pensó Ascanio), agregó—: Nunca vi antes hombres desnudos. Los volscos llevan túnicas o armaduras. Y aunque no las llevaran, no habría gran cosa que ver. Son sus mujeres quienes gobiernan. Por supuesto, he visto faunos, pero ellos son más macho cabrío que hombre. Siempre me dijeron que los hombres eran igualmente repulsivos, con duras cerdas en el rostro y sucios de pies a cabeza... Pero vosotros sois hermosos... ¿Se puede decir eso de un hombre? Mucho más que las mujeres. Quiero decir, me gustan los músculos duros y la piel bronceada. —Señaló sus pechos—. Supongo que podríais decir que soy contrahecha: mi cuerpo se hincha donde el vuestro es liso.

Ascanio rió.

—Eso depende del punto de vista que se tenga.

Ella se acercó.

—¿No tienes miedo de nosotros? —preguntó Ascanio.

—¿Por qué debería tenerlo?

—Somos guerreros. Y tú eres una mujer, sin protección.

—¿Necesito tu protección?

—De mí mismo.

Estaba profundamente conmovido por el milagro de esa joven femineidad, aunque continuaba desconfiado. Como muchos guerreros, algunas veces se había llevado una mujer después de capturar una ciudad, y eran muchas las ciudades tomadas por Eneas y sus troyanos exiliados. No había placer comparable a una mujer que demostraba su resistencia y sabía cuándo ceder. Ascanio había perdido la cuenta de las mujeres que había poseído después de su primera conquista a la edad más bien excesiva de quince años. Algunas habían protestado, otras se mostraban deseosas desde el comienzo, pero todas terminaban por sentirse felices. En las ciudades de la Hélade, en Tirinto, Micenas, Atenas, incluso en Troya y Dardania, más refinadas, una violación era con frecuencia tanto un cumplido como una afrenta, y sólo constituía un crimen si se cometía en un templo, como cuando Ajax acometió a Casandra. El mismo Zeus había dado abundantemente el ejemplo.

—¿Quieres decir que podrías matarme?

—Oh, no. ¡Qué derroche!

—Entonces, que podrías besarme o, ¿cómo se dice? ¿Despojarme?

—No despojarte, sino hacer de ti mi despojo.

—Me parece más o menos lo mismo. Ya me han besado una vez, y si lo que sigue es aún más enérgico, bueno, seguramente me quedaría hecha un despojo.

—Eso depende del despojador. Yo sería muy cuidadoso.

Serenamente, ella se quitó del pelo un alfiler de cobre. Era muy agudo, y su empuñadura tenía la forma de una abeja. Una diminuta espada.

—Podría herir a uno y correr más rápido que el otro. Desafío a cualquier troyano a correr.

—No necesitarás usar contra nosotros tu pequeña arma —dijo Eneas—: Vuélvete y nos vestiremos.

—Jamás le vuelvo la espalda a un extraño —repuso ella—. Eso es siempre grosero o peligroso. Además, ya he visto todo lo que hay que ver, ¿no es cierto? Cuando estéis vestidos, ¿no podríamos conversar un rato?

Se sentó en una roca cubierta de musgo y les sonrió a ambos, aunque quizá algo más a Eneas. El pelo verde con bellos mechones dorados, las orejitas puntiagudas, la mínima estatura..., ¿qué podía ser sino una dríada? Después de abandonar, siglos atrás, la costa oriental del Gran Mar Verde y de salir de Creta, la isla en forma de nave, aquí parecían florecer, si no reinar.

—¿Es amistoso ese animal? Sus ojos tienen un brillo de inteligencia. No conozco apenas a los delfines. Ellos pocas veces remontan el Tíber y yo pocas veces voy al mar. Está demasiado lejos de mi encina.

—Generalmente es inofensivo —contestó Ascanio—, excepto para aquellos que podrían hacernos daño a mi... hermano y a mí.

Aún no le tenía confianza, y menos todavía porque la emoción que sentía era nueva para él y se componía de algo que era más que deseo, aunque la deseaba fervorosamente. De una manera o de otra, sentía que ella constituía una amenaza.

—Yo también tengo un amigo. ¿Lo ves? —Señaló la abeja que revoloteaba perezosamente a su alrededor—. Lo llamo Bonus Eventus porque me trae buena fortuna. Por supuesto, es un zángano y no tiene aguijón. Y me trae mensajes. Pero ahora, háblame de tu jefe. Hemos oído hablar de él, si bien a veces los cuentos cambian al ser contados. Nos han dicho que ayudó a traicionar su ciudad, que cayó entonces en manos de los helenos, y que abandonó a su esposa entre las llamas.

La voz de Ascanio se tornó de bronce.

—No has oído sino mentiras. La historia de la traición ha sido inventada por los envidiosos de sus hazañas. Eneas es un gran héroe, y fue siempre devoto amante de Creusa. Sólo la dejó para llevar a su hijito y a su padre, inválido, hasta las naves troyanas, en la playa. Retornó a buscarla, y no la halló. Creusa era una dulce y radiante señora, y él jamás cesará de llorarla.

La dríada le miró con sus ojos tan verdes como espigas nuevas.

—Pienso que me dices la verdad según tú la conoces. Pero debías ser un niño entonces, Fénix. —A él le resultaba halagüeño y a la vez desconcertante que le llamara con el nombre que sólo su padre usaba, cuando hacía tan poco que le conocía—. ¿Cómo puedes saber lo que verdaderamente ocurrió?

—Créeme que lo sé.

—¿Y a Dido? ¿No la traicionó?

—Obedeció la orden de los dioses y partió de Cartago para reconstruir Troya. Le pidió a Dido que le acompañara y ella se negó.

—¿Y entonces ella se mató de amor por él?

—Sólo de orgullo herido y compasión por sí misma. —Ascanio nunca había querido a la reina de Cartago. Sus sombrías furias, su risa febril, incluso su densa hermosura le repugnaban. Le hacía pensar en una pantera negra.

—No —dijo suavemente Eneas—. Creo que ella le amaba de verdad. Pero no podía abandonar a su pueblo, y cuando él partió, tampoco pudo quedarse con ellos. Era una mujer llena de amargura y había sufrido demasiadas pérdidas. En cuanto a Eneas, la amó casi tanto como a Creusa y a su hijo. Todavía la lamenta y ruega porque su sombra errante haya encontrado la paz.

Ella movió la cabeza con asombro. Un rizo escapó de su pelo recogido y se deslizó sobre su oreja. Eneas hubiese querido ponérselo en su sitio. Le gustaban esas orejas puntiagudas: el extremo parecía tan suave como la piel del antílope.

—Todo parece tan distinto contado así... No es ésa la forma en que me lo habían dicho. Debo verle por mí misma. Si es verdaderamente un hombre amable, entonces ¿por qué...?

—Es el hombre más dulce que jamás he conocido —dijo Ascanio con ardor.

—Tú le amas porque es tu jefe, como yo amo a Volumna, mi reina. Aunque erraran, quizá no podríamos ver sus defectos. Gracias a ambos, Fénix y Alción. Ahora debo irme.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ascanio.

—Melonia.

—La Señora de las Abejas —dijo Eneas—. ¿Te alimentas de miel?

—Sí —rió ella— y tengo un aguijón. Pero no para ti ni para tu hermano. Especialmente no para ti. Eres muy silencioso, pero creo que me gustan tus pensamientos.

Luego se marchó, con Bonus Eventus.

—Es demasiado bonita para ser tan confiada —dijo Ascanio («o para fiarse de ella»), murmuró en voz muy baja—. Podríamos habernos apoderado de ella, a pesar de su arma.

Eneas la seguía con la mirada.

—Te has mostrado muy silencioso con Melonia, padre. Ahora tampoco hablas conmigo. ¿Qué piensas?

—Que de alguna manera se parece algo a tu madre.

—Ves la cara de mi madre en cada mujer hermosa. Yo he visto, en cambio, a la muchacha más bonita, y la que más me gustaría llevarme a la cama, de este lado del Olimpo.

—Fénix, nada malo debe ocurrirle a esta muchacha.

—No pensaba en nada malo, padre. ¿No crees que a las mujeres les gusta que las lleven a la cama? ¿Acaso ignoras que todas las mujeres de nuestras naves querrían acostarse contigo? Y yo, ¿soy tan rudo y feo?

Eneas le abrazó con una risa cordial. Era bueno oír su risa, que resonaba en su pecho, profunda, viril, y al mismo tiempo infantil... Brotaba espontáneamente de un lugar secreto que no había sido tocado por el dolor, donde la magia era cotidiana y los dioses caminaban junto a los hombres en vez de luchar con ellos.

—¿Feo? Hasta Dido tenía ojos para ti, que no pasabas de los quince años... ¿Por qué te imaginas que te llamo Fénix?

—Porque soy rubio. —La mayoría de los dardanesios eran morenos, pero el cabello de Eneas era dorado antes de tornarse plateado la noche de la caída de Troya, y Fénix había heredado la misma hermosa tonalidad. El cabello de oro de Afrodita, decía la gente.

—Y también porque tu fuego ha quemado a tantas mujeres.

—En ese sentido, debo hacer lo que no hace mi padre, que es el primero en la batalla y el último en la cama, y que sólo se ha acostado con dos

mujeres en su vida, y ambas sus esposas. ¡Pero si es un verdadero escándalo!

—Te cedo esa tarea. Pero no a Melonia. Estoy seguro de que es virgen, y acostarse con ella sería una violación.

—Ya no quedan vírgenes mayores de quince años, salvo las mujeres que nadie pretende, como Casandra. Pobre ser chillón, ningún hombre logró aguantar tanto llanto... Si se hubiese interrumpido, quizá habría encontrado un amante... Ajax sólo consiguió violarla porque la sorprendió entre los sollozos, mientras le rezaba a Atenea.

—Igualmente, no debes tocar a Melonia. —Su voz era calma, pero ésta era una de las raras ocasiones en que le hablaba como un padre y no como un amigo.

—Está bien, padre.

—A menos —agregó pensativamente Eneas— que te cases con ella. Hay en las naves diecisiete mujeres, y la más joven es bastante mayor de treinta... Si alguna vez te casas, convendría que fuera con una nativa de estas tierras. Y Melonia te ha conmovido, ¿no es verdad? Quiero decir que te ha inspirado algo más que deseo. Lo vi en tus ojos.

Ascanio respondió, asombrado ante su propia intensidad:

—Sí, así es... Un hombre no se cansaría de ella en una noche... ni siquiera en un mes.

—O quizá en una vida —agregó suavemente Eneas.

—Padre... ¿Por qué no te casas *tú* con ella? También yo he visto tus ojos.

—Ya he matado a dos mujeres por casarme con ellas.

—¿Qué quieres decir, por el Hades? Fueron los helenos quienes mataron a mi madre, y Dido se suicidó.

—Por mi causa.

—Oh, padre, a veces ese chiquillo que llevas adentro es tan estúpido que me gustaría darle de azotes. Volvamos a casa.

Eneas se arrodilló en la costa. Hablando lentamente y gesticulando, le pidió a Delfo que les siguiera por el río. El delfín respondió con lo que a Ascanio le pareció un repiqueteo de astrágalos sobre un piso de baldosas.

—¿Qué te dijo? —preguntó Ascanio, que jamás se había preocupado por aprender delfinés.

—Que llegará a las naves antes que nosotros.

Con los brazos unidos y los arcos a la espalda, echaron a andar.

—A nuestros hombres les agradecería algo de carne fresca —dijo Eneas—. El pan que traemos está enmohecido, el queso merecería el desprecio de las ratas, y otra torta de harina me revolvería el estómago... ¿Pero dónde está la caza?

—La hemos asustado con nuestras voces.

—¡Silencio, entonces!

Pero no fue largo. En una glorieta de laureles, detrás del aromático follaje y las flores verdeamarillas, unos cascos se movieron entre los helechos. Ascanio disparó un dardo al mismo tiempo que Eneas intentaba detenerle.

—Padre, he visto un ciervo... ¿Por qué tratabas de evitarlo?

—No me pareció que fuera un ciervo.

Se abrieron paso entre las ramas y encontraron a su presa tendida sobre las violetas. No usaba ropas, y sus cuatro patas y los flancos sedosos, vistos de lejos y a través de las hojas, podrían haber sido los de un ciervo. Pero el pecho y los brazos eran los de un joven, y su cara parecía hecha para sonreír. Ascanio y Eneas se arrodillaron a su lado. En el bolso de piel de león que pendía de su cuello, había un peine de caparazón de tortuga y un pequeño pote de alabastro con un líquido resinoso de dulce perfume. Estaba muerto, naturalmente. Ascanio no erraba jamás. Eneas le había enseñado, y sus dardos llevaban las plumas de las arpías. Y ya se oía algo que zumbaba junto al cuerpo. Eneas alejó al insecto con la mano. Era una abeja, no una mosca, y se desvaneció en el bosque.

—Padre... He hecho una cosa terrible. Yo, creí..., creí...

—Lo sé, Fénix. Nunca habías visto antes un centauro. Y yo debí contenerme a tiempo. Ambos tenemos la culpa: hemos asesinado en lugar de cazar.

## TRES

Mientras ella caminaba hacia su árbol, abstraída, cogió sin darse cuenta un narciso y le arrancó los pétalos, ignorando la sensación de dolor del tallo quebrado. Se decía: «Tengo diecisiete años. Ya es hora de que visite el Árbol Sagrado y de que tenga un hijo. Le pediré permiso a Volumna.»

La mayoría de sus amigas ya habían estado en el Árbol, pero ella había preferido esperar hasta ahora. En verdad, había ignorado la advertencia de Volumna, cuando afirmó que la tribu necesitaba más niñas para educar, y menos niños varones para abandonar. («Estamos disminuyendo en cantidad... Un buen día, hasta podríamos estar obligadas a tomar maridos, como hacen nuestras indecorosas hermanas del norte... ¡Y antes de eso, ojalá sea víctima de un rayo!»)

Melonia había hablado con algunas de sus amigas. No, no podían recordar qué les había ocurrido en el Árbol. Después de entrar por la puerta de la encina y de acostarse sobre las frescas hojas, se durmieron y soñaron. ¿Qué clase de sueños? Oscuros y turbadores. El maligno dios enano, Silvano, se aproximaba a ellas... Una pesadilla horrible de recordar. En otros casos, la experiencia era turbadora, pero decididamente nada oscura. «Un dolor dorado»: ésta era la frase con que Segeta había descrito la primera visita del dios. «Y cuando me encontré embarazada, el dolor fue olvidado y ese oro me envolvió como las hojas de otoño.»

Con todo, Melonia había aguantado. Le encantaba salir con sus amigas; juntas habían recogido setas en el bosque. Y sola, había cuidado su huerto, y tejido, y leído los papiros de su arcón. Si no era tan feliz como en su infancia, tampoco pedía otra felicidad. Estaba satisfecha con las tareas de cada hora; triste, pero no angustiada cuando recordaba el tiempo en que su madre compartía su árbol; decidida a no pensar en el futuro. Lo que tenía era suficiente.

Pero ya no lo era. Este cambio de actitud la turbaba. En general le gustaban los interrogantes misteriosos. ¿La mayoría de los hombres eran malos, o meramente rudos e Ignorantes? ¿Por qué Rumina se había casado con el dios Rumino y luego prohibía a sus hijas mortales que se casaran, tanto con humanos como con los moradores del Bosque Errante? Le gustaban los interrogantes, pero no en ella misma. La enfurecía experimentar sentimientos

inexplicables, o realizar acciones extrañas en ella. Acababa de matar a un narciso. Distintos de las rosas, que se estremecían apenas se olía su aroma, los narcisos no eran flores particularmente sensibles. Igualmente, ella había sentido su pequeño dolor sin remordimientos. Ayer habría dejado la flor en su tallo. Ahora acababa de decidir su visita al Árbol Sagrado. Ayer no sentía urgencia por arriesgarse a los sueños turbadores ni por dar a luz un niño que podía ser varón.

Quizá el cambio tenía algo que ver con los extranjeros, con Fénix y Alción. «Seguramente tiene que ver con ellos —concluyó Melonia—, porque son hombres, y me gustaron, y ahora no será para mí un horror dar a luz un hijo varón. Le preguntaré a Volumna si puedo educarlo en mi árbol y espero que sea y se comporte como Alción. Las dríadas del norte no abandonan a sus hijos. ¿Por qué debo hacerlo yo? Hablaré con Volumna.»

Le habían placido ambos extranjeros. Fénix le recordaba a Bounder, bastante hermoso para ser admirado, bastante terreno para que fuese posible fastidiarle. Sí, terreno. Esa era la palabra; y ella estaba en paz con las cosas de la tierra. Bounder la había mirado intensamente, y le había pedido un beso; y ella no se había enojado con él. (Los machos de todas las razas parecían tener gran interés en los besos.)

En cuanto al hermano, Alción, no era de ningún modo como Bounder ni como Fénix. El pelo plateado: nieve en las ramas de un árbol. Pero el árbol era verde. Había sentido en él una tristeza mucho mayor que su cara; y también el guiño de un chico. Se sentía atraída hacia él de una forma que no podía comprender. Quería... ¿Qué? Tocarle el pelo. Tocar con sus labios la mejilla de él. Como una hija. Sólo que él no parecía lo bastante viejo para ser su padre. Como una hermana, sólo que él era un nombre y se decía que los hombres eran unos brutos. Pero ella le había encontrado tierno... Sus sentimientos usualmente la bañaban como una fresca lluvia de primavera, o bien le daban calor como el fuego de un hogar, o la quemaban como las ardientes brasas de un brasero volcado, y no le resultaba difícil saber cómo se sentía en ese preciso momento. Ahora, era como si la lluvia y el calor del hogar fueran simultáneos. ¡Por lo menos no la quemaban las brasas!

De pronto, el bosque le pareció hostil. Deseó encontrarse en su árbol. Los

leones eran escasos; era frecuente en cambio toparse con algún truhanesco fauno, pero esto no era un peligro, sino una molestia. Quizá no era el miedo lo que apresuraba sus pasos, sino la soledad del lugar. Encinas, mirtos, olmos. Espesuras de espinos, claros de hierba. Sentía las emanaciones de las plantas como ráfagas de un aire helado. No le disgustaban, pero tampoco la acompañaban, al menos en esta parte del bosque. Olía las volutas de humo de las hogueras de los centauros, pero su pueblo estaba al norte, muy lejos. Deseó escuchar la canción de una dríada mientras se peinaba, pero estas encinas no estaban habitadas ni invitaban a hacerlo. Deseó encontrar a sus amigos, Bounder y Bonus Eventus. Y deseó, más que todo, encontrarse en el Árbol Sagrado.

Por fin, allí, algo apartado de los demás árboles, pero siempre dentro del pueblo de las dríadas, rodeado por la hierba y las margaritas, y detrás del huerto de lentejas y lechugas, vio el árbol que era su hogar. Ella lo llamaba «Ruisseñor», por el ave que prefería, el sencillo pajarito pardo que abría el pico y cantaba más melódicamente que la lira. El árbol era tan viejo como el bosque, y su circunferencia era tan grande como una cabaña. Su madre y su abuela, ¿y cuántas otras antecesoras?, habían vivido en el mismo árbol. Desde que Saturno reinaba en la comarca y las mujeres se casaban con los hombres en lugar de luchar contra ellos, desde antes que llegaran los leones y las guerras. Ella viviría allí mientras él viviera, salvo que la hiriera el rayo como a su madre, o que la matara un león, o una Striga sedienta de sangre, o como Volumna solía advertir, un macho humano. Si moría, el árbol continuaría floreciendo mientras fuese habitado —y amado— por un miembro de su familia. Si el árbol moría, ella misma moriría.

Abrió la puerta de madera, teñida con el rojo de la cochinilla, y penetró en el tronco. No era hueco, como los extranjeros creían a veces. Estaba vivo, y para vivir era necesario que conservara madera suficiente para permitir que la savia fluyera de las raíces a las ramas. Pero era tan grande que su primera antepasada había labrado una escalera de acceso que llegaba hasta las ramas. Los grandes árboles eran fuertes. No sentían esas heridas y, si las sentían, las aceptaban alegres de dejar lugar para que los habitaran la vida y los hijos (como, quizá, las dríadas que habían yacido en la Encina Sagrada).

En el interior había una lámpara de aceite siempre encendida que iluminaba los escalones hasta la cabaña instalada sobre las ramas como una gran colmena. Era redonda, hecha de ramas de sauce dobladas en la parte superior, y tenía una docena de ventanas redondas que podían ser cerradas con pergamino en el invierno, para el Sueño Blanco, pero se abrían en primavera para permitir la entrada de las brisas perfumadas y el quejido de la hierba mientras se abría paso a través del suelo hasta que lograba abrir sus hojas al sol. En la única habitación, fragante a bergamota y muguet y otras flores que podían arrancarse sin que sufrieran, había una cama, hecha con una piel de león estirada en un bastidor de madera. Había también un telar y una caja de plata martillada para guardar las gemas —topacios, porfirios, ágatas— que encontraba en los cauces secos o entre las raíces de los árboles, y que cambiaba por los cereales y las hortalizas cultivadas por los centauros. Y tres mesas, hechas con el tronco muerto de un olmo, de pie fino y parte superior bulbosa, como grandes setas; una para comer, otra para disponer los textiles multicolores que tejía para hacer sus túnicas y sus mantos, y otra destinada a sostener un recipiente, semejante a un lirio, donde crecía una margarita. Y finalmente un arcón con hendiduras redondeadas para guardar sus amados papiros —helénicos, latinos, egipcios—, puesto que los centauros errantes, esos incansables lingüistas, habían traído esas lenguas, y rollos escritos en ellas, desde los confines del mundo. Melonia había comprendido a los hermanos cuando hablaban dardanesio, uno de los dialectos helénicos, y cuando Alción le había dicho a Fénix: «He oído un ruido en el bosque.» (Ella había estado a punto de responder: «Será mejor que hables en asirio si no quieres que te entiendan.») Ella misma experimentaba limitaciones en cuanto a los viajes. A un día de marcha de su árbol, palidecería y se sentiría sofocada. A los cinco días, podía, quizá, morir. Pero viajaba por medio de sus manuscritos. Conocía la caída de Troya por el testimonio directo de un escriba heleno; poseía una copia del Libro de los Muertos de los egipcios; y su propio pueblo era famoso por sus poemas acerca del invierno y la muerte del follaje y el dolor de dar a luz un varón y no una niña, y también por el plan correspondiente al despertar del Sueño Blanco y a la felicidad de correr con los pies descalzos sobre la hierba nueva para saludar a los amigos...

Pero esa tarde no se sentía con ánimos para leer poemas ni historias ni papiros de ninguna clase.

Se tendió sobre la cama y se sintió como rodando sobre hojas entibiadas por el sol y empezó a soñar despierta. Aéreos carillones de cristal de roca repicaban, suspendidos de las ramas que rodeaban su casa, y conducían su espíritu hacia el corazón del Árbol Sagrado, enigmático y borroso, pero ya no amenazante. Alguien esperaba detrás de la puerta. ¿Una dríada? Un hombre. Alción. Su rostro era dulce y triste, y se movía hacia la puerta. No, quería gritar ella. ¡Es prohibido para los hombres! Incluso para las otras dríadas, cuando una «se acuesta para el dios». Quería llorar. «Arriésgate, ven a mí en el Árbol, con tus ojos tan azules como una pluma de alción, en lugar del dios cuya cara jamás he visto...»

Ah, esos dulces sueños impíos podían venir sin ser llamados por la noche, pero no tenía por qué soportarlos durante el día. Se puso de pie y miró por una de sus ventanas, y aspiró el aire purificado por las hojas, y sintió las benéficas emanaciones del árbol de su madre. ¿Había sido un presentimiento? A veces, las dríadas eran benditas o malditas con anticipaciones del futuro. ¡Imposible! Una fantasía vagabunda, que no debía ser atendida. Buscaría un poco de queso y vino en la despensa, entre las raíces, y haría algunas tortas de grosella a Bounder en el pequeño horno y...

Una abeja zumbaba en una de las ventanas.

—¡Bonus Eventus! —exclamó, inexplicablemente feliz de tener compañía, aunque pequeña.

Para los faunos y los centauros, para cualquier ojo no adiestrado, las abejas eran solamente pequeñas o grandes, avispas o abejorros; Bonus Eventus era una abeja melífera, delgada para un zángano, casi tanto como una obrera, casi sin pelos y con grandes alas transparentes que constituían su especial orgullo. Siempre olía a néctar, y cuando se posaba en su pecho, sentía un suave ronroneo de satisfacción. ¿Vanidoso? Naturalmente: estaba seguro de que la reina elegiría sus favores en el próximo vuelo nupcial. ¿Indolente? Naturalmente. Se dormía sobre las flores, en lugar de recoger el néctar para producir miel. Pero era leal, y ella le amaba como a un verdadero amigo, así como Alción amaba a su delfín, Delfo, y temía que esa pequeña

vida, iniciada aquella misma primavera, concluyera con el otoño.

—Llegas justo a tiempo. Bajaba a buscar un poco de miel. —Como era un zángano, a veces las intolerantes obreras le negaban la cena—. ¿Crees que soy bonita? Bounder me dijo que lo soy.

Pero vio en seguida que no había venido a buscar miel a cambio de cumplidos. No describía alegres arcos de placer o gratitud, sino un anguloso diseño de pirámides.

—Ven. Cuidado. Peligro.

Ella llevó la mano a sus cabellos y, junto a los adornos inofensivos —la mariposa de malaquita y la libélula de porfirio— sintió la diminuta espada de su mortífero alfiler. Estaba emponzoñado con el veneno de una gran araña peluda llamada la Saltadora, que tenía ojos verdes y agudas mandíbulas, y era más peligrosa que las Strigas.

—¿Leones?

Una rápida espiral descendente: «No».

Luego se alejó de la ventana. Fuera cual fuera el peligro, ella debía seguirle.

Bounder parecía dormido al sol. Había aprendido algunas de las indolentes costumbres de Bonus Eventus y le gustaba una siesta a la tarde. No mostraba signos de violencia. La hierba no olía a lobo ni a león, ni estaba húmeda de sangre. Pero cuando se arrodilló, vio que los ojos estaban cerrados y más apretados que en el sueño, y que sus labios estaban torcidos por el dolor y que tenía profundamente clavado en el corazón un revelador dardo con plumas de arpía.

No sabía cuál de los hermanos lo había matado, pero le parecían igualmente culpables. ¿Acaso no cazaban juntos? Poco importaba cuál había alzado el arco.

Bonus Eventus se posó en su mejilla, leve como una lágrima.

Su madre había muerto bajo el rayo, y ella se había pasado diez días seguidos sentada ante el telar, cantando el viejo lamento: «Sólo la noche cura». Cada año, antes del reposo del Sueño Blanco, lloraba por las hojas caídas y las flores marchitas; pero esto era parte del orden natural de las cosas, la manera del mundo, el plan divino de Rumina para el bosque. En

cambio, la muerte de Bounder era una invasión, un crimen. Volumna le había dicho la verdad acerca de los hombres, y en particular de los hombres de Eneas. ¿Y Eneas mismo? Debía de ser sin duda viejo, lleno de heridas, y tantos crímenes sobre su cabeza como espigas en un collar.

La ira le rodeó la garganta como una rama cubierta de escarcha.

Besó en la boca a Bounder.

—Es mi penúltimo don —dijo—. Y te lo doy muy tarde.

Pero aún quedaba el último.

Sólo debía seguir el Tíber para encontrar las naves troyanas.

Cinco naves sin cabinas. Sólo tenían a manera de techo lonas tendidas sobre las cubiertas. Sus proas eran dragones con quijadas de bronce, j estaban amarradas a los árboles de la costa. Los remos habían sido levantados del agua y colocados en las zonas libres de la cubierta. En cada casco había pintadas en ocre quince lunas, que simbolizaban sus largos años de viaje. Las velas, que habían sido blancas, ahora recogidas, estaban sucias y desgarradas por los vientos. Podría haber sido una flota pirata en lugar de los restos de la formidable armada que custodiaba antaño la entrada al mar Negro y los campos sembrados del Vellochino de Oro, y le habría parecido patética de no conocer la identidad de los marinos. ¿Era Eneas tan cruel como esos dos traicioneros hermanos que mejor podrían llamarse Halcón y Milano?

Se arrodilló y escuchó. Peinó y recogió su pelo, no por vanidad sino para oír mejor en la vecindad del león, o del hombre. Los troyanos habían hecho su campamento en la costa. Se movían entre las tiendas hechas con las velas. Había algunas mujeres entre ellos, pobres seres fatigados vestidos con ropas que colgaban como hojas muertas de color castaño oscuro hasta sus tobillos. ¿Dónde estaban las acampanadas faldas que, según se decía, las troyanas habían tomado de sus antepasadas cretenses? Los hombres, en su mayor parte maduros, barbados y cubiertos de cicatrices, llevaban taparrabos de piel de oveja, excepto dos que custodiaban el campamento en armadura de combate, quienes llevaban nudosas lanzas y parecían demasiado cansados para arrojarlas. También se encontraba allí ese fastidioso fauno, Mischief, que

había llevado a las dríadas el mensaje de la llegada de Eneas. Ahora trataba de hacerse amigo de los troyanos: pifaba y se rascaba el estómago, y les hacía aullar de risa; y también, sin duda, les contaba chismes acerca de las dríadas.

Y también estaban, por supuesto, los dos hermanos, algo apartados de los demás hombres, conversando. Sólo pudo oír algunas de sus palabras, a tanta distancia... Habían matado un centauro... Debían retornar en busca de su cuerpo...

El horror aleteó en ella como un murciélago. Sin duda, atarían sus cascos a un palo y lo traerían al campamento, para asarlo al fuego. Devorarían la carne y mañana los fatigados guerreros, uno barbudo como un jabalí, y otro demasiado joven para tener barba, despertarían satisfechos y volverían a entrar en el bosque en busca de un nuevo festín. Se preguntó cómo Mischief había escapado a la olla: quizá esperaban conservarle como espía.

—¡Eneas! —gritó el guerrero sin barba.

Sus orejas se irguieron al oír el nombre.

Alción-Éneas se volvió hacia el hombre que le llamaba.

—Sí, Euríalo.

—¿Necesitarás ayuda?

Euríalo debía de tener la misma edad que ella, calculó. Debía de ser un niño cuando cayó Troya. Sus mejillas eran tan rosadas como el interior de una concha de tritón. Eran las caras agradables las que escondían la mayor traición. Salió de entre los árboles.

—Eneas —llamó.

Alción-Éneas la miró con sorpresa y con algo que ella habría interpretado como placer si no conociese la maldad de su corazón.

—Melonia. Vienes a visitar nuestro campamento. Esperaba que lo hicieras. Te fuiste antes de que pudiera preguntarte dónde vives.

—Creí que tu nombre era Alción.

—Yo te lo dije —se apresuró a responder Fénix-Ascanio—. Somos nuevos en tus tierras. No quería que mi padre fuese reconocido hasta que supiéramos quién eras. Tiene muchos enemigos.

—Ahora sabes quién soy, y me encomiendo a tu piedad.

El corazón de la dríada latía como un insecto en una telaraña. Las mentiras le dolían mucho. Pero tenía un buen maestro.

Se mantuvo firme mientras Eneas se le aproximaba. Podía correr más rápido que él, y venía sin arco. También podía esquivar fácilmente una lanza arrojada por alguno de los guardias.

—Melonia... Mi hijo y yo hemos cometido un error tremendo. Confundimos un centauro con un ciervo y...

—Fui yo quien le mató —interrumpió Ascanio—. Yo cometí el error, y no mi padre.

—Mi hijo no había visto jamás un centauro. Ni tampoco yo desde la infancia. Con todo, no llegué a tiempo para desviar su dardo. Y ahora íbamos a enterrarlo.

—¿Enterrarlo? ¡Seguramente a desollarlo!

—Iremos juntos —respondió—. Es fácil extraviarse en el bosque. Pero venid los dos solos: no sería respetuoso que vinieran más.

—Pero sus amigos —dijo Ascanio—, ¿no estarán furiosos con nosotros? ¿No querrán atacarnos? —Se volvió hacia su padre—. Creo que deberíamos llevar a Niso y a Euríalo.

—Yo les explicaré lo ocurrido a los demás centauros. Son una raza bondadosa. Comprenderán si se cumplen los ritos adecuados.

Eneas y Ascanio partieron con ella.

¡Qué frialdad y qué astucia! ¡Hasta habían conseguido mostrar en sus rostros una expresión de dolor! O por lo menos, Eneas. Ascanio parecía más preocupado por su seguridad que triste por Bounder. Pero Eneas parecía llorar a un amigo perdido: con esa misma expresión debía de haber mirado a Dido antes de abandonarla.

«Intentarán apoderarse de mí —pensó—. Quizá hasta traten de asesinarme. Pero su fuerza está en el mar y en las naves: el bosque es para ellos un lugar extraño.»

«A mí me ha tocado en suerte matar a Eneas.»

## CUATRO

Melonia trató de adelantarse, pero Ascanio, con una pala al hombro, lo hizo antes. De vez en cuando se volvía a mirar las facciones duras y pálidas, que tan poco antes habían sido frescas y picaras como una flor de loto. Había amado el bosque mientras él y su padre nadaban en el Tíber con Delfo, hablando de ciudades quemadas y ciudades por construir. Y también cuando vieron materializarse a Melonia entre los árboles, una muchacha de pelo verde y orejas puntiagudas más curiosa que Pandora. Había pensado: «Al fin mi padre ha encontrado el lugar donde construir su segunda Troya, cumplir su destino y satisfacer a los dioses. Ahora podrá descansar y ser joven y estar a mi lado. Quizá haya encontrado incluso una esposa que le ayude a olvidar la cara larga de Dido... Hasta Orestes logró finalmente escapar de las Furias.»

Pero tenía dudas. Melonia era algo más que una muchacha. Vivía en una encina, y hablaba de misterios, y escondía tanto como demostraba... ¿Acaso Pandora no había abierto una caja de infortunios?

Y además estaba asustado, lo que era raro en él. No era precaución, sino ese miedo que hiela los huesos. No se sentía particularmente arrepentido por haber matado al centauro. Pensaba que los centauros, mitad caballo, debían tener inteligencia y sentimientos limitados. Había matado hombres en combate, muchos de ellos, deliberadamente. ¿Por qué debía lamentar haber matado a un ser mitad caballo que había confundido con un ciervo? Pero en cambio sentía la pena de su padre con una intensidad casi física. La bendición de Ascanio, y también su maldición, consistía en amar a Eneas más que a cualquier otro hombre, mujer o dios. Él mismo era un guerrero, ni más ni menos. Le gustaba combatir. No era un asesino, pero tampoco temía matar; hasta le gustaba esa vida errante y pensaba que más estaba hecho para ser un pirata que para morar pacíficamente en una ciudad. Por cierto, jamás había sufrido por las ciudades a las que había arrimado una tea. Pero esas implacables señoras, las parcas, habían tejido su destino entremezclado con el de Eneas. Bastaba cortar una hebra para que ambos hombres padecieran el mismo infortunio. Podrían haber sido Cástor y Pólux, dos hermanos, en lugar

de padre e hijo. Si Eneas se lo hubiese pedido, habría sido capaz —con la ayuda de algunos miles de esclavos— de construir una de esas horrendas pirámides egipcias.

Pero a una cosa no estaba dispuesto: a permitir que Eneas se pusiera en peligro por una desconcertante muchacha que vivía en un árbol y que, a pesar de sus aires virginales, probablemente se revolcaba en la hierba con cualquier centauro que le dirigiera un relincho. No había podido proteger a su padre de Dido, esa astuta reina de ojos de alquitrán ardiente y voz de pájaro tropical sorprendido por un león. Era entonces demasiado joven. La suave y firme autoridad de Eneas había conducido a los exiliados de Troya a través de pruebas aún más peligrosas que las padecidas por Ulises; pero no eran, ay, como las de Ulises sus defensas contra cualquier mujer que fuese o pareciese desvalida... Las de Eneas eran tan eficaces como arrojar espigas contra las amazonas. Pero Ascanio era ahora cinco años más mundano que cuando estaba en lo que solía llamar «la madriguera de Dido». Algo sabía acerca de las mujeres: para qué eran buenas (aparte de su madre, poco más que para alegrar la vista y la cama); cuándo cuidarse de ellas (casi todo el tiempo, y en particular cuando lloraban, sonreían o evitaban mirarte).

El silencio del bosque se tornaba intolerable. Ascanio era casi indiferente a las flores. Vagamente advertía la abundancia de las margaritas en los claros, pero no hubiese sabido nombrar las altas flores púrpura que crecían entre ellas, sobre largos tallos espinosos. Pero sí podía percibir instantáneamente los ruidos, las huellas, los signos de peligro. No había otro ruido que el de los pies sobre la hierba, los de Melonia, descalzos, los suyos y los de su padre con sandalias de cuero de antílope egipcio. Esto era en sí una señal ominosa. Mientras remontaban el Tíber se sentía relativamente seguro; pero cuando abandonaron su curso y penetraron entre los robles cubiertos de musgo como un barco hundido de madreporas, sus músculos se endurecieron, su visión se intensificó y miró a Melonia como un cormorán mira a un pez. Sospechaba, sin embargo, que ella era el cormorán y ellos los peces (aunque quizá, aquí, en el bosque, valdría más hablar de un águila y unas liebres).

—Padre —dijo—. ¿Te das cuenta de que estamos a dos millas de las naves? ¿No deberíamos dejar que Melonia y sus amigos entierren al

centauro?

La muchacha tenía el pelo descuidado y caído sobre sus orejas; se había desgarrado la túnica en varios lugares provocativos (tenía un pecho casi descubierto). Ascanio pensaba que arteramente se había transformado en una dríada de luto.

—No es lejos —respondió rápidamente Melonia—. Justamente detrás de aquellos olmos.

—¿Cómo entierran los centauros a sus muertos? —preguntó Eneas. Su voz era grave, y se advertía tanta ternura en sus ojos que Ascanio habría querido sacudir a esa condenada muchacha por explotar la simpatía de su padre...

—¿Dónde, sino en la tierra?

(Y también por su impertinencia.)

—Quiero decir, ¿elevan una pira funeraria y queman el cuerpo?

—No. Cavan un hueco y lo cubren de hierba. Luego extienden el cuerpo como si durmiera, y colocan a su lado algunas cosas que pudieran ser útiles en su viaje al mundo inferior.

—¿Qué plegarias rezan?

—Las inventan en el momento. Son poetas naturales y sus palabras brotan fácilmente.

El cuerpo de Bounder no había sido movido. Excepto por la expresión de dolor, tenía el aspecto desconcertado de alguien que se ha dormido al sol. Eneas se arrodilló a su lado y alisó los pliegues de dolor que rodeaban su boca y sus ojos.

—Era sólo un muchacho... ¿Cómo se llamaba, Melonia?

—Bounder.

—¿Cómo descubriste su cuerpo?

—Bonus Eventus me condujo hasta aquí.

—¿Creía Bounder en el Elíseo?

—No conozco esa palabra. Él hablaba de una pradera y un bosquecillo de encinas donde no existía el Sueño Blanco y donde las dríadas se casaban con los centauros. Me dijo una vez que le gustaría casarse conmigo, y yo pensé que bromeaba.

—Tu pueblo ¿nunca se casa con los centauros? Parecen una raza noble.

(¡Noble! Los caballos tenían cierta nobleza, como los que llevan el carro de un guerrero... como Xanto, el corcel de Aquiles... Pero ¿quién querría casarse con ellos?)

—Nunca.

—Lo siento. Pienso que debe de haberte amado.

—Una vez me besó. No sé por qué. Parecía complacerle.

—¿Tú le amabas?

—Si le amaba... Me daba deseos de correr por la hierba y de nadar en el río. Me hacía pensar en comienzos... Una vez le acompañé a ver a su hermano recién nacido. Trataba de ponerse en pie sobre sus patas finas, y me alegré cuando logró hacerlo. Le di tortas de miel... Y quise tener un hijo mío, aunque fuera un varoncito con cuernos. Eso es todo lo que sé. Y a veces me enojaba con él, pero no por mucho tiempo.

—Y si las dríadas no se casan con los centauros, ¿quiénes son los padres de sus hijos? Jamás oí hablar de dríadas macho.

—Vamos a nuestro Árbol Sagrado y esperamos allí la visita de Rumino, nuestro dios... Pero, por favor, no quiero hablar ahora de esas cosas. —Les condujo a través de la pradera hasta un lugar donde sólo se veía arena y piedrecillas—. Este es el mejor lugar para cavar tu tumba. Hay flores alrededor, pero no en el centro, donde cayó una vez un rayo... No mataremos nada, excepto un poco de hierba.

Melonia se apartó mientras ellos comenzaban la tarea. Les miraba con una mezcla de expectativa perplejidad. ¿Había esperado que desollaran al centauro y se hicieran una alfombra con su piel? También Ascanio la miraba, disimuladamente, pero con la intensidad de quien nunca ha vivido tiempos de paz, ni navegado sin la amenaza de una tempestad. El alfiler brillaba entre su cabello despeinado. Ascanio le miró las manos.

Cubrieron la tumba con hierba fragante y depositaron el cuerpo con manos cuidadosas.

—Ponedle encima algunas violetas. Son bonitas, pero apenas sienten cuando se les quiebra el tallo. A él le gustaban. Y no le quitéis el bolso. Jamás salía sin su peine y su frasco de perfume.

Eneas se quitó su anillo, una perla negra que había recibido, de su padre, y éste de Afrodita. La quería mucho: era grande como un trozón de carbón, y tenía una tonalidad de humo gris oscuro que refulgía al sol.

—Para pagarle a Caronte —dijo—. En Troya poníamos una moneda bajo la lengua del muerto antes de colocar su cuerpo en la pira funeraria.

—Es un hermoso anillo —dijo Melonia—. Hubiese querido que Bounder lo tuviese puesto cuando vivía... Se preocupaba mucho de su aspecto, y yo solía fastidiarle. «Eres vanidoso», le decía... «Sí, para agradarte», me respondía.

—¿Puedo decir una plegaria?

—Sí.

—Perséfone: tú sabes lo que es ser arrastrada del sol a las tinieblas. Debías tener la misma edad de Bounder cuando Hades te llevó al mundo inferior. Y también te gustan las violetas y los jacintos. Acompaña a Bounder en su primera soledad; muéstrale que también los asfodelos son flores, y hazle una guirnalda.

Melonia no interrumpió, sino que continuó la oración, dándole a la diosa su nombre latino.

—Proserpina, ¿querrás peinarlo? Sus brazos no alcanzan hasta el extremo de sus crines. Adiós, Bounder. Sueña en mí mientras duermes. Te traeré violetas y te besaré en los labios.

—Y si sueñas con Fénix o conmigo —agregó Eneas—, recuérdanos como hombres que por error te hicieron un terrible mal, pero que hubiesen querido ser tus amigos.

Y luego susurró un poema que, como buena parte de sus poesías, agradó y desconcertó a Ascanio:

«La púrpura es distancia,  
y el múrex tirio,  
y el jacinto en la colina.  
La púrpura es solamente distancia:  
Las violetas se marchitan en la mano.»

Se apartó de la tumba y silenciosamente, sin moverse, lloró. Como un niño. Ascanio había visto llorar a su padre cuando Creusa se perdió entre las ruinas de Troya, y cuando salieron de Cartago y Eneas vio el humo de la pira funeraria de Dido, y cuando uno de sus amigos murió en el combate.

Le rodeó con los brazos, como si diera ánimos a un niño.

—No debes llorar por un error que yo cometí.

Eneas le devolvió el abrazo: uno olvidaba lo fuerte que era hasta que sentía sus poderosos brazos. Mientras otros hombres olían a cuero, a bronce, Eneas olía a mar, a espuma, a viento salado. Incluso su pelo de plata estaba lleno de sal. Ascanio sabía que no lloraba solamente por la muerte del centauro; sus penas se acumulaban como la escarcha sobre la cubierta de una nave, y lloraba por la juventud perdida del mundo, por la ciudad dorada herida por el fuego, por los que le habían amado y ahora estaban con Perséfone. En momentos así, sólo se le podía dar calor contra el frío de sus recuerdos.

Por ese breve instante, Ascanio dejó de mirar a Melonia. Cuando lo hizo, vio que ella estaba erguida con el alfiler en la mano. Inmóvil, como el árbol donde decía vivir, como si hubiese nacido de la tierra y no de una dríada madre. Hasta sus brazos levantados parecían congelados en el aire como delicadas ramas.

Se acercó a ella, la rodeó con su propio brazo, nada delicado, y le apretó cruelmente la muñeca, hasta que dejó caer el alfiler. La furia le hirió como un filoso carapacho. Hubiese querido romperle el cuello.

—¿A cuál de nosotros pensabas apuñalar?

—A Eneas primero. Luego a ti, si tenía la oportunidad.

No pidió merced, ni parecía enojada o asustada. Ascanio podría haberla destrozado entre sus manos. ¡Cuan pequeña era! Sus huesos eran tan leves, y su latido tan rápido... El cabello parecía entretejido de hojas y de rayos de sol. Y sin embargo, se había propuesto matarles.

—Pero no lo hiciste —dijo Eneas—. ¿Por qué no, Señora de las Abejas?

—Al principio creí que habíais matado a Bounder como caza para comer. Pero luego te vi cavar la tumba, y coger violetas, y tus ojos eran ventanas a tu alma, y vi un dolor que me acercó a ti.

—¿Y mi hijo?

—Te ama, y entonces es parte de ti. No podría hacerle daño.

—Suéltala, Fénix.

De mala gana Ascanio la dejó en libertad. Se inclinó a recoger el mortal alfiler.

—Yo no habría vacilado en matarte —dijo— si hubiese sabido que pensabas matar a mi padre.

Ella le sonrió.

—Pero eso también hubiese sido una forma de amor, ¿verdad? No puedo enojarme contigo, Fénix. Después de todo somos casi iguales. Ambos dispuestos a matar por los que amamos.

—¿Podemos ser amigos, Melonia? —preguntó Eneas.

Era una de esas invitaciones que nadie rehusaba jamás. Ascanio suspiró mentalmente. Sólo envidiaba a su padre cuando hacía una conquista con una sonrisa y luego rechazaba lo que había conquistado. En cambio, él a pesar de su belleza —y no ignoraba los espejos— debía conquistar con dones y cumplidos.

Ella cogió la mano de Eneas y la apretó contra su propia mejilla. No había coquetería en el gesto. Era tan sencillo y espontáneo como un abrazo de Ascanio a su padre.

—Tienes manos pequeñas para ser un guerrero. Todavía más jóvenes que tu cara. Manos de muchacho —dijo ella—. Bounder no querría que estuvieses triste por más tiempo. Y yo tampoco.

Dejó caer su mano y sacudió violentamente la cabeza. Un rizo temblaba sobre su oreja como un tallito de vid.

—No puedo ser tu amiga aunque quiera.

—¿Qué quieres decir?

—Mi pueblo ha jurado matarte. No deberías estar aquí ahora. Vuelve a tus naves, y no te aventuras sin tus hombres. Y nunca nades en el líber sin Delfo. Y cuídate de las encinas, en particular de aquellas que parecen estar escuchando.

Eneas la cogió del hombro.

—Melonia, ¿no volverás a escaparte?

—Debo hacerlo.

—¿Y cómo volveré a verte?

—Debo hablar con Volumna, pero pienso...

—¿Qué?

—Que no cambiaré de idea. Y luego me dirá que soy una niña tonta y que debo visitar sin demora el Árbol.

—¿Para tener un hijo?

—Sí. Volumna dice que un hijo cura a su madre de las fantasías infantiles. Si es un varón, endurece su espíritu hasta que se convierte en un tronco de árbol. Si es niña, le enseña a sacrificarse, como un arbusto que ofrece sus ramas a los pájaros.

—Pero no entiendo. ¿Dices que un dios te visitará en ese árbol?

—Vendrá en medio del sueño, y más tarde dará a luz un hijo.

—Pero los dioses no aparecen en los sueños cuando desean engendrar un hijo. Ni las diosas cuando quieren ser madres. Afrodita se le apareció a mi padre, pero era totalmente real: jamás él se cansó de contármelo. Tenía el pelo del color del lapislázuli, y su túnica relucía, como si la hubiese tejido una araña. Y tantos detalles me contó, que no podría haberlos soñado...

Ascanio pensó que su padre se mostraba discreto. Esos «detalles» incluían tales artes eróticas que sólo la diosa del amor o quizá alguna cortesana muy sabia y experta podían practicarlas o enseñarlas.

—Si hasta le dio el anillo que acabo de poner en la mano de Bounder...

—Nuestro dios es diferente. Se podría decir que murmura los hijos en nuestros vientres. Pero deja ahora que me vaya. El peligro, para vosotros, es cierto. Los árboles de las dríadas están a cierta distancia, pero Volumna suele venir a esta pradera a coger violetas.

Eneas la dejó en libertad.

—Entonces, vuelve a nuestras naves.

Ya las hojas de las encinas se cerraban tras de Melonia, casi como si hubiese abierto y cerrado una puerta.

Eneas se movió para seguirla. Ascanio le cogió del brazo. ¡Su propio padre, el hijo de una diosa! Se puso delante de él.

—No, padre. ¿No la has oído? ¡Te matarán y la matarán, y yo tendré que

cortar todos los árboles de este bosque maldito por Zeus para encontrar a esa perra a quien llama su reina!

Había fuego en los ojos de Eneas. ¡El sereno Eneas furioso! «Un golpe con su puño podría romperme una quijada —pensó Ascanio—. Pero al menos le impediré perseguir a Melonia. Tendrá que llevarme de regreso al campamento y luego se sentirá demasiado avergonzado para moverse de mi lado hasta que mi curación sea segura.»

—Hay una forma —dijo Ascanio, dispuesto—. Mischief nos hablará del Árbol. Y de Volumna. Y entonces, decidas lo que decidas, te seguiré.

Ascanio sintió que su padre se relajaba.

—Habrías sido capaz de golpearme, Fénix, ¿verdad? Para mantenerme a salvo...

—Por lo menos habría probado. Y también de llevarte a hombros hasta el campamento. Eso, si me hubieses dado tiempo a descargar el primer golpe, lo que dudo. De otro modo tú te hubieras debido ocupar de llevarme a mí. Si quedaba algo que llevar.

—Creo —respondió Eneas— que ésta es la primera vez en la vida que estoy agradecido a alguien por querer derribarme... No, la segunda. ¿Recuerdas la ocasión en que Aquiles casi logra matarme? Hizo volcar mi carro y trató de arrollarme con el suyo...

—Yo no tenía cinco años aún. Pero sí, me acuerdo. ¡Cómo olvidarlo! Toda la ciudad miraba desde las murallas. Mi madre y yo también.

—Yo estaba decidido a desafiarle de nuevo la mañana siguiente, en un carro golpeado y con caballos fatigados. Pero esa noche, tu madre me besó y me dio vino. Me dijo: «Es de una cosecha rara. Y más rara todavía en Troya después de tan largo sitio. Te ayudará a dormir.» Estaba repleto de drogas, y dormí tres días seguidos. Durante ese tiempo, Aquiles recibió un flechazo en el talón.

—Al parecer, he heredado el egoísmo de mi madre. Yo tampoco quiero perderte.

De vuelta en el campamento, encontraron a Mischief divirtiendo a los hombres con una danza y una música tan dulce que debía de haber un ruiseñor prisionero en su flauta. La danza era una curiosa mezcla de saltos y

giros, graciosa a pesar de sus cascos hendidos y su pelambre. Agitaba la sangre; los pies de uno parecían querer moverse por su cuenta, y la carne anhelaba la mujer que nunca se había encontrado, la nereida oculta bajo las olas, la diosa en su nube...

«Las reinas caminan al atardecer.  
¡Escucha!  
Sus sandalias de antílope silencian la hierba.  
¿Acaso Elena, muda, sin guirnaldas,  
olvidará los junquillos de su pelo?  
Las reinas caminan al atardecer...»

También Eneas sintió su magia. La música era un vino para él, y con frecuencia dirigía a los hombres cuando bailaban la Danza de la Grulla, aprendida de los antiguos cretenses.

—Mischief —dijo por fin, sacudiéndose para romper el hechizo—. ¿Quieres venir a mi tienda?

El fauno le arrojó la flauta a Euríalo y siguió a Eneas y Ascanio. Tenía la cabeza ladeada; el pelo de sus flancos de macho cabrío estaba apelmazado y lleno de abrojos; su sonrisa, no exenta de malicia, era perpetua. La música hacía de él un semidiós, pero ahora era un payaso. Ascanio no pensó que fuera tan estúpido como pretendía.

—Mischief —preguntó Eneas—, ¿hay faunesas en la región?

Mischief bajó la cabeza. Olía a sudor y a pescado rancio. (Los faunos solían pescar anguilas en el Tíber con redes de piel de animal.)

—No, mi rey.

Nadie llamaba «rey» a Eneas, aunque sólo la guerra de Troya había impedido que gobernara Dardania desde un trono de yeso. No le gustaba el título. Le hacía recordar a aquella que debía haber sido su reina.

—Pero debéis necesitar mujeres. En mi tierra, tu pueblo, que llamamos sátiros, es famoso por su concupiscencia. ¿O sois como los aqueos, Aquiles y Patroclo, y buscáis el placer los unos con los otros?

—Sólo cuando escasean las mujeres.

—Y cuando no, ¿de dónde vienen?

—Las mujeres de los volscos gobiernan a sus maridos en sus casas. Pero en los bosques, somos nosotros quienes las gobernamos.

Era difícil imaginarse una mujer capaz de entregarse a Mischief. Pero quizá a veces exhala un aroma almizclado e irresistible, pensó Ascanio. Eso y su música, y sus generosas proporciones —envidiable característica de su raza— y el hecho de que las mujeres, en su mayoría, sienten tan urgente deseo de acostarse con los hombres como ellos mismos... era la explicación de su jactancia.

—¿Y quiénes más? Los volscos viven a cierta distancia, creo. Y el rey Latino y su pueblo están aún más lejos...

—¡Las dríadas! Son las mejores. ¡Dulces como un panal!

—Pero Melonia nos dijo que las dríadas jamás toman maridos o amantes.

—Somos nosotros quienes las tomamos.

—¿Las violáis?

—Se podría llamar así. Mientras duermen en su tronco hueco. Está a mitad de camino entre el campamento y las encinas de las dríadas... Sigues el Tíber hasta encontrar un tronco partido por el rayo. Y a un tiro de jabalina desde el río, se encuentra el árbol. Está muerto, por supuesto. Retorcido, nudoso, como una enorme serpiente gris erguida sobre la cola.

—Deben dormir muy profundamente.

Una enorme sonrisa apareció en su cara. Sus dientes eran sorprendentemente pequeños y limpios.

—Así es. Hay bastante tiempo para que tres o cuatro de nosotros visitemos a la misma dríada... Sabes, las embriagan con el zumo de la amapola.

—Y las demás dríadas, ¿no intentan evitarlo?

—Están lejos. Es una de sus costumbres. La dríada que desea tener un hijo viene sola al árbol, entra y cierra la puerta con una gran tranca de roble. Pero hace mucho tiempo, nosotros cavamos un túnel que penetra, a través de las raíces, hasta la cámara donde ella duerme... Está oscuro en el interior. Incluso si despertara no nos vería llegar. Una o dos veces me ocurrió

despertar a la dríada al partir, o después de mostrar excesivo celo...

—Y luego, ellas dan a luz a vuestros hijos y le dan las gracias a Rumino.

—Que murmura en sus vientres... —dijo Ascanio.

—Sí. Y eso les debe gustar aunque estén dormidas. Vuelven una y otra vez. Las dríadas viven tanto tiempo como sus árboles, ya sabes. Con frecuencia tienen hasta veinte hijos. Si es una niña, la conservan, porque las niñas se parecen a sus madres. Tienen las orejas puntiagudas, y eso es todo. Si es un varón, y tiene cola, cascotes y flancos peludos, lo abandonan-porque se parece a nosotros, aunque, por supuesto, ignoran el porqué. Creen en una tonta leyenda: hace mucho tiempo, una de ellas se acostó con un fauno y con eso una maldición cayó sobre su raza. Una maldición que se repite en cada niño varón. Los dejan bajo los árboles para que los devoren los leones. Nosotros los rescatamos y los educamos como nuestros hijos.

—¿Y ninguna tiene nunca sospechas?

—No sé. Volumna no es tonta. Pero si lo sabe, se lo guarda para ella. Mi padre durmió con ella. Y mi abuelo. Y me dijeron que era hermosa. Quizá me esté esperando.

—¿Conoces a una dríada llamada Melonia?

—¿Cómo podría no conocerla? La llamamos la Señora de las Abejas. Es todavía virgen, la pobre, y tiene miedo de visitar el Árbol. Pero Volumna la obligará a ir dentro de poco. La oí hablar de eso con Segeta, la tía de la muchacha. ¿Os he dicho lo que queríais saber?

—Sí.

—Dadme una daga.

—Tus cascotes son armas suficientes.

—¿Un taparrabos entonces?

—¿Con todo ese pelo? Ya has nacido con taparrabos.

—Las centauresas se burlan de mi desnudez. No me permiten entrar en su pueblo.

—Está bien.

—¿Y una flauta? La mía es de madera. Euríalo tiene una de concha de tortuga. Me gusta más.

—Hablaré con Euríalo.

—Y anillos de oro para mis cuernos.

—No tenemos. Somos pobres.

Mischief se encogió de hombros.

—La cena, entonces. Algo diferente de las raíces, las fresas y los huevos de pájaro carpintero.

—Pide a los hombres que te den de comer. Niso te dará algunas tortas. Y una cosa más, Mischief.

—Sí, rey Eneas.

—Si tú, o tus amigos, tocáis a Melonia... —Su tono habría congelado a Aquiles—, te mataré y haré con tu piel un tapiz para mi tienda.

Mischief perdió su sonrisa, y partió sin la menor torpeza. Dejó tras de sí las huellas de sus cascos y un poco de olor a pescado.

—Pienso —sonrió Eneas— que deberíamos encender algunas ramas de laurel en nuestra tienda. —Y luego agregó seriamente—: Debemos advertir a Melonia. No me fío de Mischief. Ni de sus amigos.

—¿Y cómo la encontraremos?

—Ya sabemos cómo encontrar el Árbol Sagrado. Y Mischief, sin duda alguna, sabrá cuándo se proponga «esperar al dios». Parece saberlo todo. ¿Has reparado en el tamaño de sus orejas? Iré allí solo y yo mismo la cuidaré.

—No irás solo. Su pueblo podría descubrirnos. En esta comarca, según parece, hasta las abejas cuentan chismes. Iré contigo y montaré guardia en la boca del túnel.

—¿Y si te pido que te quedes en el campamento?

—No lo haré.

—¿Si te lo ordeno?

—No lo haré.

—Para evitar que me derribes y me traigas al campamento sobre tu hombro, como un ciervo, supongo que tendré que hacerte caso.

—Sería sensato que lo hicieras, padre. ¿No es horrible que un fauno posea a Melonia? Espero que no serán todos como Mischief... Y ella parece decidida a tener un hijo. Si no fuera por los faunos, su raza se extinguiría.

—¡Ningún hombre poseerá a Melonia, fauno o no fauno! No contra su voluntad.

—Padre, no te veía así desde que te encontraste con Dido... Me creas problemas con tus mujeres. Las tomas por diosas, y te olvidas de que hasta las olímpicas tienen sus debilidades. La abuela no es exactamente una fiel esposa, ¿verdad? Quiero decir, está casada con Efesio, pero eso no la alejó de Ares ni de Zeus ni de mi abuelo. Me pregunto si conseguiré ayudarte a alcanzar una vejez tranquila.

—No te preocupes, Fénix. No me propongo tomarla para mí. Ni siquiera en matrimonio.

—¿Por qué no? A mí no me fascina particularmente la idea de tener una dríada como madrastra... ésta es demasiado bonita. Pero tú le harías un singular honor.

—Tengo más de dos veces su edad.

—¿Cuántas veces te han tomado por mi hermano, y no por mi padre? Uno de estos días, yo pareceré tu padre. Además, estás aún muy lejos de ese último viaje por la Estigia.

—Sí..., ¿pero lo estará Melonia? Quiero decir, ¿si se casa conmigo?

## CINCO

Las encinas de las dríadas formaban un semicírculo entre grandes bosques de olmos. Un extranjero hubiera podido caminar entre ellas y confundir el dulce zumbido de sus telares con el de insectos industriales, o tomar sus puertas por hendeduras en la corteza. Las casitas estaban situadas secretamente entre las ramas, invisibles desde el suelo, salvo como un reflejo castaño oscuro que también podía parecer parte del árbol.

Sólo un extranjero, por otra parte, podría acercarse a ese semicírculo, aparte de los centauros, o los faunos, que a pesar de su bestialidad podían ser útiles, o alguna muchacha volsca. Ese extranjero, de ser humano y macho, oiría un zumbido distinto de los telares y se encontraría atravesado en el acto por muchos diminutos dardos que parecían menos dolorosos que agujijones, pero que mataban en segundos merced a un veneno del bosque. O quizá fuera

atacado por verdaderas abejas hasta la muerte, aunque también las abejas murieran al clavarle el aguijón. A esto se debía que las dríadas sólo se sirvieran de ellas contra una terrible amenaza.

A Melonia le parecía que Volumna nunca había parecido más serena y confiada que al descender de su árbol. Era difícil no pensar que habitaba alguno de aquellos palacios cretenses de muchas plantas, ahora en ruinas, donde las reinas se sentaban en tronos guardados por grifos y se bañaban en piscinas de mármol con surtidores de plata. El brillo plateado de sus cabellos recogidos, aún salpicados de verde, podría haber sido el de las hojas bajo la escarcha. Su cuerpo, debajo de la túnica verde, era esbelto como un joven arbusto, y olía a mirra. Había gobernado su pueblo durante casi trescientos años, y lo había hecho temido y respetado en el Bosque Errante. Había cumplido el destino que ella misma se fijara.

Eneas y Volumna, aunque enemigos, tenían muchas cosas en común. Ambos eran líderes. Ambos eran maduros, ambos tenían el pelo plateado, y sin embargo eran de algún modo jóvenes. Había, sin embargo, una diferencia tan grande como la que hay entre el mar y el bosque. Eneas no era sereno. Todavía le atormentaban sus dudas, y en su angustia, le parecía a Melonia, estaba su grandeza. Ningún líder había conquistado la tranquilidad mientras quienes le rodeaban sufrían dolores. Bounder había muerto: Eneas, y no Volumna, lo había llorado, y no sólo porque había sido su hijo quien disparara el dardo fatal. («Todas las cosas mueren —le había dicho Volumna—. Y después de todo, era sólo un centauro, y un centauro macho.»)

—Hija mía, me place que hayas decidido visitar el Árbol. Te has ataviado como corresponde a la madre de tu hijo. El dios estará satisfecho.

Melonia vestía habitualmente una sencilla túnica y quizá un par de sandalias; pero ahora, vestida para un dios, llevaba ajorcas de malaquita, esa joya gris-verde que parece provenir de un profundo bosque cuyas sombras fueran acariciadas, aunque no borradas, por el sol; brazaletes de esmeralda y crisoprasia; una banda de plata incrustada de ruseñores de porfirio en el pelo; un alción de calcedonia suspendido del cuello por una cadenita.

«Sí —pensó Melonia—, pero no estarías complacida si supieras que preferiría alumbrar un varón y no una niña, que no aceptaré tener que

abandonarle y que iría a visitar a Eneas a las naves, y le contaría mis planes si no temiera ser seguida y aumentar así el riesgo que corre. Y lo que es más, que llamaré Alción a mi hijo.»

(«¿Estabas enamorada de Bounder?») («No lo sé... Me hacía pensar en comienzos.») «¿Estoy enamorada de Eneas? No lo sé. Me hace pensar en comienzos, y también en siempre... Quiero tocarle el pelo y besar su mejilla y, sí, también su boca. Es extraño que el contacto de las bocas, e incluso la sola idea, pueda conmoverme de tal modo. Me siento como si abejas amistosas corrieran por mi piel. Me siento como un jacinto: cuando la libélula desciende de sus jardines celestiales, el jacinto tiembla ante el temor de su asalto (les he oído gritar). Y sin embargo, por fin la flor lo baña gozosamente en su néctar y trata de impedir que retorne al cielo (la he oído llorar).»

—Vamos a la Encina Sagrada, ¡Levana, Segeta!

Su voz resonaba como una caracola entre los árboles. Las puertas se abrían. Dos dríadas avanzaron a su encuentro. Otras las miraban desde sus casas entre las ramas. Volumna estaba serena, pero luminosa. Sus diminutas sandalias apenas dejaban una huella en la hierba; más bien parecía flotar como la niebla de la mañana. (Anticipaba una niña, un aumento de la tribu.)

Levana y Segeta —ambas habían dado a luz varias hijas— discutían las alegrías de la maternidad.

—El primero que tuve fue un varón —dijo Segeta, estremecida. Su cabello tenía el oscuro verde del musgo, y sus palabras eran leves y ásperas, como si vinieran de una cámara entre las raíces de un árbol. Había dado a luz siete hijas y tres niños, y su edad superaba los doscientos años—. Un varón horrible. Cuernos, cascos, pelo y poco más. No me fue difícil abandonarlo. Pero cuando llegó la primera niña, sacrifiqué un panal a Rumina.

—Pero el Árbol —preguntó Melonia—. ¿Qué soñaste en el Árbol?

—Te he dicho una docena de veces que no lo recuerdo.

—¿No recuerdas ninguna ocasión particular?

—Ni una. Una forma parecía moverse en la oscuridad. Yo tenía miedo. La primera vez, por lo menos, sentí dolor en mi vientre. Pero cuando me desperté y salí a la luz, tenía una gran paz. Y menos de un mes más tarde supe que llevaba en mí un hijo del dios.

—¿Y tú, Levana?

—La primera vez no fue Rumino quien me visitó, sino el maligno dios enano, Silvano. Me torturó durante mi sueño, y me desperté llena de magulladuras y en medio de un charco de sangre.

—¿Y cómo era en tu sueño?

—Tenía cuernos, más crueles que los de un fauno. Retorcidos y cubiertos de musgo como las ramas viejas. Y era grande, sus partes masculinas eran muy grandes, y mirarlo me llenaba de disgusto...

—Calla, Segeta. Silvano raramente aparece ahora, y sólo a quienes han perdido el favor del dios. Recuerdo que antes de tu primera visita al Árbol, eras amiga de un joven volsco...

—Jugábamos al astrágalo junto al Tíber, y eso era todo.

—Ya es bastante. Melonia, creo que de ningún modo has irritado al dios. ¿Lo has hecho, querida? En cuanto al Árbol, sólo puedo decirte que es un misterio. ¿Cómo cumple el dios el milagro? ¿Quién puede decirlo, excepto Rumina? Ahora bien: si debo hablar por mí misma, yo creí ver su cara, suave como la tierna corteza de un arbusto, y no sentí miedo ni dolor. Y como sabes, he visitado el Árbol más de veinte veces y dado once hijas a la tribu.

(«Y abandonaste a diez niños... ¿Por qué me dijiste que los hombres — todos los hombres— son malignos y que Eneas debe morir?»)

—Ve ahora, Melonia. Debemos dejarte en la linde de la pradera. Y cuando despiertes, no necesitarás hacer más preguntas acerca de los misterios. Tu madre fue mi más querida amiga. Tu hija será como mi propia nieta. —(«¿Y mi hijo?»)—. Necesitamos mujeres valientes que defiendan estos bosques de los bárbaros como Eneas.

—Quizá —dijo Melonia— se vaya con todas sus naves.

—Quizá. Pero vuelve ya tu pensamiento hacia el dios, y deja que yo me ocupe de los demonios.

Un frasco de ámbar bruñido colgaba de una cadenita que llevaba al cuello. Lo destapó.

—Bébelo íntegro, Melonia.

El líquido era oscuro y dulce, semejante al zumo de uvas con miel, aunque los jugos soporíferos de la amapola lo tornaban acre. Las tres dríadas

la contemplaron mientras atravesaba la pradera hacia el Árbol. Quiso llamarlas y pedirles que esperaran, cuando se volvieron y desaparecieron en el tupido bosque. Pero mientras entraba en el Árbol, tras empujar la puerta de madera sobre sus goznes de cuero, sintió que un letargo semejante al de quien cae en la nieve se insinuaba en sus miembros. Hizo un hueco en el lecho de suaves hojas secas y miró el tenue contorno iluminado de la puerta. No podía discernir los objetos que compartían con ellas el Árbol, Cerró los ojos cuando le empezaron a arder, y se entregó a la compañía de las hojas, del aire que olía a corteza, quizá de algún ratón del bosque, y finalmente al espíritu del dios. Le sentía como un fuego. Comprendía ahora por qué sus amigas se sentían acunadas por su calidez. Era como si la rodeara con sus brazos, y por primera vez imaginó su rostro. Rumino. Padre. Dios. Palabras sin sentido para ella, en el pasado: su tribu no pintaba ni esculpía imágenes. Pero ahora, se imaginaba su cara y también su cuerpo, y no le sorprendía que se pareciese a Eneas, el hijo de una diosa, y el más divino de los hombres.

*¿Estoy dormida o despierta? Seguramente ningún dormir podría traer sueños tan dulces...*

*Duermo y espero la llegada del dios.*

*Pero ahora el miedo... Un ruido lejano como de hojas secas que crujen, un ruido que crece y vibra junto a este mismo árbol... Gritos, golpes... El suelo tiembla. El dios y Silvano luchan por mí. («Silvano tiene cuernos, pero más crueles que los de un fauno...»)*

No estaba sola en la habitación. Alguien estaba junto a ella, alguien venido desde la oscura catacumba de la tierra. Sentía el calor de su cuerpo; le oía respirar. Y luego, en su sueño, se materializó a su lado, visible en la penumbra. Cada uno de sus rasgos era del dios, de Eneas. La felicidad abrió sus pétalos en su corazón. *El dios ha vencido. Tendré un hijo, tendré un hijo...*

En sueños, le llamó:

—Rumino, dame un hijo con tus mismos rasgos, los de Eneas. Le cuidaré hasta que sea un hombre, y le haré el señor del bosque.

Él se arrodilló: ella sintió el roce de su calidez. El cuerpo de Melonia anhelaba las manos del hombre, pero él la eludía.

Algo glacial se interpuso entre ambos. *No es bastante. Me ha visitado, pero aún no ha soplado su espíritu en mi matriz. No me considera digna de su amor. No tendré un hijo, ni varón ni hembra. Este es el terror mayor. No el asalto de Silvano, sino el rechazo del dios.*

—Por favor, por favor —exclamó—. ¿En qué te he ofendido? —El grito irrumpió a través del sueño. Despierta, esperando, yacía sobre las hojas tibias, pero sentía un frío que sólo un fuego podía disimular.

Una figura se movía ante el contorno luminoso de la puerta. No pudo discernir su forma, ni siquiera oír su respiración, hasta que se le acercó. ¿Rumino o Silvano?

—¿Quién eres? —dijo. Y luego repitió, con brusca furia—: ¿Quién eres? ¿Por qué me rechazas?

El silencio la envolvió como una nube de hojas caídas.

—¿Silvano?

Buscó el alfiler que llevaba en el pelo. ¿Sentirían dolor los dioses?

—Melonia.

La voz tenía el ritmo profundo de las olas y la dulzura de un pájaro marino que llama a su pareja.

—Alción —exclamó—. Por un momento te tomé por Silvano.

Se estiró hacia él, cogió su mano, le atrajo a un lado, y apoyó la cabeza en su hombro. Los brazos de él la rodearon tan suavemente como el musgo entibiado por el sol, pero olía a mar, a sal y a espuma, y no necesitaba hablar de viajes hasta las Islas de los Benditos ni de batallas donde los hombres eran héroes y no demonios. *Muy alto, en las ventosas mesetas de Troya...* La pérdida del dios le parecía poco en comparación con la llegada de Eneas. Pero su hijo, su hijo...

—Alción, creo que el dios me visitó, pero no me dio un hijo. Lo sé... Ya lo sé. Me ha dejado el dolor del vacío.

—Melonia, no hay ningún dios. Ninguno que venga a este árbol. Los dioses viven en el Olimpo, o debajo de la tierra, o en el mar, y a veces nos visitan, verdaderamente, y recibimos su bendición o su maldición, como ellos quieren. Pero Rumino, creo, jamás, se acerca a tu pueblo. Por lo menos aquí.

—Pero si no es el dios... ¿Qué dices, Alción? Alguien engendra nuestros

hijos... ¿O es Rumina quien siembra la vida en nuestros vientres?

—No. Melonia.

—¿Quién entonces?

—Los faunos...

La verdad le mordió las entrañas como los viscosos cangrejos del borde del mar. Las dríadas del norte, las que amaban a los faunos, caídas y aborrecidas... ¿eran entonces iguales a ellas mismas? Naturalmente que sí. ¿Por qué jamás lo había pensado? Su miedo al Árbol reflejaba una duda secreta...

—Como Mischief...

—Sí.

—Y uno de ellos trató de acercarse mientras yo dormía. Y tú me protegiste. Esos fueron los ruidos que oí en sueños.

—Eran tres. Ascanio me ayudó a romper unos cuantos cuernos, y ahora custodia la puerta.

—Me hubiesen poseído mientras dormía, uno tras otro, como animales.

—Sí, como animales. Pero también los animales pueden amar. Yo vi a una loba morir de pena cuando los cazadores dieron muerte a su compañero. Los faunos te hubiesen poseído con lujuria y no con amor... Pero Bounder, ¿acaso no era mitad animal? Y sin embargo te quería. ¿Habría sido tan terrible que te hubiese hecho el amor?

—Cuando me besó, sentí ira y miedo, pero sólo al principio. Y después quise que tú me besaras.

—Y yo quería más que un beso. El contacto de los labios es un acto de amor, pero los labios son sólo una mínima parte del cuerpo viviente. Aun en el Mundo de las Profundidades, nuestras almas visten un cuerpo, y las almas no pueden tocarse sin esta vestidura. Cuando me casé con Creusa, yo no tenía veinte años, y ella acababa de cumplir los quince, y ambos éramos vírgenes. Yo era experto solamente en las artes de la guerra: estábamos asustados y nos sentíamos torpes, y todo el tiempo nuestros parientes reían y gritaban junto a la cámara nupcial. Pero a mi manera desmañada le hice el amor, y perdimos nuestros celos, y fuimos uno, y Ascanio nació de esa unión. ¿Puede alguien como él nacer de un acto maligno?

—Yo sé cuánto te ama —respondió ella suavemente— y cuánto lamentáis ambos a Creusa. Tienes un hijo maravilloso.

—¿Piensas que Creusa y yo éramos animales sin amor?

—No, Alción.

—Y Dido. A ella la amé con un hambre oscura, con poca dulzura y mucho dolor. Pero no con maldad.

—Ella fue honrada por tu amor. Tú le ofreciste la vida y eligió la muerte, indecorosamente.

—Era infeliz; confundía la primavera con el verano y hubiese querido detener la clepsidra, o borrar la sombra del reloj de sol. Ahora debo dejarte, Melonia. Espera un rato antes de abandonar el Árbol, y luego podrás decir a tus amigas que has olvidado tu sueño. No serás la primera que no da a luz un hijo después de la visita del dios.

—Pero jamás volveré aquí para que alguien como Mischief me posea en la oscuridad.

—Entonces entrégate a plena luz a alguien que posea tu corazón antes de solicitar tu cuerpo. Habrá otros como Bounder.

—Él era un hermano para mí. Ahora lo comprendo.

—Habrá otros hombres que no serán tus hermanos... ¿Quizá mi hijo?

—¡No!

—Melonia, no eres justa con él... Te quiere mucho...

—También yo. Pero siempre estaría pensando en otra persona.

Eneas dejó escapar un breve suspiro de perplejidad. Ella no podía verle en la oscuridad, pero sí imaginar la frente contraída por la duda. Después de todo, en relación con las mujeres era un niño. A Melonia le pesaban sus diecisiete años. En el tiempo en que una flor se abre, había aprendido la verdad sobre el Árbol y también sobre su propio corazón. Y sin embargo, era Eneas, y no ella, quien se había quedado sin palabras. El sabio Eneas, que conocía los corazones de los hombres y podía guiarles a través del tiempo y de los peligros, era tan ignorante del corazón de las muchachas como un fauno.

—Alción, tonto, tonto, ¿es a ti a quien quiero!

—Ah —respondió él, lleno de angustia—. Creusa me amó, y también

Dido, y ahora son cenizas... Traigo la muerte a las mujeres que amo. Quizá sea una maldición lanzada por Afrodita cuando mi padre reveló su unión con ella en el bosque.

—Tu maldición se quedó en Cartago, o cayó al mar durante alguna tempestad. Pero en alguna parte la has perdido, y no me siento de ninguna manera amenazada por ser reducida a cenizas. Es verdad que mi madre murió a causa de un rayo, pero tenía noventa y siete años, y yo sólo diecisiete.

—Tengo que construir una ciudad. Y tú estás obligada a vivir en un árbol.

—Constrúyela en la desembocadura del Tíber... Con una alta muralla, por supuesto, para alejar a los leones, y yo me acercaré siempre que pueda.

—¿Y desafiarás la furia de Volumna?

—¡Que Silvano se lleve a Volumna! Quizá le haga bien... Alción, ¿no me quieres? Si es así, no me enojaré. Nunca me pediste que te amara. He vivido en el Bosque Errante toda mi vida... ¿Qué le puedo ofrecer al héroe de Troya, al viajero fabuloso, aparte de tejer un tapiz o una túnica? Podría también reparar las velas de tus naves, o pintar sus cascos. Y sé tocar la flauta mejor que Mischief, y cantar con tanta dulzura, y más alegría, que el ruiseñor. Y puedo leer manuscritos egipcios y griegos, aparte de los textos latinos. ¿Sabes, Eneas? Y aprendería rápidamente las habilidades más importantes de una esposa. —Él la miraba con creciente asombro, ella estaba segura—. Me refiero por supuesto a la cama, y a todas las artes que pueden hacer que un hombre la prefiera a cualquier otro mueble. —Había leído esas cosas en los manuscritos, atravesando de prisa esos pasajes: ahora tendría que releerlos, con ojos estudiosos—. No soy nada comparada con las reinas que has conocido. Creusa, la madre de tu hijo, o Dido, con sus ojos de asfalto ardiente. Pero Bounder me dijo que era bonita. ¿Lo soy, Alción?

—Bonita es una palabra para margaritas... Tú eres un jacinto, que las delicadas manos de Perséfone han impulsado milagrosamente a través de la tierra.

—Me gustan las margaritas. Son mucho más hermosas y sensibles de lo que piensas. Pero se que querías hacerme un cumplido. ¿Quieres besarme, Alción? Me gustaría empezar a practicar. De lo contrario, podríamos chocar con la nariz.

—Si te beso, olvidaré mis años y mi maldición, y te haré el amor como un animal y como un hombre. Nos viste, a Ascanio y a mí, cuando nos bañábamos en el Tíber. Dijiste que nuestros cuerpos desnudos no te asustaban. ¿Era verdad?

—Me parecieron hermosos, como te dije. Y me gustó que fueran tan distintos del mío. Y también me gustó ese órgano del que tanto se envanecen los machos.

—En Dardania oí un dicho que mi padre oyó de Afrodita: «El amor es una libélula». ¿Sabes qué quiere decir, Melonia?

¿Por qué ese hombre enloquecedor continuaba hablando cuando podía usar sus labios para besarla? Pues bien. Ella devolvería cada imagen con otra hasta que se cansara de la poesía y recordara que los poemas no crean el amor, sino el amor los poemas.

—Que viene rápidamente y por sorpresa.

—Y que también puede irse con la misma rapidez.

—Todo se va —respondió ella—. Y vuelve. Cuando me tiendo a dormir en la época del Sueño Blanco, estoy segura de que me despertaré apenas las hojas nuevas comiencen a brotar. Y cuando me duerma en el último sueño, esperaré despertar en ese lugar que tú llamas el Elíseo y encontrar allí a mi madre y a Bounder. Y a ti. ¿Puedo decirte lo que eres para mí? —Y cantó:

«Pájaro de la luna,  
oh alción  
que te elevas del mar de mica  
más allá del abismo de la noche:  
desciende  
y cúbreme de plata  
con tu espuma lunar.»

»No es mío, por supuesto. Mi madre me enseñó esa canción, y yo agregué “alción” en lugar de “gaviota”. Pero creo que ya basta de poesía, querido Alción... ¿Nos imaginamos que vamos a nadar en el Tíber? —Melonia se

quitó la túnica por encima de la cabeza y la arrojó a las hojas. La siguieron los alfileres, los brazaletes y las ajorcas, hasta que sólo le quedó la redecilla de pórvido del pelo, que lanzó a través de la habitación como una guirnalda marchita—. ¿Vienes a nadar conmigo, Alción?

—Sí —susurró él.

Melonia abrió la puerta tan bruscamente que saltó de sus goznes de cuero y el sol inundó el interior, convirtiendo la desnudez de Eneas en un esplendor de bronce.

—Melonia, alguien podría vernos.

—Mis hermanas aprenderían mucho si nos vieran. Y también los faunos.

—Pero mi hijo...

—¿Cómo llegó al mundo? Seguramente *él* no cree en los árboles sagrados...

El jacinto, fatigado por su largo ascenso a través de la tierra morena y por el esfuerzo de abrir sus pétalos, sueña sobre el rocío y bajo el sol... Dormir, soñar, ¿no es acaso suficiente?

¡Atención! Alas que zumban...

## SEIS

Ascanio estaba sentado al lado de un tocón habitado por las hormigas que, junto con las enredaderas silvestres, ocultaba la entrada del túnel al Árbol Sagrado. Esperaba, con un poco de envidia, a su padre. ¡Qué oportunidad maravillosa para pasar por un fauno!

—Simplemente me voy a cerciorar de que está bien —había dicho Eneas—. El interior de un árbol puede ser un lugar amenazador cuando se espera a un dios y el dios tiene otros planes.

—Pero, padre —repuso entonces Ascanio—, ¿qué cosa mejor podría ocurrirle a Melonia? ¿Por qué no engendras en ella un príncipe? ¿Qué

ocasión sería más favorable?

—¡Fénix! ¡Eso sería una violación! —Su indignación no había logrado ocultar su tentación. Ascanio le conocía profundamente. A pesar de su continencia, no tenía menos arrestos que otros hombres; más, si estaba enamorado.

—Llámalo como quieras, pero le harías un favor a esa muchacha. Si cuando se despierta es todavía virgen, te aseguro que se sentirá decepcionada.

—Cuando se despierte, le diré la verdad.

—¿Y por qué no me dejas que yo se la diga? —sonrió Ascanio.

—Porque no confío en tus métodos.

—Qué pérdida de tiempo —se decía ahora Ascanio, en tanto frotaba su mentón magullado, atento a las hormigas, a las abejas espías y a las dríadas envidiosas, entre las hojas recientemente pisoteadas por el combate contra tres vigorosos faunos que habían luchado con sus cuernos, sus garrotes y cuchillos—. ¡Qué desperdicio, qué pena...! ¡Mi abuela jamás lo aprobaría!

Pero entonces regresó Eneas, vacilando como si hubiera trepado desde el Mundo Inferior o, más bien, y a juzgar por su rostro, como si descendiera del Olimpo. Esa misma expresión debía de tener Anquises después de su apasionado encuentro con Afrodita. Parecía tener veinte años, y no veinticinco como de costumbre, y sus ojos eran tan azules que sin duda había robado ese color del cabello color de mar de su madre.

—No necesitas decirme una palabra, padre. Se lo has dicho todo.

Eneas se sentó a su lado. Sólo el brazo de Ascanio le impidió tropezar contra el tocón. Parpadeaba, sonreía, y parecía contemplar, en su mente, algo que le gustaba.

—Me quería. —Su voz era un suspiro—. Fénix, me quería.

—Te oí la primera vez, a pesar del balbuceo. Dirás que te amaba.

—Es posible; me lo dijo. Despertó de una pesadilla, y me echó los brazos al cuello, y ¿qué podía hacer sino consolarla y explicarle la ver-dada acerca del dios? Hablamos largo rato y... y luego quiso que yo le diera un hijo...

—Y pareces sorprendido. Yo lo sabía desde que la conocimos junto al Tíber. No era un hijo *mío*, ni del dios, lo que quería. Tendré que acostumbrarme a la idea de tener un hermanito, o una hermanita, de pelo

verde. Al principio tendré celos, sabes. Estoy seguro de que le malcriarás.

—¿Te he malcriado a ti?

—Terriblemente.

—Quizá no tenga un hijo. Hace mucho que no... Cinco años, desde Dido...

—Eso no se olvida nunca. Es como disparar un dardo. Y a propósito, ¿cómo era? ¿Era virgen?

—Naturalmente.

—Bueno. Una virgen de demasiados años, a los diecisiete. Debe haber sido sobreprotegida por su madre... Lo que quería preguntar es si ella te gustó a ti. A veces chillan y se retuercen justo en el momento más inoportuno, y uno sólo puede pensar que le ha facilitado la tarea al próximo amante.

—Fénix, Rumino debería dejarte sordo por decir esas cosas.

Ascanio no se perturbó lo más mínimo. Sabía cuándo su padre estaba enojado de veras con él, lo que ocurría aproximadamente una vez cada cinco años. Ahora sabía que él quería desesperadamente hablar de Melonia, pero que su sentido del decoro le impediría referirse a los detalles íntimos.

—Pues ya ves que no lo ha hecho. Y tampoco se acercó a Melonia. Vamos, padre. Es mejor que ahora volvamos a las naves, y quizá no seas tan discreto durante el regreso. Después de toda esta larga espera, me gustaría que me contaras algo acerca de tu conquista. Entre los hombres solitarios, ¿puedo recordarte que hace tres meses que no tengo una mujer?, no está mal compartir las alegrías. Podrías hacerlo con tu devoto y casto hijo.

—Esta fue una verdadera fiesta nupcial —respondió serenamente Eneas—. Y tienes razón: no conviene que nos vean las dríadas. Podrían venir a acompañar a Melonia a su árbol.

—¿No corre peligro? Es indudable que los faunos que hemos maltratado se lo dirán a Mischief, y que él irá a decírselo a esa Gorgona, Volumna.

—Pienso hacerle saber a Volumna que considero a Melonia mi esposa y que, si algún daño le ocurre, el árbol de la reina de las dríadas conocerá el hacha.

—Acabas de decírselo, Eneas, Carnicero de Troya, traidor a las mujeres.

Y repetiré la pregunta de tu hijo: ¿Cómo se siente el que viola a una virgen?

Volumna se interponía en su camino, tan inmóvil como un árbol y mucho más amenazante. Parecía tener dos veces su altura diminuta. Ascanio nunca había visto a aquella formidable hembra, pero la reconoció por la descripción de Melonia. Ella no hizo el gesto de quitarse del pelo el alfiler letal en forma de abeja. Su mirada y su actitud eran suficientemente agresivas.

—Como te imaginabas, vine a ver por qué Melonia se demoraba en el árbol. Y ya sé la respuesta.

Eneas no era ahora un amante soñador y algo confuso. Era ante todo un rey, y ninguna reina rústica podía intimidarle, ni siquiera en su propio bosque.

—He tomado una esposa, y no contra su voluntad —dijo, en un tono tranquilo desmentido por sus ojos azules, que se habían tornado grises de furia como el Egeo cuando sopla el cuerno del Tritón—. La visitaré cuando lo desee, y ella vendrá a mis naves, y si padece el menor daño... Ya has oído mi amenaza. No es ociosa. Incendiaría una ciudad para proteger a Melonia. Ya lo he hecho antes, por menores motivos.

—Derribar a hachazos unos cuantos árboles es poca cosa para los troyanos —agregó Ascanio. No le gustaba la mujer, y en verdad nadie le había gustado menos desde Dido—. Podemos ser vagabundos, pero el filo de nuestras hachas está bien afilado. Son hachas de guerra. En nuestras naves, algunos maderos comienzan a pudrirse... ¿Te gustaría que los reparáramos con tu encina? Y también podríamos hacer algunos remos nuevos con sus ramas...

Había en ella una alarmante cualidad de araña. Parecía capaz de escupir veneno. Quizá era por la forma en que miraba sin parpadear con sus ojos verdes; o por sus mejillas hinchadas como para reunir el veneno en su boca.

—Sólo si las naves os arrastraran luego a merced del pulpo y el tiburón. Sabes que morimos con nuestros árboles.

—Pero no en seguida —respondió Ascanio—. Antes pasaríamos un rato de esparcimiento con tus dríadas... Piénsalo, Volumna... Somos cincuenta varones troyanos, hambrientos de mujer. Ferozes machos en celo que aprovecharán toda hembra entre doce y quinientos años, y luego las

intercambiarán con sus amigos. Nuestras propias mujeres están un poco deterioradas por el mar, pero vosotras las dríadas os mantenéis jóvenes y hermosas hasta el fin, ¿verdad? Incluso tú misma, Volumna, y debes tener tus buenos trescientos. Casi pienso que te tomaría para mí. Siempre me han gustado las mujeres mayores.

—Vamos, Fénix. Ya sabe lo que pensamos. Creo que Melonia está segura.

—Una cosa más padre. —Ascanio se dirigió a Volumna—: Siempre has sabido la verdad sobre el Árbol, ¿no es cierto?

La mujer le miró estupefacta. Por un segundo casi le dio pena.

—Acerca del túnel, y de los faunos —agregó.

—No sé qué quieres decir... El dios viene y...

—Sí, en la forma de un fauno peludo.

—¡Sacrílego! El dios debería cogerte con sus ramas y estrangularte con tu propio pelo.

—No hagas conmigo el papel de una virgen, Volumna. Mischief nos habló del árbol. Dijo que él mismo había ido muchas veces, y que tanto su padre como su abuelo te poseyeron allí. Y quizá te agrade enterarte de que ambos te encontraron deseable, a pesar de que dormías. Si es que dormías.

Volumna parecía un árbol helado por la escarcha. Sus tres siglos pesaban como la nieve sobre sus frágiles hombros, y parecía aún más pequeña que su estatura. Vacilaba como a punto de caer; Eneas intentó sostenerla, pero se liberó de él. Ascanio pensó: «Es la única mujer que se ha resistido a los brazos de mi padre... Ha de ser más estúpida que un cíclope, si esto es posible.»

—Os narraré una historia —dijo en una voz como la del viento entre las hojas secas.

—¿Verídica? —preguntó Ascanio.

—Ay, sí.

—Padre, no confío en ella. Pienso que intenta retenernos mientras llegan sus amigas.

—Juro por el seno nutricio de Rumina que he venido sola y que nadie me ha seguido.

—Cuéntanos tu historia —dijo Eneas.

—En los tiempos antiguos, mi pueblo vagaba feliz y sin temor por los bosques y se mezclaba con los faunos. Luego, la Edad de Oro se fue con Saturno, y la Edad de Plata cayó sobre nosotros tan imperceptiblemente como la niebla de la noche. Pero también la plata es buena. Los faunos eran entonces mucho menos bestiales. Ociosos como siempre, pero alegres y, si lo deseaban, gentiles. Eran los únicos varones en esta región: los centauros no habían regresado de su peregrinación al oriente, y les tolerábamos como amantes, cuando no como maridos. Yo era entonces una niña, y desconocía la procreación y la lujuria. Sólo sabía de un peligro: el rayo.

»Eso fue antes de que llegaran los leones. Siempre había habido osos y lobos, con quienes vivíamos en armonía. Jamás les heríamos. No temamos dardos ni ponzoñas. Cazábamos animales pequeños con nuestras redes y cultivábamos hortalizas. Si la comida escaseaba, dormíamos el Sueño Blanco.

»Una noche estábamos reunidas en el claro, entre nuestros árboles, celebrando el festival de Rumino y Rumina. Era la primavera, y el aire olía a clavo y a bergamota. Bailábamos la danza del Despertar de la Primavera, y la voz de las flautas ocultaba todo otro sonido. De pronto aparecieron entre nosotros unas criaturas señoriales de piel velluda y nobles melenas. Nunca habíamos visto seres parecidos. ¿Habían descendido de la luna, para unirse a nuestro festival, o ascendían del reino de Proserpina? Habríamos compartido con ellos nuestra fiesta, nuestros vinos y nuestros quesos.

»Pero era otro el alimento que buscaban. Mi madre y yo estábamos cerca de nuestro árbol. Ella era muy fuerte, y temía por mí. Usó su flauta como una daga y la hundió en la garganta del león que la había asaltado. Este rugió de dolor, se apartó de ella, y ambas nos refugiamos detrás de nuestra puerta de roble. Las demás dríadas fueron menos —o más— afortunadas. Ninguna escapó. Incluso mi madre se había lastimado la espalda al caer, y sólo vivió un año. Juntas visitamos a los faunos y trocamos gemas por alimentos. (Con sus hondas y sus empalizadas lograron aprender a contener a los leones.) Mi madre me enseñó a tejer y a leer manuscritos, y a percibir a los leones a cien metros, y luego murió y me dejó, cuando era aún una niña, ante la larga

soledad de ser la única dríada y la única hembra en el Bosque Errante. Hubiese querido morir, y pensé en destruir mi árbol. Pero los faunos, en apariencia, se apiadaron de mí. Yo tenía un amigo llamado Shag-Coat, de tres años. Es decir, dieciocho de nuestros, o vuestros, años. Los faunos creen como las cabras a que se asemejan. Me enseñó lo que mi madre ignoraba, cómo extraer el veneno de un insecto ponzoñoso, y cómo armarme con dardos y alfileres.

»—Eres tan buen amigo, Shag Coat —le dije—. ¿Cómo podré pagarte? Te haría una túnica, pero jamás la usarás. O remates de plata para proteger tus cuernos.

»Él se rió.

»—Todavía no es hora, pequeña. Espera.

»Pasó otro año y cumplí los trece.

»—Ahora sí puedes pagarme —me dijo—. Ve a encontrarte conmigo en el Árbol Sagrado del dios que tú llamas Rumino, y que nosotros conocemos como Fauno. Y cierra la puerta tras de ti para que no te ataquen los leones.

»Le aguardé entre la oscuridad y las hojas, y él llegó por el túnel.

»—Shag Coat —exclamé—. Tenía miedo sin ti. Pensaba en los leones, y sólo deseaba abrir la puerta y correr al sol.

»—Ya no necesitas tener miedo —respondió.

»Se rió y se apoderó de mí sobre las hojas. Era muy fuerte, y su olor a almizcle me embriagaba. Luché hasta que tuve las manos cansadas y magulladas. De nada sirvió: me poseyó sin darme siquiera un beso.

»—Ahora me has pagado —dijo—. Y pronto verás el regalo que te he hecho.

»Poco después me sentí embarazada. Di a luz una hija, y pensé: “La mataré”. Pero la diosa me habló en un sueño:

»—¿Y destruirás a tu raza? Tu hija debe tener otras hijas. Desprecia a los faunos, pero utilízalos para tus propios fines, así como ellos te han utilizado.

»Finalmente, cuando creció, yo misma la llevé al Árbol, y le di zumo de amapolas para nublar sus sentidos. Le dije que un dios la visitaría, porque no quería que supiese la verdad. ¿Puedes comprender esto, Eneas, el carnicero? Ninguna de mi pueblo supo nunca la verdad.

—Sería mejor —respondió Eneas— que la supieran, y eligieran.

—¿Y de qué sirve elegir entre un fauno y otro? Son prácticamente iguales. Animales que caminan como los hombres.

Eneas le tocó suavemente el brazo.

—También existe el amor —le dijo—. Algunos de mis hombres quieren esposas.

—Antes preferiría acostarme con un fauno.

## SIETE

Ascanio estaba sentado con su padre. Los troyanos Niso y Euríalo, el barbado y el imberbe, se apoyaban uno contra otro a la luz de la hoguera, y no parecían advertir las caras ansiosas de las mujeres. Estas aparentaban tener sesenta años a los treinta y cinco, porque se acordaban de un caballo de madera, de unas llamaradas como dragones, de un rey apuñalado y una reina conducida a la esclavitud. Los hombres mayores podían pasar por piratas, con su piel bronceada y quebrada como lona aceitada aunque los quince años pasados con Eneas dotaban a sus ojos de una luz especial.

Mischief daba vueltas en torno del fuego. Sus pezuñas hendidas se movían tan ágilmente como los pies de una bailarina y su flauta dejaba oír una melodía cristalina. De pronto se detuvo, frente a Eneas.

—Mi rey.

—¿Sí, Mischief?

—¿No quieres cantar para nosotros? Hay una canción en tu corazón. No está bien que la mantengas prisionera.

Ascanio se apresuró a reiterar la petición de Mischief. También él sabía de esa canción y quería participar de la música de que había sido excluido a la tarde.

—Sí, padre. No has cantado desde que llegamos a esta comarca. Yo templaré tu lira.

Eneas sonrió y movió la cabeza.

—Es una canción privada.

—¿Habla de amor? —preguntó Euríalo.

—Sí.

Euríalo y Niso se miraron y dijeron al mismo tiempo:

—Cántala para nosotros, entonces.

Eneas se puso de pie y cogió la lira de manos de Ascanio. Comenzó a tocar, tan suavemente que las cuerdas apenas parecían moverse. No parecía imponerles un sonido, sino liberarlo. Luego cantó, y su gente le miró con la adoración que sólo reciben los dioses. Creían que era hijo de Afrodita, pero le habrían adorado igualmente si su madre hubiese sido una doncella de la cocina. También Ascanio le amaba, pero con la dulce familiaridad de quien le tenía por amigo antes que como padre, y como padre antes que como dios, con un amor que muchos jóvenes casquivanos ignoran y no podrían comprender.

### *La señora de las abejas*

«Cornalina, esmeralda y crisoprasia,  
topacio verde y limón,  
ágata como el musgo, malaquita como el humo,  
y serpentina.

Estas eran las joyas que usaba;  
y pájaros de pórfido  
para que sus cabellos no vieran; y cálida  
sobre su pecho,  
calcedonia.

Acanto, lavanda,  
Jacintos azules y púrpura,  
Narcisos y plumosos tamariscos.  
Estas eran las plantas que cultivaba;  
y clavo de olor y columbina,  
y bergamota silvestre  
para perfumar el ámbito;

y para sus capullos, frágiles como abejas,  
nomeolvides.»

Nadie habló. ¿Qué podían decir los mortales cuando un dios cantaba? Guerreros endurecidos en el combate lloraban abiertamente junto a los montones de velas. Un fantasma de belleza destelló en los rostros, azotados por el mar, de las mujeres, que habían conocido otros ámbitos y otras flores.

Eneas no estaba triste. Había cantado una alabanza. Había hablado de hoy y no de ayer. Tranquilamente sonreía, porque ya no necesitaba recordar.

Como sí la canción la hubiese conjurado, Melonia emergió de los árboles al círculo iluminado por el fuego.

Eneas se adelantó y la trajo frente a sus amigos. Ella se acercó sin timidez y le escuchó decir:

—Me habéis seguido durante quince años. Algunos de vuestros amigos han muerto por mí, y aún tenemos por delante tiempos peligrosos. Pero así como sois mis amigos, sedlo también de Melonia, mi amada y mi esposa.

Los hombres se pusieron de pie y permanecieron inmóviles, y Melonia caminó entre ellos, con su aroma de corteza y de bergamota, y hasta la cara de Mischief pareció adoptar una breve nobleza. Euríalo, el enamorado, dijo:

—Señora de las Abejas, elegida por el hombre a quien amamos con un amor sólo inferior al que nos profesamos mutuamente, Niso y yo te ofrecemos nuestras vidas.

Una mujer, tan arrugada como ladrillo cocido al sol, que había sido la doncella de la reina Hécuba, anunció:

—Troya ha encontrado una segunda reina.

—Creo —respondió Melonia— que no hay cosa más dulce en todo el bosque, ni en el mundo de vuestros viajes, ni más allá, que el hecho de que un hombre y una mujer, o dos amigos, se conozcan en cuerpo y espíritu, unidos como una sola llama ante el altar de la diosa. —Luego se dirigió a Eneas—: ¿Podemos hablar, querido mío?

Ascanio trató de apartarse —después de todo, era una llama separada—, pero ella le llamó.

—También tú debes venir, Fénix.

Caminaron al borde del Tíber hasta donde se ensanchaba para encontrarse con el mar. Delfo giraba lentamente en el agua, alerta contra tiburones o galeras cartaginesas.

—No hay tiburones aquí, Delfo —dijo Melonia. Cuando oyó su voz, dejó de girar y se entregó a un merecido reposo.

—Tengo frío —dijo Ascanio, aunque la noche era tibia y en el campamento se habían encendido hogueras para alejar a los leones y para cocer pescado en hornos de arcilla—. Buscaré un manto.

Pero Eneas extendió un brazo en torno de cada uno y les indicó que se sentaran a su lado sobre la hierba.

—Ascanio y yo construiremos nuestra ciudad aquí mismo, un poco más hacia el interior. Tan cerca de tu árbol, Melonia, como esas naves. Cuando quieras dejar tu encina, ven hacia mí. Volumna no osará detenerte.

Melonia miró la superficie del Tíber, iluminada por la luna, y a Delfo, que dormía su sueño, eternamente alerta.

—¿Piensas que lo hará, Melonia?

—No, Alción.

Ascanio se puso de pie.

—La luna es compañía suficiente para vosotros.

—Por favor —dijo la dríada—. Quédate con nosotros. Fénix.

Pudo ver la urgencia reflejada en su rostro. Si esa arpía, Volumna, se había atrevido a amenazar a su padre...

—Fénix, al principio no te quería.

Sintió el alivio como una mano fresca sobre su cara. Supuso que se trataba de la necesidad de la muchacha de confesar lo que la había turbado.

—Lo sé, Melonia. Somos muy distintos, tú y yo. Yo no soy como mi padre. Él es un dios; yo un pirata.

—Nos parecemos más de lo que piensas —respondió ella—. Es verdad que al principio me asustabas, pero no era por eso que no te quería. ¡Estaba celosa! Tu padre te quiere tanto que no parecía haber lugar para mí. Sabes, Fénix, le amé desde que miró hacia mí junto al Tíber. —Hablaba de él como si estuviera en Cartago o en Troya, y no a su lado, con aire de estar más asombrado y complacido ante cada una de sus palabras—. No me vio en ese

momento. Yo estaba bien escondida entre los árboles. Pero amé su juventud, y también su madurez. Y su alegría, y su pena. Y sentí celos. Pero ahora te quiero como un hijo y como mi amigo. ¿Está bien que tuviera celos de ti, Fénix? ¡He tenido tal tumulto de sentimientos en tan poco tiempo! Como una flor que siente la lluvia, el viento, la nieve y el sol el mismo día. Y conoce el moscardón, la abeja y la mariposa.

—Está bien, Melonia. Tampoco a mí me gustaste demasiado, y sospecho que por la misma razón, aunque me dije que era porque no me inspirabas confianza.

—Todo eso fue en el pasado —exclamó Eneas—. Y ha cesado esta noche. —Se puso de pie y les atrajo a sus brazos y les hizo girar en un gran arco al son de la flauta de Mischief, hasta que rieron y suspiraron al mismo tiempo, y luego ambos se apoyaron contra la columna de su fuerza, que parecía capaz de resistir toda amenaza del hacha o del fuego.

—Os quiero, os quiero —dijo riendo—. Mi hijo y mi esposa. Y nadie, arpía, guerrero o reina de las dríadas, nos separará jamás.

—Te olvidas del tiempo —respondió Melonia.

—¡Desafío al tiempo!

—Sin embargo, es hora de que me vaya.

Eneas la miró con sorpresa.

—¿Irte?

Ella dejó escapar una voluta de risa. Le era difícil mentir. No engañaba a Ascanio. Y si engañaba a su padre, sólo era porque lo había embriagado con su aparición.

—Sólo por la noche, querido.

—Pensé que pasarías la noche conmigo.

—Tengo necesidad de mi encina. Mañana, cuando haya descansado y recibido su influjo...

—Hay leones en el bosque. Fénix y yo te acompañaremos a tu hogar.

—No. Estoy más segura sola. Yo huelo a árbol, no a carne. Pero Fénix me acompañará hasta la linde del bosque. Tengo que contarle un secreto.

—¿Que me ocultarás a mí?

—Sí, porque te quiero.

La muchacha cogió la mano de Ascanio y le condujo tras de ella. Él no iba de muy buena gana.

—Pronto te lo enviaré de regreso. —Vio la incertidumbre en la cara de su padre, y también su inagotable alegría. A la luz de esa luna anaranjada, era la cara de un muchacho, apenas conmovido por las dudas y la tristeza de la madurez, pero juvenil en su infinita capacidad de esperanza. La noche cura, el sol trae la renovación y la expectativa.

—No volveré —le dijo a Ascanio apenas estuvieron lejos del alcance de su oído, separados del campamento por delgados olmos que parecían dríadas danzando a la luz de la luna—. No puedo volver. Volumna me amenaza con quemar mi árbol.

—¿Para matarte? —preguntó Ascanio.

—Sí. Vino a mi casa con algunas de sus amigas y me llamó. «Ven con tu tejido, Melonia», dijo, y me obligó a mirar mientras entre todas apilaban leña y maleza contra el tronco. «Sólo tendré que golpear un pedernal y todo el árbol arderá como una columna de fuego.»

—¿Y no puedes encontrar otro árbol?

—No. La encina donde nací morirá conmigo, o yo con ella. Pero Volumna me hizo una promesa.

—¿Cuál?

—No golpear el pedernal si yo, a mi vez, le hacía una promesa. No volver a ver a Eneas.

—Por supuesto que volverás a verle —exclamó Ascanio, echando mano a su daga, sintiéndose a la vez hijo y guerrero—. Sólo debemos apoderarnos del bosquecillo y salvar tu árbol. Hasta podríamos hacer que fueras la reina.

—Pero algunos de vuestros hombres morirían. Tenemos algunos venenos, ya sabes. Y somos ágiles. Y todo mi pueblo moriría antes de abandonar su árboles. Sí, probablemente podríais apoderaros del bosquecillo. Los faunos, sin duda, os ayudarían. Nunca nos han querido, excepto dormidas. Pero yo viviría entonces entre cadáveres. ¿Crees que quiero perder a mi pueblo, Fénix? Podría irme, y lo haría feliz, si mi sangre fuera roja, como la vuestra. Pero condenar a muerte al resto de las dríadas, nunca.

—No merecen otra cosa.

—No las conoces. Algunas son mis amigas. Más queridas que Bounder, e igualmente inocentes. ¿También quieres que ellas mueran?

Sí, lo quería. Le parecía que había sólo dos clases de dríadas: Melonia y Volumna. Y sus supuestas amigas eran como su reina, ¿por qué, si no, le permitían gobernar? Pero sabía que ése era uno de sus defectos: su rapidez excesiva para encolerizarse y juzgar sin separar el ámbar de las plantas marinas.

—¿Eso quieres, Fénix?

—No —murmuró.

—Dile a tu padre... Oh, Fénix, le gustan las palabras hermosas, y yo no puedo pensar en ninguna. Sólo que me hizo feliz que viniera a estas tierras, y se acercara a mí en la Encina Sagrada. Habló de una maldición; pensaba que podía hacerme daño. Y bien. Así ha sido, pero no me importa. ¿Has visto alguna vez esos lirios sedosos que los centauros cultivan en sus jardines? ¿Y que riegan, y cubren de musgo cuando hay tormenta? Son bonitos, y graciosos como jacintos, pero no encontrarás en ellos un sentimiento de sinceridad. Si cortas una flor, ¿qué crees que piensa la que está a su lado...? «Me alegro de que no fuera yo.»

»También yo le he hecho daño a tu padre. Pero estaba lleno de viejas heridas. Quizá, con el tiempo, no me verá como una nueva herida, sino como un emplasto de albahaca y espino, que al principio arde y luego alivia el dolor.

Le rodeó con sus brazos y le besó en la mejilla, y sintieron la casta comunión de amar al mismo hombre, y de amarse menos por sí mismos que por la persona a quien amaban en común, aunque de no ser por Eneas podrían haber sido amantes.

—Es tanto más agradable besar a un hombre que a una mujer... Y especialmente a mi hijastro. Vuelve ahora al lado de tu padre. No dejes que me lamente. Abrázale. Tú sabes cómo le gusta. Dile que me entristeceré si le sé triste. Yo no soy uno de esos lirios malvados. Ya no. Y pase lo que pase, no le permitas que me siga. Volumna me permitió venir: le estará esperando.

Sintió amor hacia ella, y amargura al pensar en lo que Melonia estaba obligada a perder. Su padre tenía el sueño de la nueva Troya... Pero ella ¿qué

tenía?

—¿Dónde está Bonus Eventus?

—Dormido en alguna flor, me imagino. Me despertará por la mañana.

—Pero dijiste que morirá en el otoño. ¿No te sentirás sola sin él, sin Bounder, sin mi padre?

—Y sin ti, Fénix. Pero el Sueño Blanco me aliviará un poco. Y además, he aprendido a esperar. Vuelve al lado de tu padre. *Y no le dejes moverse del campamento.*

—Esta noche le mentiré. Mañana pondré una droga en su vino. Y si es necesario me sentaré sobre su pecho con un palo hasta que le haya hecho comprender.

—Llevo en mí a su hijo —dijo Melonia.

—Es demasiado pronto para saberlo.

—La diosa me lo ha dicho.

Por una vez, Ascanio creyó en su diosa. Quizá Rumina era otro nombre de Afrodita.

—Fénix.

Ascanio se detuvo al borde del bosquecillo.

—¿Sí, Señora de las Abejas?

—Viviré largo tiempo. Cuando seas un hombre muy..., muy viejo, y tu padre haya muerto, seré casi como soy ahora. La ciudad que él va a construir... quizá no sea la definitiva, quiero decir, la segunda Troya, predestinada por los dioses. Pero en su hora, esa ciudad ha de existir aquí, y de algún modo pienso que viviré para verla. Quizá quién sabe, ayudaré a consagrar su suelo o a poner la primera piedra. Pero, sea como fuere, cuidaré a los hijos de los hijos de tus nietos, y te prometo que jamás deberán temer nada del bosque, ni de los leones, ni de las reinas vengativas.

Y luego le dijo una última cosa extraña.

—Después de todo, se me ocurre algo que decirle a tu padre...

—¿Qué, Melonia?

—El amor es una libélula.

## **NOTA DEL AUTOR**

Por favor, que nadie me acuse de hacer contemporáneas a Roma y Cartago; la culpa es de Virgilio, mejor poeta que historiador. Mucho le debo por el fondo general, no histórico, de mi relato, aunque los amores de Eneas y Melonia son puramente una invención. Melonia, incidentalmente, reaparece como heroína en mi cuento *Where is the Bird of Fire? (¿Dónde está el Pájaro de Fuego?)*. Es allí la amada de Remo, y cumple su promesa de ayudar a construir la «segunda Troya».

Pido perdón a la sombra de Dido por el poco halagüeño retrato que hago de ella. Es una de mis reinas favoritas (las mujeres hermosas y condenadas de antemano me resultan irresistibles, como lo fueron para Edgar Allan Poe); sin embargo, la he mostrado a través de los ojos de Ascanio, y sentí que él la habría mirado con malos ojos por tratar de reemplazar a su madre.

Los poemas citados en la narración me pertenecen, y se reimprimen con permiso de *The North Carolina Quarterly* y de *Cornucopia*. En cuanto a la frase Sólo la noche cura ha sido tomada en préstamo de un poema de H. D., quien, incidentalmente, me ha dado también el título de *¿Dónde está el Pájaro de Fuego?*

# Notas

[1] Dilema de traducción. Es un código establecido en las narraciones de Cordwainer Smith que la inicial del nombre de las infrapersonas (seres de forma humana, derivados de animal), sea la del animal de origen. En este caso, la E de *E'duard* es la de *eagle* (águila), como en el caso de *E-telekeli*. En castellano sería A-telekili. Entonces, el personaje anterior no podría llamarse *E'duard*. <<